

## LA INMACULADA CONCEPCIÓN COMO CONDICIÓN DE POSIBILIDAD DE LA CORREDENCIÓN

### INTRODUCCIÓN

La Inmaculada Concepción de María y la Corredención de la Dolorosa al pie de la Cruz en el Calvario no son dos misterios, sino un solo misterio, el misterio de la Inmaculada Concepción, de “la Llena de gracia” (el “nombre nuevo” que recibió de Dios la “Señora del dulce nombre, María”<sup>1</sup>, en la Salutación angélica), visto en dos momentos diversos.

La compasión de María Santísima, en efecto, constituye el cumplimiento hasta el extremo de la perfecta caridad, inseparable de la obediencia heroica de su fe y firme esperanza (cf. LG, 61), que sólo podía proceder de un corazón lleno de gracia, concebido inmaculado, preservado de toda mancha de pecado para hacer posible el asentimiento libre al anuncio de su vocación sobrenatural de Madre de Dios y generosa socia del Dios-hombre redentor en todos y cada uno de los instantes de su obra salvífica, desde su venida al mundo -cuando “al encanto de sus palabras virginales”<sup>2</sup> el Verbo se hizo carne por obra y gracia del Espíritu Santo-, hasta su consumación al pie de la Cruz, cuando se cumplió la profecía de Simeón: “una espada traspasará tu alma” (Lc 2,35). Contribuyó así “de manera única y singular” (LG 61) a la salvación del mundo entero.

Del corazón abierto de Cristo, el nuevo Adán, y el corazón traspasado de la Inmaculada, la nueva Eva -indisolublemente unidos (“cor unum et anima una”)-, que siempre latieron al unísono,<sup>3</sup> brotó el agua viva del Espíritu Santo, fuente inagotable de la gracia salvífica que vivifica a la Iglesia y -en ella y por ella- a todas la criaturas, incluidas los Santos Ángeles. De todas ellas es Madre, Reina y Abogada.

---

<sup>1</sup> S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Santo Rosario*, comentario al primer misterio gozoso.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> <<En el Corazón de María Dios ha iniciado la obra de nuestra redención, pues tuvo comienzo en su “fiat” (...). De este modo, en la más estrecha unión que puede existir entre dos seres humanos, Cristo inició con María la obra de nuestra salvación. Las palpitaciones del Corazón de Cristo son las palpitaciones del Corazón de María, la oración de Cristo es la oración de María, la alegría de Cristo son las alegrías de María; de María Cristo ha recibido el Cuerpo y la Sangre que debía ser respectivamente inmolada y vertida para la salvación del mundo. Por eso María, hecha una misma cosa con Cristo, es la *Corredentora del género humano*: con Cristo en su seno; con Jesucristo en sus brazos, con Cristo en Nazaret, en la vida pública; con Jesucristo en su subida al Calvario, ha sufrido y agonizado, recogiendo en su corazón inmaculado los últimos dolores de Cristo, sus últimas palabras, las últimas agonías y las últimas gotas de su Sangre para ofrecer al Padre>>. (LUCÍA, *Las llamadas del mensaje de Fátima*, 207-208).

Estoy personalmente convencido después de haber estudiado los argumentos de la escuela franciscana, en especial de San Bernardino de Siena y de San Maximiliano María Kolbe, de que los ángeles fieles deben también a María su firmeza en la prueba de su fidelidad al plan salvífico de Dios, centrado en el primado universal del Dios hecho hombre y -subordinadamente a Él- de María Madre y Reina de los Ángeles, de los Santos y de la creación entera.

Es más, el dogma de la Inmaculada concepción, cuyo 150 aniversario recordamos en este simposio mariano convocado en Inglaterra -el primer país de occidente que comenzó a celebrar la fiesta litúrgica de la patrona de mi país, España-, es, en palabras de Juan Pablo II, “una maravillosa síntesis doctrinal de la fe cristiana que encarna en sí las verdades fundamentales del mensaje revelado”.<sup>4</sup>

El rayo de sol que, entrando por una ventana de la basílica vaticana, envolvió visiblemente al beato Pío IX de espléndida luz, al concluir la solemne definición dogmática, parecía una confirmación de la iluminación sobrenatural que el gran Pontífice recibió del Espíritu Santo por la mediación de la Virgen, para confirmar a sus hermanos en la fe, después de tantas plegarias y de poner tantos medios humanos y sobrenaturales y como una confirmación anticipada de la célebre sentencia que San Maximiliano escribiría cincuenta años más tarde:

<<quien no es capaz de arrodillarse implorando de Ella, en humilde oración, la gracia de conocer quien es Ella realmente, no espere conocer algo más sobre Ella>>.<sup>5</sup>

Una hija espiritual suya de nuestros días, Sor M. Francesca Perillo (F1), se atreve a afirmar, con plena razón -comentando las palabras que acabo de citar de Juan Pablo II, gran enamorado de la Inmaculada, “Mediadora maternal en el Único Mediador”, cuyo iluminado magisterio sobre el tema propuesto me va a servir de pauta en su desarrollo-, que:

---

<sup>4</sup> Angelus del 8 diciembre 1988: <<Il dogma dell’Immacolata Concezione si può dire una meravigliosa sintesi dottrinale della fede cristiana. Esso infatti racchiude in sé le verità fondamentali del messaggio rivelato: dalla creazione dei progenitori nello stato di giustizia al peccato col quale essi hanno compromesso la situazione propria e dei discendenti; dalla iniziale promessa fatta ad Adamo ed Eva nel Protovangelo alla sua meravigliosa realizzazione mediante l’incarnazione del Verbo nel seno purissimo di Maria; dalla situazione disperata di un’umanità votata alla dannazione eterna alla prospettiva della salvezza finale nella partecipazione alla beatitudine stessa de Dio>>. En la fiesta del Nacimiento de María, había dicho (AG, 1988) que “la Virgen María participa en los sufrimientos de su divino Hijo, para ser corredentora de toda la humanidad”. Son ya numerosas las menciones que Juan Pablo hace de ese término proscrito por algunos que lo acusan de ambiguo sin ningún fundamento.

<sup>5</sup> S. K. 1210; cf. 1225. Cf. A. M. APOLONIO, *Editoriale*, “Immacolata Mediatrix”, IV, 2004, n. 1, p. 11, donde escribe: “La fede nell’Immacolata Concezione è stata, per il beato Pio IX, un’illuminazione progressiva. Partita dal comune *sensus fidei*, in quanto membro del Popolo di Dio, è arrivata alla certezza assoluta grazie ad una mirabile confluenza di fattori, soprannaturali e umani: lo studio e la meditazione assidua, il consiglio di persone sagge e prudenti, la constatazione dell’universalità del culto, il contatto con la spiritualità e la teologia francescana, le rivelazioni della Vergine a Rue du Bac (1830), la personale e filiale devozione mariana infallibilmente assistita e confermata dallo Spirito Santo, da quando egli fu elevato al soglio pontificio. Causa prima di questa grazia illuminativa e dinamica è Cristo, autore e perfezionatore della fede, ma bisogna sempre ricordare che <<nella fede, l’intelligenza e la volontà umane cooperano con la grazia divina>> (CCC, n. 155). Ora, grazia e illuminazione vengono da Cristo per la mediazione della beata Vergine; perciò ella è stata definita, a regione, *Magistra Apostolorum et omnium theologorum* (p. D. FEHLNER, *Mater et Magistra*, in *Immacolata Mediatrix*, 1/3 (2001).

<<L'Immacolata Concezione, in effetti, incastonata nel "Primato absoluto di Cristo", secondo la dottrina del beato Giovanni Duns Scoto, è la radice di grazia da cui germoglia l'intero patrimonio di fede secondo il piano d'amore di Dio per l'Incarnazione e la Glorificazione beatifica terminale.<sup>6</sup>

Una lectura objetiva de la encíclica *Redemptoris Mater* de Juan Pablo II, y del resto de los numerosos documentos publicados en el curso de su rico magisterio mariano a lo largo de su dilatado pontificado -siempre referido al capítulo VIII de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, en el que se contiene "lo que el Espíritu Santo quiere decir a la Iglesia en la presente fase de la historia"<sup>7</sup> sobre "la Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia"-, muestra que su enseñanza tiene como centro neurálgico el concepto de *mediación materna* de la "llena de gracia": el *nombre nuevo* que recibió "*aquella Hija de Sion en cuya alma se ha manifestado toda la gracia con la que el Padre nos agració en el Amado*" (cfr. RM 9). En esta expresión tan marginada por algunas corrientes mariológicas (y sobre todo desde el llamado, quizá exageradamente, "silencio mariológico" del inmediato postconcilio), sintetiza de modo simple y correcto la participación única de la Virgen no sólo en la distribución de la gracia salvífica, sino en todos los momentos de la obra de la redención, objetiva y subjetiva; ¿Será quizá un signo premonitor de que se está preparando la definición dogmática, como se inclina a pensar el P. Fehlner?

<<Infatti, una volta ammesso che la maternità verginale, divina e spirituale, é il segno distintivo della mediazione dell'Immacolata, Sposa dello Spirito Santo, Madre di Dio e Primogenita del Padre, allora è relativamente facile interpretare le affermazioni bibliche come l'oblazione della Vergine all'Annunciazione contenuta nel titolo che la Vergine dá a se stessa: <<Ecco l'Ancella del Signore>>, *l'alma socia* del Servo di Jahweh, suo Figlio (cf Is 7, 14-53); alla presentazione al Templo e al ritrovamento (l'oblazione della Vergine e la profezia della spada che le traspererà l'anima); e sotto la croce Gv 19, 25-27) dove il Cuore della Corredentrice diviene presente nella Chiesa. Non solo l'opera della Corredenzione è perfettamente chiara, ma è chiaro anche il carattere distintivo di tale opera, che è materno, come lo è stato nella sua unione unica con lo Spirito Santo nell'Immacolata Concezione, all'Annunciazione in relazione al Salvatore e a Pentecoste in relazione al suo Corpo che é la Chiesa. Così diventa possibile anche per noi, come dice san Paolo, completare quello che manca alla passione di Cristo, a favore della Chiesa, ossia cooperare alla redenzione soggettiva>>. <sup>8</sup>

<sup>6</sup> Sr M. PERILLO, *L'Immacolata Concezione*, "Immacolata Mediatrix" IV (2004) n. 1. p. 110.

<sup>7</sup> *Redemptoris Mater*, n. 3 (aquí citado RM. Los textos del Concilio Vaticano II y del Magisterio son citados por las siglas ya convencionales).

<sup>8</sup> P.D.M. FEHLNER, *Il cammino della verità di Maria Corredentrice*, AA. VV., *María Corredentrice, Storia e Teologia*, V, pp. 33-119. El P. Stefano M. MANELLI (*María a título unico, e Corredentrice*, ibid, V, pp. 27-31) comenta la teleconferencia teológica de P. G. COTTIER, promovida por la Santa Sede, publicada en el Osservatore Romano de 3-4 Junio 2002, p. 8, donde reivindica la oportunidad del título de Corredentora, por su participación única en el evento mismo del Calvario. Ella ha sido asociada - a título único- a la oferta redentora que ha merecido la salvación de todos los hombres en unión con Cristo y subordinadamente a Él (en el orden de la redención objetiva). El P. Manelli subraya "la perfecta intesa e perfecta armonía" entre esta conferencia de Cottier (teólogo pontificio) y la catequesis papal del 9-IV-1997 que algunos habían señalado ya como una formulación de la verdad de la Corredención - *proxima fidei* y *proxima definibilis*- que podría preparar el camino para una eventual definición. Cita el P. Manelli las aportaciones más recientes de teólogos tan rigurosos como B. Gherardini, los valiosos estudios editados por J. M. Miravalle y los recogidos en varios volúmenes (AA.VV., *María Corredentrice, Storia e Teologia*) promovidos por la Academia de la Inmaculada -que organiza también

*La plena promoción -no su supresión, como algunos proponen- de esta mediación materna de “la llena de gracia”, como mediadora de la unión entre la Cabeza y el cuerpo, entre Cristo y nosotros, porque es Virgen y Madre de Dios Redentor, y porque es corredentora en el Calvario, es el camino -subraya el prestigioso teólogo franciscano- para una inteligencia más profunda del misterio de María, disipando toda duda y allanando, así, las dificultades hacia una eventual -quizá próxima- definición dogmática de la “mediación materna de María Inmaculada como Corredentora, Dispensadora universal de todas las gracias y Abogada del Pueblo cristiano” (según la fórmula que acertadamente propone el P. Fehlner). Sería, sin duda, el modo más eficaz de realizar los fines del ecumenismo: la unidad de todas las ovejas en el único rebaño, que es la Iglesia Católica.*

<<Certamente, in un momento della vita della Chiesa particolarmente caotico e doloroso (come quello attuale), la solenne definizione di questo grande misterio sarebbe non solo un meraviglioso atto di omaggio e di ringraziamento al Salvatore, ma anche una benefica fonte di ringraziamento al Salvatore, ma anche una benefica fonte di rinnovamento e di ordine nella Chiesa. Poiché, definendo quei punti lasciati ancora nell’incertezza circa la mediazione materna della Vergine, l’Immacolata ancora una volta schiaccera la testa di colui che fomenta eresie e ribellioni nella Chiesa. Ma, soprattutto, attraverso l’Incorporazione di tale mistero nella vita della Chiesa, Ella porterà la Chiesa alla perfezione della santità che il Salvatore da lei aspetta alla sua seconda venuta (cf Ef 4, 15; 5, 26-27)>>. (Ivi)

Los puntos que deben ser profundizados -creo que ya se ha logrado en un nivel más que suficiente, solo falta su conveniente difusión y defensa razonada “contra negantes”- para preparar el camino a una posible definición -coincido sustancialmente con el agudo diagnóstico del estado de la cuestión que hace el P. Fehlner- son los siguientes:

1. La común predestinación de María con Cristo Rey, como principio, fin y ejemplar del universo creado, “uno eodemque decreto” a la plenitud de santidad inmaculada -“ante praevisionem peccati” (según la escuela franciscana de inspiración escotista, que encuentra cada vez más adhesiones, entre ellas la mía)-, de la que estaba prevista desde toda la eternidad a ser su Madre y llamada a participar en la obra redentiva universal de su Hijo -en subordinación esencial a El, sin separación ni confusión-; de modo tal que sin ella la obra de la salvación ni comienza ni se finaliza a lo largo de todas las fases de su desarrollo -objetiva y subjetiva- hasta su plena consumación en la Jerusalén celestial.

2. Este plan implica el concepto de una redención perfecta -de la máxima perfección posible entre otras alternativas redentivas- que comienza con la redención preservativa de María en atención a los méritos de Cristo; por lo que es constituida en una plenitud de gracia del todo singular -como Inmaculada Mediadora entre Dios y los hombres para ser digna Madre del Dios- hombre, el Cristo Mediador, y asociada -como consecuencia- a la obra salvífica de la liberación del pecado de los hombres (y, según algunos representantes de la tradición teológica de la escuela franciscana que sostiene el primado universal de Cristo, también de la preservación de la caída en los ángeles fieles). Es decir, para ser Madre de Dios redentor, Mediadora materna, Corredentora “con mérito condigno” a favor de los demás subordinadamente a Cristo Redentor,

dispensadora maternal de las gracias que ha contribuido a merecer, y abogada intercesora -Reina del Corazón del Rey- Madre de la Iglesia y en la Iglesia, cuya maternidad -como sacramento universal de salvación- deriva de la maternidad espiritual de María.

El primado absoluto de Cristo y de María es la razón que explica este modo de redención, que sería la opción divina más perfecta, según la cual María, preservada de cualquier vestigio de pecado, en previsión de los méritos de su Hijo Salvador, es el fruto perfecto de una redención perfecta obrada por un perfecto Redentor.

3. María Santísima ocupa un puesto singular y único -una jerarquía aparte en la terminología del Dr. Seráfico-, por debajo de Cristo, y por encima de las demás criaturas del Universo, a las que trasciende sin medida-, por su esencial vinculación al orden hipostático como Inmaculada-Mediadora entre Dios y la humanidad, en virtud de su libre consentimiento a la Encarnación del Verbo en sus entrañas por obra del Espíritu Santo, necesaria para la constitución teándrica de Cristo Mediador, Sacerdote, Profeta y Rey, “al encanto de las palabras virginales” de su Esposa y Sierva.

4. Todo este plan está fundado -en perspectiva teológica trinitaria- en la *singular relación de María Inmaculada* con el Espíritu Santo que hace de ella Madre del Hijo de Dios e Hija primogénita de Dios Padre y objeto de todas sus complacencias en unión indefectible con el Hijo de su amor en el ser y en el obrar: en la realización de su plan salvífico universal. Sólo de este modo Ella puede ser, lo que de hecho es: nuestra Madre espiritual en sentido estricto, en cuyo seno materno nos modela su Esposo, el Espíritu Santo, conforme al modelo de Jesucristo -Primogénito entre muchos hermanos- identificándonos con Él. Ella es la “pneumatófora” de la tradición oriental, Icono transparente del Espíritu, e instrumento maternal -en íntima, indisoluble y subordinada unión con Cristo- de su donación. Solo sobre esas bases la Iglesia puede ser, como lo es de hecho, la prolongación de su maternidad virginal en el orden de la gracia, que Ella ha merecido -de condigno “relative” (a su Hijo)- con su existencia corredentora de fe, esperanza y ardiente caridad que culmina en la espada de dolor al pie de la Cruz (Lc 2, 35).

La absoluta predestinación de Cristo y María en un único decreto -antes de la previsión del pecado, según la escuela del Beato Juan Duns Scoto, que va imponiéndose cada vez más-, es el fundamento de la redención preventiva de María que le confirió la gracia de su Concepción Inmaculada como Primogénita, Hija y Sierva del Padre, la Madre del Hijo y la Esposa del Espíritu Santo, en una *plenitud de gracia y virtudes, ininterrumpidamente creciente por la heroica cooperación de la obediencia de su fe*, firme esperanza y ardiente caridad -siempre la máxima posible en una pura criatura-. Ella es, en la intención de Dios, el medio de nuestra liberación, en tanto que la capacita -como condición de posibilidad- para ser digna Madre del Redentor, en el “fiat” de la Encarnación; y nuestra Madre espiritual como Corredentora, en toda su vida de asociación a su Hijo Redentor, que culmina en la Cruz. Nuestra redención en el Calvario ha sido realizada con la cooperación de la Inmaculada: de Aquella que -en cuanto preservada- ha merecido ser digna Madre del Redentor y a Él asociada en la oblación del Sacrificio puro y santo<sup>9</sup>, en la dispensación de sus frutos hasta la formación del Cristo total.

---

<sup>9</sup> El P. FEHLNER (*Il cammino*, cit p. 71), <<La singolare relazione che ha VERGINE Madre sia con il Redentore che con i redenti, è definita dal concetto di redenzione preventiva, che supera di gran lunga sia la preservazione degli angeli buoni che la giustificazione di Adamo e Eva prima della caduta. Mentre

En mi exposición seguiré primordialmente -teniendo a la vista estos puntos clave que urge esclarecer- la importante encíclica “Redemptoris Mater” de Juan Pablo II (cit. RM), por razones obvias: de ella debe partirse, como de la más madura expresión del Magisterio, para despejar el camino hacia una esperable y ampliamente auspiciada definición dogmática; con el complemento de su posterior catequesis mariana, en especial la de las audiencias generales de 1995 a 1997 (cit. AG, con fecha y número). La glosaré teniendo en cuenta, entre otras, las decisivas aportaciones de la tradición franciscana -especialmente viva en los franciscanos de la Inmaculada- inspirada en S. Buenaventura el Dr. Seráfico, que me parece -cada vez más-, complementaria y enriquecedora de la de Sto. Tomás de Aquino -en la que he sido formado-, y en el Beato Juan Duns Scoto, el gran doctor de la Inmaculada, San Bernardino de Siena y San Maximiliano María Kolbe. He tenido también a la vista las interesantes reflexiones del Oriente cristiano sobre la “*Panagia*” y su peculiar relación con el Espíritu Santo (también de la actual Mariología ortodoxa, cuya afinidad con las inspiradas intuiciones de S Maximiliano es llamativa).

**1. FUNDAMENTO DE LA PLENITUD DE GRACIA DE MARÍA EN SU PREDESTINACIÓN ABSOLUTA, JUNTO A SU HIJO, ANTES DE LA PREVISIÓN DEL PECADO, A SER LA MADRE DE DIOS SALVADOR, ASOCIADA A SU OBRA SALVÍFICA EN TODAS SUS FASES DESDE LOS ORÍGENES (Gen 3, 15) HASTA SU PLENA CONSUMACIÓN ESCATOLÓGICA (Ap. 12).**

La parte primera de la Encíclica “Redemptoris Mater”, titulada “María en el misterio de Cristo”, se abre con el fundamento del privilegio de plenitud de santidad inmaculada de la Santísima Virgen en su “predestinación a madre excelsa del divino Redentor”. He aquí la autorizada expresión de la doctrina de la Iglesia sobre ese punto que hace el Concilio Vaticano II:

“La Santísima Virgen predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la Encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia fue en la tierra la Madre excelsa del divino redentor, compañera singularmente generosa entre todas la demás criaturas y humilde esclava del Señor” (LG, 61.).

La Encíclica expone esta misma doctrina en la perspectiva del grandioso cuadro sobre el misterio de Cristo que ofrece Eph,1; es decir, del eterno designio de Dios Padre que, no es otro que el plan de salvación en Cristo que comprende todos los hombres y la creación entera (recapitulación de todas las cosas de en Cristo).

---

Ella, per questa grazia, dipende completamente dal Redentore, tutti gli altri dipendono da Lei per la loro giustificazione e preservazione e/o per la loro conseguente liberazione dal peccato. In altri termini, Ella è l'unica Mediatrice, perché è tale universalmente. Perciò il concetto di redenzione preventiva, mentre prima era considerato storicamente e empiricamente in relazione al peccato, metafisicamente è definito in relazione al primo piano salvifico della Trinità, in cui va ricercato la <<ratio perfectionis>>.

Juan Pablo II afirma que: <<Il dogma dell'Immacolata Concezione di Maria, non offusca ma, al contrario, pone in risalto meravigliosamente gli effetti della redenzione di Cristo sulla natura umana. Questa dimensione di preservazione, che in Maria è completa, è presente nell'intervento redentivo attraverso in quele Cristo, liberando l'uomo dal peccato, gli dona anche la grazia e la forza per superare l'influenza del peccato nella vita>>. Cf. AG, 15-V y 5-IV. 1993.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos en Cristo” (Eph 1,3). Estas palabras de la carta de los Efesios revelan el eterno designio de Dios Padre, su plan de salvación del hombre en Cristo. Es un plan universal, que comprende a todos los hombres creados a imagen y semejanza de Dios (cfr Gen 1,26). Dios que es “Padre de nuestro Señor Jesucristo nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo”.

Si ese plan salvífico “abarca a todos los hombres, reserva un lugar particular a la “mujer” que es la Madre de Aquel, al cual el Padre ha confiado a la obra de salvación” (RM,7).

“En el misterio de Cristo, María está “presente ya antes de la creación del mundo” como aquella que el Padre “ha elegido” como Madre de su Hijo...confiándole eternamente el Espíritu de Santidad. María está unida a Cristo de un modo totalmente especial y excepcional...es amada en este “Amado” eternamente...en el que se concentra toda “la gloria de la gracia”... Como enseña el Concilio, María “sobresale entre los humildes y pobres del Señor que de El esperan con confianza la salvación (LG, 55)” (RM,8). “Aquella bendición de la que “Dios Padre” nos ha colmado en los cielos es Cristo” de que habla San Pablo, es una bendición espiritual que se refiere a todos los hombres ... Sin embargo, se refiere a María de modo especial y excepcional. La “llena de gracia” según el saludo del Ángel, fue saludada por Israel como “Bendita entre las mujeres”. “La razón de esta doble saludo es que en el alma de esta “hija de Sión” se ha manifestado, en cierto sentido, toda la “gloria de la gracia” con la que el Padre nos agració en el Amado”.

*El mensajero la llama “Kejaritoméne”... no con el nombre que le es propio en el registro civil “Miryam”, sino con “ese nombre nuevo”: llena de gracia...(RM,8) “la plenitud de la gracia de la que se beneficia María por haber sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo”... (RM,9).*

*Llena de gracia es el nombre que María tiene a los ojos de Dios.* En efecto, el ángel, según la narración del evangelista Lucas, lo usa incluso antes de pronunciar el nombre de María, poniendo así de relieve el aspecto principal que el Señor ve en la personalidad de la Virgen de Nazaret.<sup>10</sup>

Fehlner observa una triple analogía entre el Nombre de Dios revelado a Moisés en el monte Oreb “Yo soy el que soy” (YHWH), *el nombre de la Virgen “kejaritoméne”* revelado a Sta Bernardette en Lourdes “Yo soy la Inmaculada Concepción”, y el nombre atribuido a María por S. Francisco de Asís “Virgen hecha Iglesia” en sus famosas “Salutationes”

La Inmaculada, según San Maximiliano María Kolbe fiel a la tradición de la metafísica ejemplarista de la teología franciscana de S. Buenaventura -

<sup>10</sup> La expresión <<llena de gozo>> traduce la palabra griega *kexapitwuevn*, la cual es un participio pasivo. Así pues, para expresar con más exactitud el matiz del término griego, no se debería decir simplemente *llena de gracia*, sino <<hecha llena de gracia>> o <<colmada de gracia>>, lo cual indicaría claramente que se trata de un don hecho por Dios a la Virgen. El término, en forma de participio perfecto, expresa la imagen de una gracia perfecta y duradera que implica plenitud. El mismo verbo, en el significado de <<colmar de gracia>>, es usado en la *Carta a los Efesios* para indicar la abundancia de gracia que nos concede el Padre en su Hijo amado (cfr Ef. 1, 6). María la recibe como primicia de la Redención (cfr. RM, 10) (AG, 8-5-1996).

profundamente inspirada en el dogma trinitario y en la economía de sus dos misiones “ad extra”, la del Hijo redentor y la del Espíritu Santo Santificador- y de Duns Scoto, sería la definición del ser finito, en su perfección de ser creatural perfectamente personificada en el ser y en el obrar, *en el grado más alto posible en el orden de la finitud*.

La respuesta de la Virgen en Lourdes a la pregunta de Sta Bernardette ¿Quién era ¿Cuál es tu nombre? (“Yo soy la Inmaculada Concepción”) sería una confirmación de una verdad revelada en los libros sapienciales de la Biblia.<sup>11</sup>

En la acepción positiva de la Inmaculada Concepción -su plenitud de gracia-dice del ser de María una tal plenitud de perfección, de inocencia, de santidad “qua maior sub Deo nullatemus intellegitur et quam praeter Deum nemo cogitando assequi potest” (Bula dogmática *Ineffabilis*, p. 6). En la escala de las puras criaturas, por consiguiente, dice del ser de María el máximo de perfección creada actuable en pura criatura... La “Inmaculada Concepción” es la definición esencial, el ser de María, como el “Ipsum esse subsistens” es la esencia de Dios, la raíz de todas las perfecciones, que de Él se predicán.<sup>12</sup> Dice Pío IX en su bula “*Ineffabilis Deus*” al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, que por un mismo y eterno decreto, Dios ha predestinado a Jesús a la filiación divina adoptiva, y a María a ser Madre de Dios. Pues la predestinación eterna de Cristo no sólo influye en la Encarnación, sino en las circunstancias en las que debía realizarse, en tal tiempo y en tal lugar: “*et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*”, como dice el símbolo Niceo-Constantinopolitano.

Se sigue de aquí que, igual que Jesús fue predestinado a la filiación divina natural antes de serlo al más alto grado de bondad, y después a la plenitud de gracia, germen de la gloria, del mismo modo, la Virgen María ha sido predestinada primero a la maternidad divina y, consecuentemente, a un altísimo grado de gloria celestial, y después a la plenitud de gracia, para que fuese completamente digna como mediadora entre Dios y la humanidad a la que ella representaba en su misión de Madre de Dios Salvador en cuanto tal, asociada a la obra redentora de su Hijo, con la identificación absoluta de su voluntad al plan salvífico de la Trinidad.

## 1.2 Su relación con la predestinación de los ángeles y los hombres.

La Encíclica pone en relación la predestinación de María, unida indisolublemente a la de Cristo –en una explicitación del “*sensus plenior*” mariológico de Eph. 1 –con la del resto de los predestinados:

“Por cuanto nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo... para la alabanza de la gloria de su gracia” (Cf. Eph.1,4-6). Pues “a los que de antemano conoció también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo para que fuera él

<sup>11</sup> Uno de los críticos hiper-prudentes, partidario de una supuesta irrelevancia de las revelaciones privadas dignas de crédito para la investigación teológica, afirma -alegando falta de fundamento metafísico-, que la lógica de la lectura de la respuesta de la Virgen a Sta Bernardette parece, en su literalidad, poner a María Santísima, una pura criatura, por más ensalzada que esté en virtud de los dones de gracia, equiparada a una persona divina. Mada más falso. Cf. A.M. APOLONIO. “Immacolata Mediatrix” 2003, *Editoriale*.

<sup>12</sup> E. PIACENTINI, *L’Immacolata Concezione, primo principio della Mariologia. Una originale conclusione da alcune premesse dottrinali di ser Maximiliano Kolbe*, Roma 1994, p. 95). En este sentido es, para la escuela franciscana, un *principio primero de la ciencia mariana* inseparable y complementario de la Maternidad divina -como ocurre con el ser infinito y el Ipsum esse subsistens. Cf. P. D. H. FEHLNER, *Io sono l’Immacolata Concezione*, en *Immacolata Mediatrix*, 2 (2002) 30.

primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a esos también los llamó; y a los que llamó a esos también los justificó; a los que justificó, a esos también los glorificó (Rom. 8,28-30).

La predestinación de María indisolublemente unida a la de Jesús, hace de Ella –en absoluta dependencia de Cristo-Jesús – primogénita de todas las criaturas. Después de Cristo hombre, Primogénito de la creación (Col. 1,14; Rom. 8,21) a nadie ha amado más el Padre que a la que estaba predestinada a ser en el tiempo Madre de su Hijo encarnado. Dios quiere a las criaturas según el grado de su bondad y la manifestación de su gloria, para lo cual son creadas. Dios, en la efusión de su bondad fuera de sí, tuvo en consideración, después de Jesús a su Madre María y después- a causa de Jesús y María- a todas las demás criaturas. María Santísima fue la primera entre todas las “puras criaturas” del universo, que estuvo en la mente y en el corazón de Dios. Esto es, fue Aquella en la que, entre todas las personas y cosas que habría de crear, Dios pensó en primer lugar; Aquella a la que El amó primero desde la eternidad. En este sentido María Santísima puede llamarse Primogénita entre todas las criaturas si se la considera en relación con todas las demás puras criaturas.

El Verbo, además de ser <<el Unigénito del Padre, es llamado asimismo <<Primogénito>>, no porque el Padre haya tenido otros hijos de naturaleza divina, sino porque mediante El y en El <<todas las cosas fueron hechas>> (Juan 1, 3), habiendo el Padre recapitulado todo en Cristo su Hijo (Efesios 1, 10), y visto todo en El, Verbo eterno y futuro Cristo... por el cual es también el primero de todas las personas y cosas creadas: todas fueron ordenadas a su gloria. Mas, inmediatamente después de Cristo, con anterioridad a cualquier otra persona o cosa creada, viene María, su Madre. Ella, por tanto, puede con toda razón llamarse Primogénita del Padre. La Santísima Trinidad, antes que nada, se ama infinitamente a sí misma, siendo éste su primer amor. Más, después de haberse amado a sí misma, la Santísima Trinidad amó, antes que a ningún otro, a María, siendo éste su segundo amor.

### **1. 2a. La Inmaculada en la Creación.**

El tiempo tuvo su inicio con la *creación del universo*, acaecida precisamente al comienzo del tiempo: <<in principio>> (Gn 1,1). Dios, al crear todas las cosas del universo, pensó en María, esto es, la tuvo presente de tres maneras: como modelo de las mismas (como causa ejemplar); como su fin (causa final de la creación); y como la primera de entre ellas, cual Obra Maestra de toda la creación, rindiéndole así el más alto testimonio creado del increado poder, sabiduría y bondad divinas.

Así describe poéticamente un alma contemplativa inspirada por Dios cuyos escritos ha estudiado con admiración G. M. Roschini <sup>13</sup> la sabiduría creadora de Dios en su llamada a la existencia de las criaturas.

<<Yo te miro (Dios Padre a la Inmaculada) y comunico el azul de tus ojos al mar y al firmamento, el color de tus cabellos al grano santo, tu candor al lirio y el color rosado, como este tu cutis de seda, a la rosa; copio las perlas de tus dientes diminutos, hago las dulces fresas contemplando tu boca; pongo a los ruiseñores en

---

<sup>13</sup> G. M. ROSCHINI, *Nuestra Señora en los escritos de María Valtorta*, ed. Italiana, Pisani 1973, p. 51.

su garganta tus notas y a las tórtolas tu llanto. Y, leyendo tus futuros pensamientos y oyendo los latidos de tu corazón tengo la norma para crear (...)>>.

Se puede igualmente añadir que, como *al crear a los Ángeles* tuvo Dios presente a su futura Reina, del mismo modo, *al formar a Adán*, tuvo presente a Cristo (que habría de ser el nuevo Adán) y, *al formar a Eva* de la costilla de Adán, tuvo presente a María (que, en razón de la gracia recibida de Cristo, llegaría a ser la nueva Eva). El paralelismo antitético Adán-Eva con Cristo-María, parece exigirlo.

Andrés de Creta usando la imagen de la arcilla primitiva, afirma: <<El cuerpo de la Virgen es una tierra que Dios ha trabajado, *las primicias de la masa adamítica divinizada en Cristo*, la imagen realmente semejante a la belleza primitiva, la arcilla modelada por las manos del Artista divino>> (*Sermo I, sobre la dormición de María*).

Esta doctrina, recogida en el mismo siglo VIII por san Germán de Constantinopla y por san Juan Damasceno, ilumina el valor de la santidad original de María, presentada como el inicio de la redención del mundo y con vistas a restaurar su belleza originaria, de la que era paradigma trascendente en el Pensamiento Creador, la belleza de la Inmaculada (AG, 13-V-1996).<sup>14</sup>

He aquí el orden del plan divino: 1º, Dios ha querido manifestar su bondad; 2º, ha querido a Cristo y su gloria de Redentor, lo que supone la permisión simultánea del pecado para la obtención de un mayor bien; 3º, ha querido a la Santísima Virgen María como Madre de Dios Redentor; 4º, ha querido, por vía de consecuencia, la gloria de María; 5º, ha querido la gracia y los méritos por los que obtendría esta gloria; 6º, ha querido la gracia y la gloria de los restantes elegidos<sup>15</sup>. (1)

Bien entendido que todos estos momentos corresponden a un mismo simplicísimo acto de predestinación, que es formalmente único en sí mismo, y virtualmente múltiple por la debilidad de nuestra mente. Observa ROSCHINI<sup>16</sup> que no hay dos decretos virtualmente diversos referidos a Cristo y a María pues están unidos “ad aeterno” como la flor a su tallo o la perla a su concha. “La multitud de los elegidos brotó junto con Cristo en seno de María” (Ausberto).

La predestinación de María aparece, así, en toda la profundidad. Se comprende que la Iglesia le aplique, por extensión, estas palabras del libro de los Proverbios: “El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, antes de que crease cosa alguna. Desde la

---

<sup>14</sup> El evolucionismo moderado que acepta la creación del alma espiritual de nuestros primeros padres no está condenado por la Iglesia, pero cada vez se va desmitificando su pretendido fundamento científico. Yo mismo he escrito dos libros sobre el tema aceptando su posibilidad como hipótesis que postula el Creador (*Metafísica de la creación y ciencias de la evolución* y *El misterio de los orígenes*, Pamplona 2001 -cfr. [www.filosofiayteologia.com](http://www.filosofiayteologia.com)-). Pero mis lecturas y reflexiones exteriores me han convencido de su radical falsedad. Baste citar, entre tantos estudios recientes que lo evidencian, el libro de BARRIUSO, *El evolucionismo en apuros*, Madrid 2001. Son muy numerosas las revelaciones privadas dignas de crédito -convergentes y armoniosamente complementarias-, que avalan la interpretación tradicional de la perfección y radiante belleza de los cuerpos de Adán y Eva, modelados según el paradigma del nuevo Adán y la nueva Eva que habrían de venir en la plenitud de los tiempos. En cuanto el poligenismo, sin ninguna base científica, es incompatible con el dogma de la Inmaculada Concepción. Sobre la aberrante reinterpretación del dogma de algunos teólogos que la admiten, cf. BASTERO, *Virgen singular*, Madrid 2001, c.1.

<sup>15</sup> Cf. R.GARRIGOU LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, p.35.

<sup>16</sup> *La Madre de Dios según la fe y la teología*, v.I,p, 177.

eternidad fui ordenada, desde el comienzo, antes de los orígenes del mundo... Cuando creaba los cielos, estaba yo presente"... (8.22-30)

El Cardenal Bea<sup>17</sup>, tras aducir este texto del libro de los Proverbios y el libro del Eclesiástico: <<Yo salí de la boca del Altísimo, primogénita con anterioridad a todas las criaturas>> (Sir 24, 3), hace constar que <<la frecuencia y la persistencia con las que la Iglesia repite estos pasajes en su liturgia, aplicándolos a María, no cabe atribuir tales referencias a una combinación (acomodación) o a una interpretación intencionadamente arbitraria. Por sus plegarias asimismo y, sobre todo, por las de la Liturgia, se encuentra la Iglesia bajo la dirección del Espíritu Santo y así, con razón, un antiguo dicho afirma que la ley que regula la plegaria *-lex orandi-* es la misma que regula la fe *-lex credendi-*. Las razones de tal relación deben necesariamente ser bien profundas y ha de buscarse en la situación de reciprocidad existente, por estricta voluntad de Dios, entre María y su Hijo divino. Y, efectivamente, el consejo de Dios que asignó al Hijo, hecho hombre, su puesto en el universo y en la humanidad, lo extendió también igualmente a Aquella que debía de estar a su lado en su misión y en la realización de la misma, que debía darlo como un don al mundo y a colaborar con El, en posición eminente, a nuestra Redención.<sup>18</sup>

Esta doctrina de la tradición de Occidente es convergente con la perspectiva numerosos teólogos ortodoxos, especialmente rusos -como S. Boulgakof<sup>19</sup>- que gustan presentar a la Iglesia bajo el símbolo de la divina Sofía, tema de los libros Sapienciales, contemplada con rasgos femeninos de la Mujer bíblica. Todo el pensamiento del genial pensador V. Soloviev es "sofiánico", que en él equivale a mariano, en referencia a la Mujer de Gen.3,15 y Ap.12.

La "Sofía" divina se nos revela de tres formas: la manifestación central y perfectamente personal es Jesucristo, el Complemento femenino es la Virgen Sma, y la extensión universal es la Iglesia<sup>20</sup>. Dios dió su aprobación absoluta a la creación entera

<sup>17</sup> VV. AA., *Mariología*, bajo la dirección del P. Straeter S. I., vol. I, 1952, p. 39.

<sup>18</sup> Si el Señor le dice al profeta Jeremías: <<Antes de que Yo te formase en el vientre materno, te conocí... y te di como profeta a las gentes>> (Jeremías 1, 5), con mayor razón habría que tener por cierto, en relación con la que es más excelsa que todo los Profetas y toma parte en le Redención mucho más íntimamente, que se fijase, desde la eternidad, sobre su persona, sobre su misión y sobre su posición en el mundo, la mirada -si resulta lícito hablar en términos tan humanos refiriéndose al Señor- del Dios Uno y Trino, como no lo hizo jamás sobre otros, ligándola a la persona, a la misión y al puesto de su Hijo divino... Esta es, en definitiva, la razón por la cual la Iglesia emplea, sin complejo alguno, hasta en lo referente a la <<Sede de la Sabiduría>>, esto es, de María, las palabras de la Escritura que tratan de la eterna Sabiduría... De esta manera, la Iglesia completa y amplía, siempre bajo la dirección del Espíritu Santo, la figura de la Madre de Dios cual nos fue hasta el presente manifestada por el Antiguo Testamento y nos permite dirigir la mirada a su anterior misteriosa existencia en la mente de Dios... El Espíritu Santo, que nos habla por medio de los escritores bíblicos, dispuso que la prehistoria de la Sabiduría de Dios, hecha carne, fuese también al mismo tiempo la de la Madre humana y estrechísima colaboradora de su Hijo divino y, a tal efecto, iluminó a la Iglesia a fin de que esta pudiese entender cada vez más claramente y penetrarse más profundamente esas misteriosas interdependencias.

<sup>19</sup> Henri DE LUBAC Ibid. *Catolicismo*, ed. Encuentro 1988, p.52.

<sup>20</sup> Cf. en Urs Von BALTHASAR, *La gloria y la cruz*, Estilos II) Vladimir SOLOWIEW. *La Sophia et les autres écrits français*, París, Ed. l'Age de l'Homme, 1978. Mgr. RUPP. *La vie de V. Soloviev, par son neu Serge M. Soloviev*, París 1975. Serge Boulgakov, *L'Oertodoxie*, trad. Ed,1932 p.167.

Vrs Von BALTHASAR, *La gloria y la Cruz*, estilos I, ha señalado la influencia en el oriente cristiano de S. Ireneo. Según su doctrina de la recapitulación en Cristo llegó a su perfección la realidad de Adán; es Maria la de Eva, y en la Iglesia la Sinagoga, y ello tiene lugar por la fuerza activa emanada de Cristo

al proclamarla -tob meod- (valde bona), contemplando en su pensamiento eterno al la Sma. Virgen, a Cristo y a la Iglesia. En esa contemplación estaba el motivo de la gran alegría que embargaba a la Sabiduría divina ante la idea de los hijos del hombre; pues veía en ellos a la única hija de Adán pura e inmaculada. Veía ahí, al Hijo del hombre por excelencia, al único justo; veía en fin ahí la multitud humana unificada bajo la forma de una sociedad única basada sobre el amor y la verdad. La Sabiduría divina contemplaba bajo esta forma su encarnación futura y, en los hijos de Adám, sus propios hijos, se gozaba viendo que justificaban el plan de la creación que ofrecía a Dios: "Et justificata est Sapientia in filiis suis" (Mt.11,19)<sup>21</sup>.

### 1.2 a. La inmaculada en la prueba de los ángeles y de los hombres.

María Inmaculada estuvo presente, no sólo en la creación, sino también en la prueba tanto de los ángeles como de los hombres.

Según una tradición testimoniada por algunos Padres, que sigue viva en algunos teólogos a lo largo de los siglos (p. ej., Alejandro de Hales, Francisco Suarez, J. M. Scheeben), la <<prueba>> de los ángeles consistió en el hecho de haberles propuesto Dios la adoración a <<la Palabra Divina>> (la segunda Persona de la Santísima Trinidad), o sea, aceptar, adorando, la revelación del <<Pensamiento Eterno>> que habría más tarde de encarnarse y hacerse hombre (como la prueba de los dos primeros seres humanos consistió en aceptar, observándola, la Palabra divina, absteniéndose de comer del fruto del árbol prohibido).

Un determinado número de ángeles -"la tercera parte de los astros del cielo" (Ap. 12, 41), encabezados por Lucifer-, no superaron la prueba, no se plegaron a la palabra de Dios y así perdieron su gracia. Movidos por la soberbia, no acogieron, adorándola, <<la Palabra divina>>, encarnada en la "Mujer vestida de sol" que describe el Apocalipsis de San Juan.. Y, así, se convulsionó el <<Paraíso celestial>> (el de los Ángeles) del que fueron inmediatamente echados por Dios y precipitados en el infierno. Y si por el conocimiento de la Encarnación de la Palabra divina, vino el Desorden promovido por los soberbios que no quisieron adorar a la Palabra

---

resucitado y del "Espíritu infatigable, que conduce con la cooperación de la nueva Eva -causa salutis- o la cristianización universal y cósmica del milenio. Tal es el sentido de la historia, orientada hacia la plenitud de una victoria profunda e integral del Verbo de Dios sobre su adversario, en una lucha constante entre la descendencia de la mujer y la del espíritu del mal, a través de las generaciones. Se trata de un proceso equivalente -social y personal- de la transustanciación eucarística, cuando la carne y la sangre humanas se convierten -como el pan y el vino en Cristo-, en el Cuerpo místico de Dios.

Según Solowiew la vida cristiana no se desarrollará pujante hasta que la fuerza de la humanidad asistida por las fuerzas de la gracia no deje de lado sus discutibles derechos para aplicarse a cumplir los deberes de modo consciente y voluntario y no por la vía de coacción y violencia del papismo medieval. Tales fuerzas no son otras que las del sacerdocio, realeza y profetismo, libres de todo papocesarismo, cesaropapismo y clericalismo. Solowiew distingue en este sentido el papismo, que es una tendencia impura, del papado en su verdadera significación. Si el autoritarismo romano pudo incurrir en abusos, los resultados de las tres rebeliones contra él fueron más lamentables (las de Bizancio contra el eclesiástico, de los soberanos contra el abuso político de algunos pontífices, y del protestantismo y el racionalismo contra el absolutismo disciplinario romano). Es preciso que el oriente cristiano con su sentido de Dios, pero a veces proclive -es su tentación- a un dudoso espiritualismo; y el occidente con su sentido del hombre, pero que a veces exalta más de lo debido a un activismo naturalista práctico -es su tentación- encuentren unidos su equilibrio en la religión "encarnada de la teandría" en la Iglesia Universal con cabeza en Roma: (Roma o el Caos!; en un papado purificado de los "vicios" del "papismo").

<sup>21</sup> Cf. *Russie et l'Eglise Universelle*, París 1989, p.260-261. Al triunfo de la Sabiduría le precede una fugaz victoria del Anticristo con la que pone fin la "estirpe de la mujer"(aludiendo a Gen 3,15 y Ap,12).

Divina, por el conocimiento de María, que adora y sirve la Encarnación de la <<Palabra Divina>>, tornó la paz que había sido turbada.<sup>22</sup>

Como los ángeles rebeldes, así también los dos primeros seres humanos (los progenitores) no superaron la prueba y, a impulsos de la soberbia suscitada en ellos por Satanás (querer ser semejantes a Dios), no cumplieron con el mandato de Dios, le desobedecieron y, de esta forma, perdieron la gracia y los dones gratuitos preternaturales (integridad, inmortalidad) y fueron expulsados del Paraíso terrenal. Y, al igual que los Angeles buenos en el Paraíso celestial, tras la prevaricación de sus compañeros, les reveló Dios a María como su salvación (al adorar y servir a la Encarnación de la Palabra Divina en su seno), así también, nuestros progenitores, inmediatamente después de su prevaricación en el Paraíso terrenal, les fue revelada María en el Protoevangelio a las puertas del Paraíso como principio de su salvación con Cristo y mediante Cristo.

"Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios al poder de la muerte. Al contrario, Dios lo llama (cf Gn 3,9) y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída (cf Gn 3,15)"<sup>23</sup>. <<Pongo perpetua enemistad entre ti -dice después de maldecir a la serpiente tentadora- entre tu descendencia y la suya. Ella te aplstará la cabeza, mientras tú la muerdes el talón>>.

<<A la luz del Nuevo Testamento y de la tradición de la Iglesia sabemos que la mujer nueva anunciada por el *Protoevangelio* es María, y reconocemos en <<su linaje>> (Gn 3, 15), su hijo, Jesús, triunfador en el misterio de la Pascua sobre el poder de Satanás.

La enemistad puesta por Dios entre la serpiente y la mujer se realiza en María de dos maneras. Ella, aliada perfecta de Dios y enemiga del diablo, fue librada completamente del dominio de Satanás en su concepción inmaculada, cuando fue modelada en la gracia por el Espíritu Santo y preservada de toda mancha de pecado. Además, María, asociada a la obra salvífica de su Hijo, estuvo plenamente comprometida en la lucha contra el espíritu del mal.

Así, los títulos de inmaculada Concepción y Cooperadora del Redentor, que la fe de la Iglesia ha atribuido a María para proclamar su belleza espiritual y su íntima participación en la obra admirable de la Redención, manifiestan la oposición irreductible entre la serpiente y la nueva Eva>>. (AG, 2-I-1996)

Los exégetas y teólogos consideran que la luz de la nueva Eva, María, desde las páginas del Génesis se proyecta sobre toda la economía de la salvación, y ven ya en ese texto el vínculo que existe entre María y la Iglesia.<sup>24</sup> El tema es fascinante, y lo

<sup>22</sup> Además de los santos Padres y teólogos antes citados, convergen en esta explicación algunos escritores místicos. Además de María Valtorta estudiada por G. M. Roschini (cit.) puede leerse con provecho el profundo estudio del mariólogo español Félix OCHAITA PIÑEIRO: *Dos venerables: María de Jesús de Ágreda (1602-1665) y Anna Catharina Emerick (1784-1824): Los misterios de la infancia de María. Convergencias y divergencias.* "Estudios marianos", vol. XXIX, 2003, pp 223-259", y los numerosos estudios sobre la Madre Agreda del P. E Llamas, presidente de la sociedad Mariológica española, que hablará sobre ella en este simposio.

<sup>23</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica* (aquí cit. "CEC"), n.410.

<sup>24</sup> Los exégetas concuerdan en reconocer que el texto del Génesis, según el original hebreo, no atribuye directamente a la mujer la acción contra la serpiente, sino a su linaje. De todos modos, el texto da gran relieve al papel que ella desempeñará en la lucha contra el tentador: su linaje será el vencedor de la serpiente.

¿Quién es esta mujer? El texto bíblico no refiere su nombre personal, pero deja vislumbrar una mujer nueva, querida por Dios para reparar la caída de Eva: ella está llamada a restaurar el papel y la dignidad

expone en este simposio el Padre Settimino Manelli FI. Séame, con todo, hacer una breve referencia a su significación eclesiológica, a la luz del paralelismo bíblico, que no suele ser explicitada.

La lucha dramática provocada por la enemistad de la serpiente con el "resto de la descendencia" de la Mujer (Ap.12,17), evoca los sufrimientos corredentores del Pueblo de Dios peregrinante.<sup>25</sup> Es el don de la Esposa que aporta lo que falta a la Pasión de su Cabeza (cf. Col 1,14) y le hace partícipe de la maternidad de la Mujer -la Inmaculada-, mediante el misterio eucarístico, centro y raíz de la vida del Pueblo de Dios, hasta que se complete el número de elegidos de su estirpe espiritual. Muy bien lo supo expresar M.J.Scheeben, escribiendo sobre el carácter fundamental de la maternidad de María respecto a la de la Iglesia y la unión orgánica de ambas: "La maternidad de la Iglesia obra sobre la base, y por la virtud de María, y la de María continúa obrando en y por la de la Iglesia<sup>26</sup>. (Mientras Cristo dormía en el Sepulcro, toda la vida del Cuerpo místico estaba concentrada y refugiada en Ella como en su corazón, cuando la fe de todos los demás estaba por lo menos oscurecida). Ella es Madre, Esposa y Virgen, antes que la Iglesia y para la iglesia. Si la Iglesia es Madre, Esposa y Virgen lo es principalmente en ella y por ella... María es en torno a Cristo como la primera onda de la Iglesia, que va engendrando a las demás hasta el fin de los tiempos<sup>27</sup>, por la mediación del ministerio de la palabra y de los sacramentos, cuya raíz salvífica es el misterio eucarístico: "cuantas veces se celebra este sacramento, se realiza la obra de la Redención" (Misa votiva de la Eucaristía).

### 1.2 b. **María "ianua coeli". Todos los predestinados deben su salvación a Cristo y a la Inmaculada.**

La predestinación de Cristo es causa ejemplar, meritoria, eficiente y final de la nuestra y de la de los ángeles, no en cuanto al acto de voluntad divina, sino en cuanto al término y efecto de la predestinación. (S.Th. III, 2, 4, 3)

La razón es que Jesucristo nos mereció, a título de de estricta justicia, con su pasión y su muerte, todos los efectos de nuestra predestinación, o sea, la vocación ("elegit nos in ipso") cristiana, la justificación y la glorificación; y nos lo dispensa a través del instrumento universal de salvación que es su Iglesia, a través de la Palabra y los Sacramentos, para alabanza de la gloria de su gracia (Eph 1, 3, 6. cf. Rom.8) como comenta la Encíclica "*Redemptoris Mater*" (n 8).

Dada la íntima unión entre Cristo y María puede decirse que la predestinación de María es causa "secundaria" ejemplar, meritoria, eficiente y final de la nuestra.<sup>28</sup>

Según la Escuela Franciscana, María Santísima sería también corredentora de los ángeles por una especie de "corredención preventiva" (como Cristo es su Redentor por sí). El mérito corredentor de María alcanzaría pues, todas las gracias de todas las criaturas, salvo -como es obvio- la plenitud de santidad inmaculada que recibió por su

de la mujer, y a contribuir al cambio del destino de la humanidad, colaborando mediante su misión materna a la victoria divina sobre Satanás.

<sup>25</sup> Cf. J. FERRER ARELLANO, *Eclesiología latente en el "Protoevangelio"*, Actas XV Simp. Teol. Univ. De Navarra, 539-564. Sitio Web: [www.filosofiayteologia.com](http://www.filosofiayteologia.com)

<sup>26</sup> *Dogmatik*, 1,1,v,n.1819. San Bernardo la muestra coronada de sol y teniendo la luna bajo sus pies, como un lazo viviente entre los dos astros, entre la Iglesia y Jesucristo (PL,183,431)

<sup>27</sup> Ch, JOURNET, *Teología de la Iglesia*, Bilbao P.120; Cf. H.de LUBAC. *Meditación sobre la Iglesia*, 126s, *Catolicismo, los aspectos sociales del dogma*, ed. Encuentro,1988. p.52. "El don de la Esposa" es un tema recurrente en el magisterio de Juan Pablo II: Cf. MD,VII; *Carta a las familias*, 19; Ct.772,773,792.

más perfecta redención -preservativa- fundada en su predestinación a ser asociada, como Madre del Redentor a la salvación del universo.

Lo que Cristo realizó como causa meritoria -mediación ascendente redentiva- y eficiente instrumental primaria -mediación descendente dispensadora del tesoro redentor-, lo realizó también María como causa meritoria y eficiente instrumental secundaria en virtud de su unión indisoluble con Cristo en la obra de nuestra salvación. (Así lo justificaremos más adelante).

Si todo fue creado por Dios en atención a la gloria de Cristo y de María, se sigue que también los elegidos, con su gloria, fueron ordenados a la gloria de Cristo y de María, como familia y corte de dos soberanos del universo, el Rey y la Reina.

Se concluye que todos los hombres -y los ángeles- predestinados a la gloria deberán su salvación eterna a Cristo y a María. No sólo en cuanto que su misma predestinación dependió de la de Jesús y María sino también porque Cristo les mereció y María les comereció todas las gracias habituales y actuales que, a través de toda su vida y de sus propios méritos personales, les condujeron de hecho a la perseverancia final y a la consecución efectiva de la gloria eterna.

**1.3 a La plenitud inicial de la gracia de María es superior a la de otra criatura celeste y terrestre. Según la escuela franciscana, la máxima que es posible en una pura criatura (según el anselmiano “nemo maior cogitari nequit” en el orden de la perfección de la mera criatura).**

“María es “llena de gracia”, porque la Encarnación del Verbo, la unión hipostática del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se realiza y cumple precisamente en ella. Como afirma el último Concilio (LG, 53), María es “Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo, con un don de gracia eximia, antecede con mucho todas las criaturas celestiales y terrestres” (RM, 9)...” Esta nueva vida la recibe con una plenitud que corresponde al amor del Hijo a la Madre<sup>29</sup> y por consiguiente, a la dignidad de la maternidad divina” (RM, 10).

Siendo Dios santidad suma, la dignidad de Madre de Dios conlleva la inmunidad de todo pecado (aspecto negativo) y la plenitud de gracia (aspecto positivo). Por lo que se refiere a la inmunidad del pecado en María, se excluye todo pecado personal e incluso el pecado original. De él trataremos en el epígrafe siguiente. Comenzaremos por el primero.

La tradición de la Iglesia se hace eco de la santidad de la Virgen en el paralelismo Eva-María, que en su aspecto moral destaca la dimensión de santidad de María, aspecto que en la literatura cristiana preefesiana va a también relacionado con la maternidad virginal. Lógicamente la santidad excelsa de María se presenta como una exigencia de su dignidad de Madre de Dios: sin una santidad singular María no estaría a la altura de esta misión trascendente. Ahora bien, el destino de Madre de Dios era para María un destino de Madre universal. Madre de un Dios

---

<sup>29</sup> “¿Cómo nos habríamos comportado, si hubiéramos podido escoger la madre nuestra? Pienso que hubiéramos elegido a la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Cristo: siendo Omnipotente, Sapientísimo y el mismo Amor, su poder realizó todo su querer... Convenía, Dios podía hacerlo, luego lo hizo. Es la explicación más clara de por qué el Señor concedió a su Madre, desde el primer instante de su inmaculada concepción, todos los privilegios.” (San JOSEMARÍA E., *Es Cristo que pasa*, n. 71).

redentor, se le asigna una específica colaboración en la obra redentora de su Hijo, en cuya virtud es Madre espiritual de la humanidad redimida. Y también en función de esta maternidad espiritual le corresponde una santidad sublime, cosa que subraya la literatura cristiana anterior a Efeso. (a. 431).

Santo Tomás, resumiendo la tradición que le precede, declara que, “la Santísima Virgen María estuvo muy cercana a Cristo según la humanidad, ya que de ella tomó la naturaleza humana. Y por eso debió de obtener de Cristo mayor plenitud de gracia que todos los demás seres” (S. Th. III, 27, 10).

Dios realizó la maravilla de que le Verbo se hiciera hombre sin dejar de ser Dios. María, fecundada por la acción del Espíritu Santo, engendró en su seno un cuerpo humano, que en unión sustancial con el alma humana creada en ese mismo instante, forman la naturaleza humana de la Persona del Verbo. Así, María engendró a Alguien que era Dios, en su naturaleza humana asumida. No existió, en el seno de María primero un cuerpo, y después un alma humana unida a ese cuerpo y, más tarde, una Persona divina. Eso significaría tanto como engendrar sólo a un hombre, a una persona humana, a la cual luego se uniría la Persona Divina; y esto sería lisa y llanamente la herejía de Nestorio condenada el a.425 en el Concilio de Éfeso, que definió el dogma de la maternidad divina de María.

María, pues, es preparada por la Santísima Trinidad para ser Madre del Verbo redentor en Ella encarnado. María engendra físicamente al Hijo en su naturaleza humana. María es físicamente Madre del Hijo de Dios, verdadera Madre de Alguien que, sin embargo, no dejaba de ser su Padre y su Dios. María era ya para siempre la Señora de Quien era, a la vez, su Señor y su Dios. María había sido elevada a realizar físicamente en su cuerpo una acción que comienza con su libre consentimiento a su vocación de Madre del Verbo de la Esposa del Espíritu Santo, a la que estaba predestinada, cuyo término era nada menos que la generación de una Persona divina según la naturaleza humana.

Nos hallamos, ante un hecho que le confiere a María una relación espacialísima de orden entitativo con Dios Padre y con Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Porque María es verdaderamente Madre del Hijo engendrado eternamente por el Padre, en su divinidad de quienes procede eternamente el Espíritu Santo.

Se entiende que la gracia inicial de la Virgen María es no sólo superior a la gracia final de Santos y Ángeles juntos, sino singular -única y trascendente a la nuestra-, justamente llamada gracia maternal, derivada de la plenitud de Cristo y merecida por Él para preservarla del pecado, cuyo débito no contrajo por su predestinación “ante peccatum paevisum” (Así piensan S. Bernardino y San Maximiliano M.).<sup>30</sup> La razón de

---

<sup>30</sup> Me ha parecido muy ilustrativo el estudio del P. L. Immarrone sobre la *Corredención en San Maximiliano* KOLBE, en el vol. II de AA. VV., *Maria Corredentrice. Storia e Teologia*, Frigento 2000 (hasta ahora han aparecido 6 volúmenes). La predestinación por Dios “uno eodemque decreto” de la Encarnación del Verbo en el Seno de la Inmaculada, tiene como fin recapitular todo en Cristo como Rey y Cabeza del Universo creado, como vértice, centro y fin de la creación. Pero tal decreto no puede ser concebido después de la previsión del pecado, sino independientemente de él, porque Dios, que es Amor, ha creado el mundo por amor con vistas a que hubiera seres racionales capaces de devolverle amor libremente perfeccionándose y haciéndose más semejantes a Él, con el amor (“Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei”). Ahora bien, el Espíritu Santo es todo el Amor de la Trinidad, y en María, su Esposa, se compendia todo el amor que la creación puede dar a Dios en retorno. Ella responde con plenitud al amor increado. Así, en esa unión del Amor increado con el amor creado que se da en el corazón de la Inmaculada se alcanza el vértice del amor que intenta Dios como fin supremo -indisociable

que esta superioridad estriba, en que la gracia inicial de María debió ser tal que la dispusiera para ser Madre idónea de Dios redentor indisolublemente asociada a Él en su ser y en su obrar salvífico, lo cual pertenece a un orden o jerarquía trascendente al resto de las criaturas, y por ello todas las gracias de todas las demás criaturas juntas no pueden constituirse en preparación adecuada, en virtud de la distancia “sine mensura” al orden hipostático, que confiere a la Madre de Dios cierta dignidad infinita (S. Th. I, 25, 6, 4).

No es extraño, que de María se diga que, por su Maternidad divina, tiene una <<cierta dignidad infinita>>.<sup>31</sup> Que <<alcanza los límites de la divinidad>>.<sup>32</sup> Que <<Dios puede hacer un mundo mayor, pero no puede hacer una Madre más perfecta que la Madre de Dios>>.<sup>33</sup> Que <<la dignidad de la Madre de Dios es singularísima, sublime y casi divina>>.<sup>34</sup>

Esta enseñanza parece verse confirmada por el propio Magisterio en la bula definitoria del Dogma: “Desde el principio y antes de los tiempos eligió y señaló una Madre a su Unigénito Hijo... Por eso tan maravillosamente la colmó de la abundancia de todos los celestiales carismas sacada del tesoro de la divinidad, y muy por encima de todos los ángeles y los santos, que Ella siempre absolutamente libre de toda mancha de pecado, y toda hermosa y perfecta manifestase tal plenitud de inocencia y santidad que no concibe en modo alguno mayor después de Dios y nadie puede imaginar fuera de Dios” (Dz. 2.800).

San Maximiliano explica la plenitud de gracia de la Inmaculada como una consecuencia connatural de la perfecta unión de voluntad entre Ella y el Esposo, el Espíritu Santo. María es el fruto perfecto o término *ad extra* del amor del Padre y del Hijo encarnado, el Espíritu Santo, que en su misión temporal se une inefablemente a Ella, en alianza sponsal de dos personas y dos naturalezas.<sup>35</sup>

### **1.3b Plenitud no absoluta -como la de Cristo- de la gracia de María, su crecimiento incesante a lo largo de su peregrinación en la fe.**

Esta plenitud inicial de gracia no excluye en modo alguno al aumento de la misma gracia en la Santísima Virgen. La plenitud de gracia de María no era absoluta, como la

de la manifestación de su gloria- que no puede estar condicionado por el pecado. Por eso todas las criaturas han sido queridas y amadas por Dios en relación a la Inmaculada, la cual es -subordinadamente a su Hijo- el vértice: el centro y el fin de la creación. Esta intuición atraviesa la teología franciscana, especialmente en S. Maximiliano Kolbe -que la llama “la ley de acción y reacción-, que canta al a la Inmaculada: “Por tí Dios ha creado el mundo. Por tí Dios me ha llamado también a mi a la existencia (SK, III, p. 716).

<sup>31</sup> Santo TOMÁS, S. Th., I, q. 25, a. 6 ad 4.

<sup>32</sup> CAYETANO, *In II-II*, 103, 4. ad 2.

<sup>33</sup> San BUENAVENTURA, *Speculum*, 8.

<sup>34</sup> PÍO XII, Enc. *Ad caeli Reginam*, 11-X-1954; MARÍN Documentos marianos (BAC, Madrid 1954)n. 902).

<sup>35</sup> El nombre de Inmaculada Concepción de María -que Ella misma se dio en Lourdes- sería un reflejo creado del mismo nombre de su Esposo, la Persona del Espíritu Santo, Concepción increada, el que mejor revela el modo de procesión *ab aeterno* del Padre y del Hijo. San Maximiliano parece inspirarse en la teología trinitaria de su maestro San Buenaventura en su explicación de la caridad como nombre propio del Espíritu Santo por vía de una analogía tomada del amor sponsal y conceptivo (SK 1310,1318). Cf. FEHLNER, *Il Cammino*, cit., p. 77-78, que cita a M. OLTRA, *Doctrina trinitaria en San Buenaventura, en e obras de S. Buenaventura V*, BAC, Madrid 1948, pp 24-25; y a H. M. MANTEAU-BONAMY (o. p.), *Saint Maximilian Marie Kolbe et la médiation de l’Immaculé (Dans la lumière du Vat. II)*, en *La Mariología di S. Maximiliano María Kolbe*, Roma 1985, pp. 508-530.

de Cristo. Es decir la suya no era una plenitud intensivamente suma<sup>36</sup>, sino que era relativa, de acuerdo con su capacidad, teniendo en cada instante toda la gracia que le era posible en cada momento. Y tampoco era su plenitud de gracia una plenitud de término, como es la de los santos ya en el cielo. Pudo por tanto crecer y aumentar.

Las gracias y dones sobrenaturales no fijan la capacidad de su recipiente, sino que lo dilatan y lo ensanchan para nuevas comunicaciones, mediante los sacramentos la oración y las buenas obras. Cuanto más se ama a Dios participando de su gracia tanto más se capacita para recoger las efusiones de la bondad divina. Amando se adquieren nuevas fuerzas para amar, y quien más ama, más quiere y más puede amar. Por ello la gracia llama a la gracia y la plenitud de gracia a una plenitud siempre creciente.

Además, el contacto maternal, físico y espiritual de María, con la Humanidad Santísima de Jesucristo, constituyó para Ella una fuente continua e inagotable de crecimiento de gracia, que fue aumentando sin cesar con movimiento uniformemente acelerado, hasta alcanzar una plenitud inconcebible en su término en el momento de su plena glorificación en la Asunción a los cielos. La eficacia de este trato maternal vendría regulada por aquél principio que expresa así Santo Tomás: “cuando más cerca de la causa fontal (*causae influenti*) se encuentra el recipiente, tanto más participa de su influjo” (S. Th. III, 7, 1).

La Encíclica RM alude implícitamente a este tema clásico de mariología en los- números 12-19, dedicados a la libre y heroica respuesta de la fe de María al don de la gracia inicial; la perfecta cooperación con “la gracia de Dios que previene y socorre” y disponibilidad plena a la acción del Espíritu Santo que le impulsaba a asociarse con una fe, esperanza y amor en constante crecimiento, como corredentora

---

<sup>36</sup> No debe olvidarse, que según S. Juan, la plenitud desbordante de gracia consumada, que implica la visión facial de Dios (*plenum gratiae et veritatis* Jn 1, 4), le corresponde desde que es constituido *mediador* en el instante del *ecce ancilla* (Lc 1, 38), que es el del *ecce venio* (Heb, 10,9), cuando “al encanto de las palabras virginales” *el Verbo se hizo carne, propter nos homines et propter nostram salutem*, en plenitud de vida comunicativa, que implica gracia consumada en visión. Pero no invadió aquella plenitud de modo plenario su Humanidad hasta la Pascua -sólo entonces entró su humanidad íntegramente en la *gloria* de su plena *semejanza divina*-, ya poseía, al menos, en el ápice de su espíritu, aquella plenitud de gracia consumada que invadirá la integridad de su Humanidad en la hora de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12,23) en el trono triunfal de la Cruz. Es entonces cuando es *formalmente* constituido nuevo Adán, Cabeza de la nueva humanidad a la que ha venido a “recapitular” (Ef. 1,6) en la nueva estirpe de los hijos de Dios. Cf. J. FERRER ARELLANO, *Sobre la inteligencia humana de Cristo. Examen de las nuevas tendencias*, en Actas del XVIII Symp. de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1998, 465-517 ([www.filosofiateologia.com](http://www.filosofiateologia.com)). Muestro ahí cómo la perspectiva alejandrina (de arriba abajo) si bien complementaria a los de inspiración antioquena (de abajo arriba), -más atenta a la plena historicidad de la condición kenótica de siervo del “*perfectus homo*”-, debe primar sobre esta última, pues no es “*purus homo*”. De lo contrario encontraremos notables desviaciones como puede comprobarse en numerosas cristologías de abajo arriba no calcedonianas que ahí se examinan, junto con otras propuestas muy valiosas (J. Maritain, V. Balthasar, González Gil, p. ej.) que toman en consideración el pleno reconocimiento de la condición histórica de la existencia pre-pascual de Cristo, superando las deficiencias de la Teología clásica -poco sensibles a la condición histórica del hombre y a la profundización de la noción de conciencia-, pero sin abandonar la gran Tradición en continuidad de homogéneo desarrollo, en la línea ya emprendida antes en la Cristología francesa de entreguerras.

“En el misterio de la Encarnación, hay que considerar bastante más el movimiento de descenso de la plenitud divina en la naturaleza humana, que el movimiento de progreso por el que una naturaleza humana preexistente se volviera hacia Dios” (S. Th., III, 34,1,1).

de la obra salvífica de su Hijo(n.13). De este tema trataremos en el apartado siguiente (2).

#### 1. 4 Redimida de modo eminente en previsión de los méritos de su Hijo, no contrajo el pecado original (LG. 53a).

Como formula implícitamente este texto de la “*Lumen gentium*”, este privilegio de María es una manifestación de la plenitud de gracia que le fue concedida desde el primer instante a título de digna Madre del Redentor; es decir, en orden a preparar al Unigénito del Padre una digna morada (cf. Oración de la Misa de la fiesta), que nunca había de abandonar, asociada a Él para siempre en el ser y en el obrar salvífico. La Encíclica RM comenta ese texto de LG en el mismo contexto anterior del comentario a las bendiciones del plan Salvífico del misterio de Cristo que describe la “gran doxología” con la que comienza la carta de los Efesios en su sentido mariológico.

Refiriéndose a la “historia de la gracia” que “Dios Padre nos agració en el Amado”, añade: “en Él tenemos por medio de su sangre la Redención” (Eph. 1, 7). Según la doctrina, formulada en documentos solemnes de la Iglesia, esta “gloria de la gracia se ha manifestado en la Madre de Dios por el hecho de que ha sido redimida “de un modo eminente” (Ineffabilis Deus, de Pío IX, cf. LG, 53). En virtud de la riqueza de la gracia del Amado, en razón de los méritos redentores del que sería su Hijo, María ha sido preservada de la herencia del pecado original” (RM, 10).

El 8 de diciembre de 1854 Pío IX definía el dogma de la Inmaculada Concepción preparado por intervenciones no definitorias del Magisterio precedente, sobre todo a partir del s. XV.<sup>37</sup> Con estas palabras:

“Declaramos y definimos que la doctrina que sostiene que la Beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano, está revelada por Dios y debe ser por tanto firme y constantemente creída por todos los fieles”. (Dz. 1641).

Pío XII hace cincuenta años, en la encíclica “*Fulgens Corona*”, sobre la realeza de María, publicada con ocasión del centenario del dogma, puntualiza que en la en la Bula *Ineffabilis Deus*, el Bto Pío IX, <<no hizo sino recoger con diligencia y sancionar con su autoridad la voz de los Santos Padres y de toda la Iglesia, que siempre se había dejado oír desde los tiempos antiguos hasta nuestros días>>. <<La verdad expresada en la definición de la Inmaculada no se ha obtenido como una conclusión deducida a partir de la Revelación, o por su conexión con alguna otra verdad revelada, sino que se trata de una verdad formalmente revelada por Dios. Se encuentra afirmada en la Iglesia desde los primeros siglos. Al través de la historia ha habido progreso en el conocimiento y explicación, pero la verdad era conocida desde los comienzos de la Iglesia como divinamente revelada>>.<sup>38</sup>

<sup>37</sup> Cf. Stefano CECHIN, *L’Immacolata Concezione. Brerre storia del dogma*, Città del Vaticano 2003.

<sup>38</sup> PÍO II, Enc. *Fulgens Corona*, 9-XI-1953.

En el periodo preniceno no existen testimonios explícitos de esta doctrina que se profesa, sin embargo, implícitamente: 1/ En el paralelismo Eva y María. Eva fue causa de la ruina, María causa de la salvación. Esta fue la designada por Dios para reparar el pecado de aquélla y por eso no podía incurrir en la misma culpa. 2/ En el reconocimiento a la santidad, inocencia, pureza y otros atributos aplicados a María incompatibles con cualquier sombra de mancha.

Del siglo V al XI, se comienza a hablar casi explícitamente de este privilegio. En este periodo cuando comienza a celebrarse la fiesta litúrgica. (En Oriente siglos antes que en Occidente, donde se inicia partiendo de Inglaterra, el país que acoge este simposio sobre María Corredentora, el s. XI)<sup>39</sup>.

En el medioevo, en oriente nadie lo negó o lo puso en duda, pero en occidente tuvo lugar una gran controversia teológica que se prolongó hasta el Concilio de Basilea (a. 1439). Algunos teólogos tropezaron con dos dificultades. Una dogmática: la universalidad de la redención operada por Cristo incluía la del pecado original. Otra, teológica, derivaba de una falsa inteligencia sobre la transmisión del pecado original debida –decían- a la concupiscencia que implica la generación natural, que dejaría una “cualidad mórbida” en el feto que afectaba al alma en el momento de infusión con el cuerpo. Sobre esta base, como María no fue engendrada virginalmente, habría contraído el pecado original. Obnubilados por estas dificultades se mostraron contrarios al privilegio inmaculista autores tan marianos como san Bernardo, que en el siglo XII se opuso a la celebración de la fiesta, san Alberto Magno, san Buenaventura y santo Tomás ya en el siglo XIII.<sup>40</sup>

Después de Raimundo Lulio, quien fue el primero que enseñó el privilegio inmaculista, conquistando para él mismo a otros muchos doctores y maestros, será el Beato Juan Duns Escoto su gran defensor y propagador. Él armoniza definitivamente la verdad de la redención universal de Cristo, que incluye también a María y la verdad de la Inmaculada Concepción, al establecer que la redención que preserva de culpa en atención a los méritos de Cristo (caso de María) es en sí misma más noble y perfecta que la redención que la libera de la culpa contraída.

Además, siguiendo un planteamiento ya iniciado por Eadmero, secretario de san Anselmo, formuló aquel argumento que hizo célebre el Beato Juan Duns Scoto en la célebre controversia de París: “pudo, convino, luego lo hizo”.<sup>41</sup>

1. El triunfo de la verdad de la Inmaculada puso de manifiesto el valor de los argumentos de conveniencia en que se funda, que se reducen en último término a dignidad que corresponde a la que estaba llamada a ser Madre del Verbo encarnado

---

<sup>39</sup> La Liturgia es la voz de la tradición en su máxima potencia (Dom Guaranger). De ahí la importancia del testimonio cultural, como el del “sensus fidei” del Pueblo de Dios, de tanta influencia en la maduración de los dogmas mariológicos. En cuanto los Padres, son clásicos los testimonios de S. Proclo, S. Sofronio, S. Germán, S. Juan Damasceno, S. Andrés de Creta, etc..., citados algunos en la Encíclica.

<sup>40</sup> De hecho ofrecen una serie de pensamientos y de principios teológicos, en torno a la eximia santidad y singular pureza de María, que dan la impresión de que gozosamente habrían aceptado sin reservas el privilegio inmaculista, sin hubieran percibido el modo de conciliarlo con la universalidad de la Redención. Así cabe entender el empeño de san Alberto Magno, secundado por san Buenaventura y santo Tomás, por fijar el momento de la santificación de María inmediatamente después de la Concepción.

<sup>41</sup> “Los teólogos han formulado con frecuencia un argumento semejante, destinado a comprender de algún modo el sentido de ese cúmulo de gracias de que se encuentra revestida María, y que culmina con la Asunción a los cielos. Dicen: *convenía, Dios podía hacerlo, luego lo hizo*. Es la explicación más clara de por qué el Señor concedió a su Madre, desde el primer instante de su inmaculada concepción, todos los privilegios. Estuvo libre del poder de Satanás; es hermosa -*tota pulchra*-, limpia, pura en alma y cuerpo.” S. JOSEMARÍA E., *Es Cristo que pasa*, n. 71.

redentor, capacitándola para cooperar en su obra salvífica hasta su consumación al pie de la Cruz. Con precisión y belleza lo dirá Pío IX en la Bula definitiva:

“y por cierto era convenientísimo que (la Madre del Dios redentor) brillase siempre adornada de los resplandores de la perfectísima santidad y que reportase un total triunfo sobre la antigua serpiente en la mordedura del talón, que en la Pasión del Cristo total, Cabeza y miembros, llamada también a cooperar con sus dolores salvíficos a la dilatación del Reino que emerge de la Cruz gloriosa (Gen 3, 15, Apoc. 12), enteramente inmune aun de la misma mancha de la culpa original, tan venerable Madre, a quien Dios Padre dispuso dar a su único Hijo”.

2. El dogma se refiere no a la concepción *activa*, obra de los padres de María, sino al *término* de esa acción, es decir a la *concepción que podemos llamar pasiva*; el resultado de la concepción activa, que es precisamente *el ser concebido* de María. Ella, María, es la concebida sin pecado original. *Este singular privilegio es a nadie concedido*, sino a la que fue elevada a la dignidad de Madre de Dios.

3. La dificultad que aquellos grandes teólogos tuvieron antes de la declaración dogmática para reconocer sin lugar a dudas la Inmaculada Concepción de María, era esencialmente -como decíamos- *la universalidad* de la Redención operada por Cristo. *¿Cómo explicar la excepción en la herencia del pecado original que todos recibimos y en la necesidad que todos tenemos de ser redimidos?*

*La respuesta del Magisterio es clara: en este punto no se trata de una excepción. María no es una criatura exenta de redención, por el contrario: es la primera redimida por Cristo y lo ha sido de modo eminente -la más sublime y perfectísima- en atención a los méritos de Jesucristo. De ahí le viene toda esta <<resplandeciente santidad del todo singular>> de la que ella fue enriquecida desde el primer instante de su concepción. (Cf. A.G. 9-IV-1997)*

A la dificultad teológica sobre cómo podía una persona ser redimida sin haber contraído al menos un instante el pecado original, se responde con la distinción entre *redención liberativa* y *redención preservativa*. La primera es la que se aplica a todos nosotros con <<lavado de la regeneración>> bautismal. La última es la que aconteció en María ya antes de que pudiera incurrir en pecado.

4. El adjetivo “preservada” especifica que el pecado original hubiera sido contraído por María de no existir una intervención previa de Dios en el instante mismo de la unión del alma con el cuerpo, ya que es entonces cuando empieza la existencia de la persona humana, y la definición hace recaer esta singularidad sobre la persona misma de María, aunque la infusión de la gracia recae directamente en el alma.

La fórmula conjunta “gracia y privilegio” –según consta por los trabajos preparatorios de la redacción de la Bula significa un favor otorgado a María, que se califica de singular, porque sólo a Ella se concedió, o al menos sólo de Ella consta. Esta aparente imprecisión es intencionada para evitar tomar partido en el tema del “débito” de contraer el pecado original, cuestión debatida por algunos teólogos católicos y de la que quiso prescindir la Bula definitiva.

Según San Maximiliano María Kolbe si María es inmaculada, no lo es primeramente por la exención del pecado original, sino por la plenitud de gracia que le fue concedida en Cristo su Hijo. La gracia de María Inmaculada es esencialmente elevante, independientemente del pecado. Con sus méritos Cristo obtuvo que la que

estaba predestinada con Él a ser su Madre -asociándola con un mismo decreto<sup>42</sup> a la salvación del Universo entero- fuese preservada de la ley del débito del pecado original por una divinización anticipada que deriva de sus méritos previstos. Debe tenerse en cuenta que según el pensamiento del P. Kolbe, la Redención y Salvación no dicen exclusiva relación al pecado del cual el hombre debe ser liberado, sino gratuita elevación a la participación de la plenitud de la vida trinitaria en Cristo. El “terminus a quo” de la salvación no es primeramente la persona manchada por el pecado, sino la persona elevada en Cristo. La liberación del pecado, es una consecuencia. El pecado debe ser comprendido a la luz de la salvación.

5. El fundamento de la gracia de su Concepción inmaculada por la que llega a ser la primogénita y sierva del Padre, la Madre del Hijo y la Esposa del Espíritu Santo es, pues, su redención preventiva en virtud de los méritos de Cristo que la capacita para ser medio de nuestra liberación: Madre del Redentor -en el “fiat” de la Encarnación- y Madre espiritual de los hombres y de los ángeles por su asociación a su Hijo redentor que culmina en la oblación de la Cruz. Nuestra redención en el Calvario ha sido también realizada con la cooperación de Aquella que, en cuanto *preservada*, ha merecido ser digna Madre del Redentor, y a Él asociada en la oblación del Sacrificio puro y santo.

Según la escuela franciscana el primado absoluto de Cristo y de María es la razón que explica este modo de redención, que sería la opción divina más perfecta, según la cual María, preservada de cualquier vestigio de pecado original, en previsión de los méritos de su Hijo Salvador, es el fruto perfecto de una redención perfecta obrada por un perfecto redentor. María sería corredentora con su Hijo en la redención liberativa de los hombres y corredentora también de los ángeles por una especie de corredención preventiva. El mérito corredentor de María alcanzaría, pues, todas las gracias de todas las criaturas, salvo -como es obvio- su propia plenitud de gracia, que recibió de su más perfecta redención preservativa fundada en su predestinación, previa a la previsión el pecado, a ser asociada con su Hijo en la donación de la gracia salvífica de todo el universo creado.

---

<sup>42</sup> María supera en perfección todo el amor que las simples criaturas pueden dar a Dios. La ha creado por amor para que le devuelvan amor. (Es el llamado por S. Maximiliano “principio de acción y reacción”). Ella da a Dios, como respuesta, el vértice supremo e insuperado de ese amor que pedía en reciprocidad, y por consiguiente todas las criaturas, han sido queridas y amadas por Dios en relación a María. He aquí porqué en el plan creativo salvífico no puede ser querida después de la previsión del pecado, sino antes e independientemente del mismo. San Maximiliano, como ya antes S. Bernardino de Siena y San Lorenzo de Brindisi saca todas las consecuencias del primado absoluto de Jesús y María antes de la previsión del pecado, que el beato Juan Duns Scoto no tuvo en cuenta. Según el Doctor sutil, María fue preservada sólo de las consecuencias del débito de contraer el pecado que la afectaba en tanto que descendía de Adán. Pero si la gracia de los ángeles y de la justicia original de nuestros primeros padres -que fueron creados teniendo a María como modelo principio y fin- deriva de la plenitud de gracia que le fue otorgada por los méritos previstos de su Hijo en el Sacrificio de la Cruz, debía preservarla no sólo del pecado, sino de la misma ley del débito de contraerlo que deriva de la privación del estado de justicia original. Adán era cabeza física, pero no espiritual de María, pero la gracia adámica deriva de la “Llena de gracia”..

“Dio stabili che dalla Sua morte di Croce, quale suprema attuazione d’amore, scaturisse l’esistenza di Maria, la Sua destinazione alla divina Maternità, e quindi la Sua santificazione perfetta con l’esclusione dalla legge del peccato originale; l’esistenza degli Angelio e la grazia della perserveranza per molti di loro, nonchè l’esistenza e l’elevazione degli uomini all’ordine soprannaturale e infine l’esistenza stessa dell’universo. Tutto l’universo dipende da Cristo, glorificatore della divinità e salvatore degli uomini e del cosmo, mediante la Sua morte e risurrezione”. L. IMMARRONE, *Il mistero di Maria Corredentrice in San Massimiliano Maria Kolbe*, en AA.VV. “Maria Corredentrice, Storia e Teologia”, vol. II, Frigento 1999, pp 235-253).

Como resulta de las palabras del protoevangelio, la victoria del Hijo de la Mujer no sucederá sin una dura batalla que penetrará toda la historia humana. “La enemistad” anunciada en el comienzo, es confirmada en el Apocalipsis, libro de las realidades últimas de la Iglesia y del mundo, donde vuelve de nuevo la señal de la “Mujer”, esta vez, “vestida de Sol” (Apoc. 12, 1)... “Ella aparece ante el pueblo de Dios peregrino en la fe como signo inmutable e inviolable de la elección... “antes de la fundación del mundo... para ser sus hijos adoptivos” (Eph. 4, 5). Esta elección es más fuerte que toda la experiencia del mal y del pecado, de toda aquella “enemistad” con la que ha sido marcada la historia del hombre”. “En esta historia, María –la Inmaculada- sigue siendo una señal de esperanza segura” (RM, 11) como la Virgen fiel que nos precedió en el camino de la fe y aplasta con su humilde entrega asociándose al plan salvífico de Dios realizado en Jesucristo la cabeza del dragón. Ella es la “estrella de la mañana” que nos guía y fortalece en la batalla contra la fuerza del mal: “ejemplo y camino”.<sup>43</sup>

**2. LA RESPLANDECIENTE SANTIDAD DEL TODO SINGULAR DE LA INMACULADA, ES LA CONDICIÓN DE POSIBILIDAD DE LA LIBRE OBEDIENCIA DE SU FE, QUE, CON LA FIRME ESPERANZA Y ARDIENTE CARIDAD, ES “EL ALMA” -LA RAZÓN FORMAL- DE LA CORREDENCIÓN MARIANA QUE PARTICIPA DE MODO “PRORSUS SINGULARIS” (RM 61) -TRASCENDENTE A LA DEL RESTO DE LOS REDIMIDOS- EN LA REDENCIÓN DE CRISTO.**

El plan de la sabiduría divina previó a María no es sólo Madre de Jesús, sino también su compañera y colaboradora en la completa victoria sobre Satanás y su reino de muerte “para restaurar la vida sobrenatural en las almas” (LG, 61). Para realizar ese plan de Dios quiso eficazmente y previó infaliblemente el misterio de la Encarnación. Desde toda la eternidad Dios, que todo la obra con fortaleza y suavidad, decidió otorgar a María una plenitud de santidad inmaculada que le posibilitaría -siempre con el auxilio de la gracia eficaz- este libre consentimiento, saludable y meritorio dado en nombre de la humanidad. (cf. S.Th. III, 30, 2).

El Catecismo de la Iglesia Católica hace referencia a esta poderosa razón -implícita, como ya apuntamos, en la fórmula definitoria- de la gran conveniencia de la plenitud de gracia de María desde el primer instante de su concepción (que en el orden fáctico de la redención decidida por Dios, es una verdadera condición de posibilidad de la “perfecta corredención” querida por la voluntad salvífica de Dios)-: *para poder dar el asentimiento libre de su fe al anuncio de su vocación era preciso que ella estuviese totalmente poseída por la gracia de Dios* (CEC 722).

*La respuesta de María al mensaje divino del Ángel* requería toda fuerza de una libertad purísima, abierta al don más grande que pudiera imaginarse y también a la cruz más pesada que jamás se haya puesto sobre el corazón de madre alguna, la *espada* de que habla Simeón en el Templo. *Aceptar la Voluntad de Dios implicaba para la Virgen cargar con un dolor inmenso en su alma llena del más exquisito amor.* Era muy duro aceptar tal suerte para quien había de querer mucho más que a Ella misma. *La Virgen María necesitó toda la fuerza de su voluntad humana, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo en plenitud para poder decir -con toda consciencia y libertad- su rotundo fiat al designio divino.* Esta enorme riqueza espiritual no rebaja un punto su mérito; sencilla y grandiosamente *hace posible lo que sería humanamente imposible: da*

<sup>43</sup> Cf. las interesantes observaciones que hace sobre este tema P. PARENTE, *María con Cristo en el designio de Dios*, Madrid 1987, p. 115.

a María la capacidad del fiat. Pero Ella puso su entera y libérrima voluntad. Para entendernos: Dios me ha dado a mi la gracia para responder afirmativamente a mi vocación divina. Sin esa gracia no habría podido decir que sí; pero con ella no quedé forzado a decirlo. Podía haber dicho que no, pues, en principio, la vocación divina no es un mandato inesquivable, sino una invitación: <<Si quieres, ven y sígueme>>. <sup>44</sup>

“María ha llegado a estar presente en el misterio de Cristo porque ha creído” (RM 12). De ahí la importancia fundamental de la fe como respuesta al don de Dios que la constituyó llena de gracia.

La fe en cuanto don sobrenatural que se ordena a la Salvación, forma parte de la plenitud de gracia que recibió María -como don gratuito- para que fuese digna de la misión de Madre del Salvador y -en tanto que Corredentora con Él- Madre de la Iglesia y Reina del Universo, a la que había sido predestinada. Su plenitud inicial de eminente santidad inmaculada incluía, en efecto, una plenitud correlativa de todo el cortejo de virtudes infusas y dones del Espíritu Santo; y por tanto, del hábito infuso de la fe teologal. Pero la fe es también *acto* “por el que el hombre se somete a Dios que revela” (DV 5). Es un libre asentimiento intelectual al que disponen los motivos de credibilidad que lo hacen razonable, posibilitando por la gracia de Dios y que, apoyado en su infalible autoridad, e integrado -en la perspectiva personalista propia de la “*Dei Verbum*”- en la respuesta del “hombre que se le entrega entera y libremente” (DV, 5), fundamenta la comunión salvífica con Dios.

Así considerada la fe de María, en cuanto “respuesta libre al don de Dios” sostenida por la esperanza y vivificada por la caridad, merece para sí un continuo “aumento de gracia y el premio de la vida eterna”; y en tanto que asociada a la Redención de Cristo que se consuma en el Calvario, satisface por el pecado y merece de condigno -subordinadamente a Cristo y en dependencia de Él- toda la gracia salvífica para todos los hombres y los ángeles. Tal es el “alma” de la Corredención, que es, en la intención de Dios, participación singular y única -decretada por Dios en un mismo decreto de predestinación- del amor obediente del Redentor hasta la muerte de Cruz, que es -a su vez- el “alma” -la razón formal- de la Redención del único Mediador, que se cumple en el Sacrificio del Calvario, en la “hora de la glorificación del Hijo del hombre” (Jn 12, 23), cuando atrae todo hacia Sí (Jn 12, 32).

Comencemos por esta última de la que deriva -y participa- la corredención mariana.

## **2.1 El amor obediente de Cristo mediador único entre Dios y los hombres hasta la muerte de cruz, es “el alma” de la Redención.**

El acto esencial de la mediación de Cristo -el único Mediador (1 Tim 2, 5-6)- es la redención, a la cual estaba ordenada la encarnación del Verbo en el seno de la Inmaculada como fin inmediato, que había de tener su realización en su inmolación -con la Dolorosa- en el Sacrificio de la cruz, como medida de nuestra redención decretada por Dios, respecto de la cual el mismo Jesucristo había recibido especial mandato del Padre (Cf. Fil 2, 8) (por razones de suma conveniencia -la redención más perfecta vértice del amor supremo (“nadie tiene amor más grande...” Jn 15, 13)-, no de necesidad- (“cuius una stilla salvum facere totum mundum quit ab omni scelere” del inspirado himno litúrgico “adorote devote” de Sto. Tomás de Aquino)).

---

<sup>44</sup> M OROZCO, *Mariología*, Madrid 1990.

Por esto, los demás misterios -acciones y padecimientos de todo el arco de su vida- de los seis lustros de su vida oculta de trabajo en el hogar familiar de Nazaret y de los misterios de luz de su vida pública que culminan en el Calvario, siendo todos de igual valor intrínseco, satisfactorio del pecado y meritorio de la vida sobrenatural -así lo veremos enseguida-, no pueden decirse redentivos sino en cuanto se ordenan a la pasión y muerte de cruz, como camino hacia ellas, en cuanto *intencionalmente referidos al Sacrificio del Calvario, que mereció la resurrección de entre los muertos, su ascensión a la derecha del Padre y el envío del Espíritu* – fruto de la Cruz (Jn 12, 32)–, que nos hace partícipes de la novedad de vida de Cristo glorioso.

*La Pasión y muerte de Cristo forman con su Resurrección y exaltación gloriosa un único misterio pascual. La Pascua del Señor es, pues, el misterio recapitulador de todos los “acta et passa Christi”, que son cumplimiento a su vez de todos los acontecimientos salvíficos y palabras proféticas (“gestis verbisque”, DV 2) de la antigua alianza, que los prefiguraban y a los cuales no sólo disponían, sino que se beneficiaban por anticipado de su virtualidad salvífica.*

“El Verbo hecho hombre no es disposición próxima para nuestra resurrección, sino el Verbo hecho hombre y resucitado (*resurgens*) de entre los muertos”. (Tomás de Aquino, III, Sent, dist. 21, q2 a1 ad1). *Nuestra nueva vida en Cristo es, pues, obra del Cristo resucitado en cuanto resucitado (Sum. Th. III q56 ad3)<sup>45</sup>. Es el misterio recapitulador en el que convergen todos los misterios –acciones y pasiones– de la vida de Cristo; cada uno en si mismo de valor infinito. Son, pues, “causa salutis aeternae”; pero lo son en tanto que recapitulados en la “consumación” pascual (cfr. Heb 5, 9) de la existencia redentora de Cristo, en la hora de la glorificación del Hijo del Hombre en el trono triunfal de la Cruz (cf. Jn 12, 23 ss)..*

*Jesucristo mediador es, por ello Sumo Sacerdote, cuyo acto principal es el sacrificio de su vida que ofrece por nuestra salvación desde le “ecce venio” (Hb 10,7) de la Encarnación, hasta el “consumatum est” de la Pasión, en amor obediente de su libre voluntad humana -movido por el Espíritu Santo que había recibido en plenitud (Cf. Hb 9, 14)- a la voluntad salvífica del Padre que le había enviado. Tal es el alma de la Redención por nosotros consumada en la cruz, en el que es a la vez Sumo Sacerdote y víctima u hostia por el pecado (S. Th.,III q. 22 a 2).*

La pasión y muerte de Jesucristo en la cruz no tiene razón de Sacrificio por parte de los que le dieron muerte, los cuales cometieron un gravísimo pecado de verdadero deicidio, sino del mismo Jesucristo, que libremente la *aceptó por su perfectísima caridad y obediencia al Padre*: Por lo cual, Jesucristo fue el que ofreció al Padre el sacrificio de su vida en la cruz por nosotros, y no los que le crucificaron. Ni por esto Jesucristo se dio muerte a sí mismo, sino que tan sólo *aceptó libremente con amor*

---

<sup>45</sup> “La Resurrección de Cristo, dice la Glosa (PL 191, 295), es causa de la resurrección del alma al presente y del cuerpo en el futuro”. Sto. Tomás de Aquino, *Ibid*, en los dos artículos estudia la causalidad de la Resurrección de Cristo respecto de la nuestra en dos momentos: su eficacia respecto de la resurrección de los cuerpos (a1) y de la resurrección de las almas o justificación (a2). Dios es la causa eficiente principal de la justificación del alma y de la resurrección del cuerpo; y es la humanidad de Cristo, en la totalidad de su misterio pascual, Muerte y Resurrección, su causa instrumental (cfr. Q51 a1 ad2). La muerte es causa ejemplar de la remoción del pecado, y la resurrección de la donación de una vida nueva. (Cfr Rom 4, 25). Pero sólo la *Pasión y muerte de Cristo* –toda su existencia redentora en amor obediente a la voluntad salvífica del Padre “hasta la muerte y muerte de cruz”, en ella intencionalmente presente– *es causa eficiente moral meritoria de la exaltación de su Humanidad, y de la justificación y la futura resurrección del hombre*: de cada uno, desde el justo Abel hasta el último de los elegidos.

*obediente* la que le dieron los que le crucificaron, *en honor del Padre y para reconciliarnos a nosotros con El* (S. Th., III 48, 3 ad 3).<sup>46</sup>

Santo Tomás distingue cinco modalidades con que la pasión (y muerte) de Cristo produce nuestra salud de cada uno de los cuales se hace partícipe a la Madre del Redentor como Corredentora. He aquí sus palabras:

“La pasión de Cristo, por relación a su divinidad obra por *vía de eficiencia*; por relación a su voluntad humana, *por vía de mérito*, y por relación en su carne que sufre, por vía de satisfacción de la pena debida por nuestros pecados; *por vía de redención*, librándonos de la culpa, y *por vía de sacrificio*, reconciliándonos con Dios” (S. Th., III, 48, 6 ad 3).

La última modalidad -el sacrificio de su vida ofrecido por Cristo sacerdote en el Calvario- que recapitula y compendia todos los “*acta et passa Christi*”- *implica las otras cuatro, pues es él y sólo él, por decreto divino, el que nos reconcilia con Dios en un doble proceso ascendente y descendente, de mediación salvífica.*

## 1. Mediación ascendente

### A. En cuanto remueve del pecado:

a). Por la *liberación o rescate* de las *consecuencias subjetivas* de la culpa -la “aversio a Deo” *elemento formal del pecado* como ofensa a Dios-; a saber, del *reato de culpa*, llamado “mácula”, que conlleva una múltiple esclavitud, por ejemplo al pecado y al demonio.

b). Por la *satisfacción*, los sufrimientos que compensan sobreabundantemente el *elemento material del pecado* -la “*conversio ad creaturas*”- a modo de *pena* expiatoria, *aceptada con libre amor obediente que repara la culpa* (*elemento formal del pecado*).

El sacrificio de la pasión y muerte de Jesucristo en la cruz, además de ofrecer *satisfacción* infinita por el pecado del hombre (como ofensa de Dios y en cuanto a la pena a él debida) -y de *mérito* por el que nos obtiene de condigno la gracia y la gloria (en virtud de la libertad humana de entregarse por amor obediente hasta la muerte, a impulsos de la plenitud de gracia que la santifica en cuanto cabeza potencial de la Iglesia, nuevo Adán que recapitula la humanidad)-, fue el precio divino -a modo de *rescate* de un esclavo- según la etimología del término “*redemptio*” que en su pasión y muerte dio Jesucristo por nosotros para librarnos de la múltiple servidumbre del pecado. Porque, en cuanto *satisfacción* superabundante por el pecado del hombre, como ofensa de Dios, quedamos reconciliados con Él y libres, por consiguiente, de la servidumbre al mismo pecado; de la muerte y de la potestad del diablo, que por el pecado tenía su imperio en nosotros. Y por la misma pasión y muerte de Jesucristo, en cuanto *satisfacción* infinita por la ley debida al pecado, quedamos totalmente libres de

---

<sup>46</sup> Siendo el sacrificio de Jesucristo en la cruz el sacrificio de un Dios hecho hombre, y realizado para redimirnos del pecado, su virtud y eficacia para conseguir nuestra redención son universales e infinitas. Por eso dice tantas veces Santo Tomás que la pasión y muerte de Jesucristo en la cruz son causa universal perfectísima, superabundante e infinita de nuestra redención, teniendo al mismo tiempo que un valor latreútico infinito, un valor propiciatorio, impetratorio y eucarístico inagotable. Así lo definió el concilio Tridentino, contra los protestantes, a propósito de la misa como renovación del sacrificio de la cruz (Dz. 950).

nuestra sujeción a él, entrando a formar parte en la nueva era de la ley de la gracia, que también nos mereció la pasión y muerte de Jesucristo, sacudiendo por completo el duro y pesado yugo de la ley escrita. Por esto Jesucristo se dice nuestra redención, porque nos libró de la servidumbre del pecado, de la muerte, del diablo y de la ley, constituyendo esta liberación una nueva modalidad de la redención causada por la pasión y muerte de Jesucristo. Se trata, claro, de una modalidad o aspecto de una realidad indivisible, que no se distingue adecuadamente de las otras, sino que las incluye a todas, como sucede también con cualquiera de las demás.<sup>47</sup>

**B. En cuanto restaura el estado de unión sobrenatural con Dios por vía de mérito:** *con su libre voluntad humana merece -a impulsos de la plenitud de gracia que la santifica en cuanto cabeza- para sí el estado de ensalzamiento (resurrección, glorificación del cuerpo, ascensión a los cielos, Fil 2, 9: por lo cual (por su obediencia hasta la muerte, Dios lo ensalzó....” Cf. Hb 2, 9, Apoc 5, 12). Y mereció para los hombres caídos todas las gracias sobrenaturales y la gloria, y para los ángeles -según la escuela escotista- la gracia que les preservó en la prueba originaria. La satisfacción y el rescate o liberación son dos modalidades de redención que no hacen referencia más que a la humanidad caída, pero no -como es obvio- a la de los ángeles, que -siendo preventiva, no liberativa- es exclusivamente por vía de mérito.*

*Esa libre oblación de amor de su Corazón humano movido por el Espíritu (Hb 9,14) a la voluntad salvífica de Dios, es el alma de la redención, que da valor infinitamente satisfactorio y meritorio a toda la vida de Cristo desde el “eccc venio” de su ingreso en este mundo, hasta el “consumatum est” del holocausto del Calvario, en amor obediente a la voluntad del Padre que le había enviado.*

*La razón por la que Cristo pudo satisfacer (de manera vicaria) “ex toto rigore iustitiae” removiendo el pecado y merecer de condigno la gracia para otros -los “meros hombres sólo pueden conseguirla de congruo”, salvo María, que pertenece al orden hipostático- es que la gracia, principio del mérito de su pasión, no era sólo poseída por Él en plenitud a título particular, sino como Cabeza de todos sus miembros potenciales (como persona pública, solidario de todos los hombres por la Encarnación) con los que formaba una sola persona mística. A causa de esto, los méritos de la vida de Cristo hasta la consumación del Sacrificio de la Cruz, Cristo se extienden a todos los demás hombres, como en cualquier hombre la acción de la cabeza pertenece en cierto modo a*

---

<sup>47</sup> S. Th., III, q. 48 a. 4. Sto. Tomás rebate la desafortunada teoría patristica sobre los pretendidos derechos del diablo respecto del hombre por razón de su pecado, y con mayor motivo que Dios entregara nada al diablo como precio del recate del hombre en su tiranía. He aquí su doctrina: “El hombre, pecando, quedaba obligado a Dios y al diablo. Por su culpa había ofendido a Dios y sometido al diablo, prestándole acatamiento. Por consiguiente, por la culpa cometida no se había hecho siervo de Dios, antes por el contrario, se había apartado del servicio de Dios, cayendo bajo la servidumbre del diablo, permitiéndolo Dios así en castigo de la culpa contra El cometida. Mas por razón de la pena estaba el hombre obligado a Dios, como a supremo Juez, y al diablo como su verdugo, según aquello que leemos en San Mateo (5, 25): “No sea que tu adversario te entregue al juez al alguacil”, esto es, al ángel cruel de las penas, como dice San Juan Crisóstomo. Así, pues, aunque el diablo, por cuanto en él estaba, injustamente tomó al hombre bajo su servidumbre, a quien con falsedad había engañado, tanto por razón de la culpa como de la pena, era, sin embargo, justo que el hombre sufriera esta cautividad, permitiéndola Dios por razón de la culpa y ordenándola en cuanto al sufrimiento de la pena. Y, así, la justicia exigía que el hombre fuese rescatado por orden a Dios, no respecto a diablo”.

todos sus miembros. (Cf. S. Th., III, 19, 4 ad 3).<sup>48</sup> Es el principio de la solidaridad de Cristo, nuevo Adán, con la estirpe humana que vino a recapitular.

[(A) y (B) son dos modalidades -negativa y positiva- de un mismo proceso de causalidad eficiente moral (ascendente), que mueve a Dios a justificar al hombre reconciliándole consigo mediante la infusión de la gracia, sanante y elevante participación de la plenitud de gracia capital de Cristo que restaura la filiación divina y la herencia de gloria celestial].

## 2. Mediación descendente

Como consecuencia del proceso más propiamente sacrificial -Dios, como causa principal nos justifica, si cooperamos libremente a su oferta de gracia, en un proceso de causalidad ejemplar y eficiente que se vale de las acciones salvíficas de su Humanidad Santísima a modo de “instrumentum coniunctum Verbi”.<sup>49</sup>

La humanidad santísima glorificada de Cristo vencedor de la muerte ha entrado, en cuanto muere y resucita -y envía el Espíritu como fruto de la Cruz-, en la eternidad participada de la gloria. El acontecimiento mismo de su muerte, como voluntaria entrega de su espíritu al Padre, y de su Resurrección a la nueva vida inmortal -que forman un único misterio pascual- participan de la eternidad haciéndose salvíficamente presentes desde el alfa asta el omega de la historia. Es el único acontecimiento -inseparable- de la Cruz y de la Resurrección, que permanece y atrae todo hacia la vida” (CEC 1085).

*La muerte y resurrección del Señor están virtualmente presentes en toda la historia –desde las puertas del paraíso perdido hasta su fin– instaurando el Reino de Dios que nos*

---

<sup>48</sup> "En la Encarnación, Cristo se unió, en cierto modo a todo hombre" (GS,22). Cf A.Orbe, *Parábolas Eváγγελicas de S.Ireneo*, Madrid BAC 1972, t.II, pp, 117-177, donde expone el verdadero sentido de las audaces expresiones de la gran época patrística, -a las que alude ese comentadísimo texto de GS,22- más allá del desafortunado realismo platónico de las ideas: la "humanidad" a la que se une como nuevo Adán. "Cristo toma al encarnarse a todos los hombres, como la oveja perdida, sobre sus hombros". Esa unión de todo hombre con el Verbo encarnado no debe interpretarse como una especie de santificación "por contagio", que haría inútil el bautismo, en la línea de un falso cristianismo anónimo. Alude a la solidaridad de Cristo con los hombres en cuanto asume, en la Encarnación, el papel de cabeza despenado por el primer Adán, formando con ellos "como una persona mística" (S.Th III, 48,31), para hacer así posible la Redención por vía de satisfacción. Es pues una capitalidad a título de presupuesto de la Redención, distinta (como lo virtual de lo actual) de la capitalidad que le compete respecto al cuerpo místico que surge del costado abierto de Cristo, que es consecuencia de su acción redentora, consumada en el misterio pascual y actualizada progresivamente, por la fe y los sacramentos, en aquellos hombres que reciben libremente en sí el fruto de la Redención ya realizada, cooperando a la obra salvífica de la Iglesia en cuanto esposa de Cristo. Cf J.H. Nicolás, *Synthèse dogmatique*, París 1986, p.441. F.PRAT *Teología de S.Pablo*, II,pp.235ss) F. OCÁRIZ, L. MATEO SECO, J. A. RIESTRAS, *El misterio de Jesucristo*, 1991, pp.278 y 386. H.MÜHLEN, *Una mística persona*, Rederborn,1964.

<sup>49</sup> Las operaciones de la Humanidad del Señor, son -como la naturaleza asumida que constituyen su principio inmediato, instrumentos vivos de que se sirve la Persona (sujeto a principio “quod”) del Verbo Divino para la salvación, a Él indisolublemente unidas. (Cf. *Lumen Gentium*, n. 8). La causa eficiente principal se sirve, en efecto, de la acción propia del instrumento -de la que es capaz por su naturaleza- para realizar una acción superior, por la virtud recibida del Verbo “virtus instrumentalis”, que es superior a sus posibilidades. De este modo la pasión, muerte y resurrección de Cristo, no sólo nos sirven de ejemplo (y -las dos primeras- son meritorias de la gracia y satisfactorias del pecado de condigno para los demás “ex toto rigore iustitiae”), sino que tienen una eficiencia instrumental que obra nuestra salvación. Siendo el Verbo inmenso y eterno, la virtud instrumental de los actos salvíficos “*atingunt omnia loca et tempora*”.

arranca de la potestad de las tinieblas en la *progresiva formación del Cristo total*.<sup>50</sup> Tal es el fin del designio salvífico de Dios Padre, que envía al Hijo en el Espíritu –las dos manos del Padre (S. Ireneo)– para reunir en Cristo a los hijos de Dios dispersos por el pecado (Jn 11, 52).

Su muerte *in fieri*, en su último instante de viador, por el que entrega su vida en la Cruz *con libre amor obediente al Padre* –que recapitula su existencia redentora desde el “ecce venio” de la Encarnación, hasta el “consumatum est”–, *satisface* por el pecado y *merece*, con una *causalidad eficiente moral* ante Dios, su exaltación como “Kirios” y nuestra reconciliación con Él. Su renovación sacramental en el *Sacrificio eucarístico*, realiza la obra de la salvación con la cooperación de la Iglesia, que aporta –con el don de la Esposa<sup>51</sup>– lo que falta a la Pasión de Cristo (su Esposo, según la ley de la *alianza esponsal salvífica* (categoría clave de la Escritura).

La totalidad del misterio pascual –su muerte y resurrección– está virtualmente presente, además, con una causalidad ejemplar e instrumental<sup>52</sup>, a lo largo del tiempo y del espacio en la Palabra, y de modo especial -en infalible oferta de salvación- en los *Sacramentos* que Él instituyó, como signos eficaces de la gracia salvífica, “*ex opere operato*”.

La encarnación, es decir, el abajamiento y la humillación del Verbo en la carne, no determinó automáticamente la redención universal, sino que fue necesario que aceptara la muerte de cruz de manos de los hombres (vide Mt 20, 28; 56, 28-29; *Denzinger S.* p. 790); tampoco nosotros resucitaremos con Cristo si no aceptamos padecer con él (v. Rom. 8, 17). La universalidad atañe a la redención objetiva, no a la subjetiva. La redención (que, según dijimos, no se reduce a la encarnación) es suficiente de suyo para salvar a todos los hombres, mas, para que se salve cada hombre en particular (eficacia subjetiva) es menester que coopere con la gracia: <<*aquel Dios que te hizo sin ti no te salva sin ti...*>>: *fecit nescientem, iustificat volentem* (San Agustín, Sermo 169,3).

## **2. 2 La obediencia de la fe de Santa María Virgen como libre respuesta -unida a la firme esperanza y a la ardiente caridad- al don de Dios de la inicial plenitud de**

<sup>50</sup> Cf. J. FERRER ARELLANO, *resurrección de Cristo centro del misterio del tiempo*, en “*Escatología y vida cristiana*”, Actas del XXI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 2002, 387-407.

<sup>51</sup> Toda su actividad corredentora, cuyo centro y fuente –o raíz–, de su eficacia salvífica es el sacrificio eucarístico, que es sacrificio de Cristo y de la Iglesia para aplicar los frutos del divino Sacrificio del Calvario. Cf. J. FERRER ARELLANO, *La Eucaristía hace la Iglesia*, en “*Scripta Theologica*” XXXIII (2003) pp. 243-258.

<sup>52</sup> Su *muerte* es causa ejemplar de la remoción del pecado, y su *resurrección* de la donación de una vida nueva. Los otros misterios de la vida de Cristo que conmemora el año litúrgico, ejercen, también, una causalidad ejemplar y eficiente en la vida del cristiano, en cuanto virtualmente presentes en el misterio pascual que los recapitula, significado y hecho salvíficamente presente presente en la liturgia, fuente y culmen de la actividad de la Iglesia. F. OCARIZ, *Naturaleza, gracia y gloria*, Pamplona 2000, 308. Sólo en este sentido podría aceptarse, a mi parecer, la *mysterienlehre* de Odo CASEL (puede verse compendiada en sus obras. *El misterio del culto cristiano*, Dinor, San Sebastián 1953; *Misterio del la Cruz*, Madrid 2 ed 1964. Cfr. T. FILTHAUT, *Teología de los misterios*, Desclée, Bilbao 1963. Ofrece amplia bibliografía sobre él M. SCHAMAUS, *Teología dogmática*, VI, *Los sacramentos*. Rialp Madrid 2 ed 1963, 771–773) (cfr. *Infra* § II). Cf. J. FERRER ARELLANO, *Palabra bíblica, Palabra sacramental y Protopalabra eucarística*, XXV Simposio Int. de Teol. Universidad de Navarra, 2004 (en curso de publicación), ([www.filosofiayteologia.com](http://www.filosofiayteologia.com))

## **gracia de la concebida inmaculada es la razón formal (el alma) de la Corredención (nn. 12-19)**

“La plenitud de gracia anunciada por el Ángel significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la Visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don” (RM, 12).

La plenitud de gracia de Cristo era absoluta, *consumada en la luz de la gloria de la visión beatífica*; mientras que en María -cuya plenitud de gracia era relativa y progrediente- no gozó sino esporádicamente de la luz de la gloria de la visión intuitiva-fue vivida en el régimen del claroscuro de la fe, en la espera de la claridad radiante de la visión beatífica, la gracia plenamente consumada al final del curso de su vida en la tierra el día de su gloriosa Asunción al cielo. *Por eso LG y RM insisten “en la obediencia, la fe, esperanza y ardiente caridad de la llena de gracia “el alma” de la cooperación “prorsus singularis” en la obra salvífica de Cristo (LG 61) (en Cristo Redentor no cabe hablar sino de amor obediente, pues no hay en Él fe y esperanza en sentido propio).*

Según el explícito testimonio del Evangelio y de la constante tradición de la Iglesia, María es “la Virgen fiel” que “pronunció el fiat” *por medio de la fe*. De ahí “la importancia fundamental” de las palabras de Isabel “Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Lc. 1, 45). “Estas palabras se pueden poner junto al apelativo “llena de gracia” del saludo del Ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María, que *ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque ha creído.*” (RM, 12).

### **2.2.a El “fiat” como expresión de la obediencia de la fe. Características de la fe de María.**

El Santo Padre muestra en la Encíclica las características de la fe de la Inmaculada. “En la Anunciación, María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando la “obediencia de la fe” a Aquél que le hablaba a través de su mensajero y prestando “el homenaje del entendimiento y de la voluntad” (DV, 5). Ha respondido, por tanto, con todo su “yo” humano, femenino, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con la “gracia de Dios que previene y socorre” y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que “perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones” (*Ibid.* LG, 56)” (RM, 13).

María ha pronunciado ese “fiat” por medio de la fe. La respuesta a su vocación singular fue, antes que nada, un acto de fe, con todas las características antes descritas. De un modo gráfico dice San Agustín que María por la fe *concibió a Cristo antes en su mente que en su seno.* (Sermo 215, 4).

Dios requiere la fe antes de conceder sus otros bienes a los hombres. Lo vemos en la mayor parte de los milagros de Jesucristo, y con claridad diáfana en los eventos más importantes de la historia de la salvación. La encíclica compara la fe de María con la fe de Abraham. “En la economía salvífica de la revelación divina, la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la Anunciación da comienzo a la Nueva Alianza. Como Abraham “esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho Padre de muchas naciones” (cfr. Rom. 4, 18), así María, en el instante de la Anunciación, después de haber manifestado su condición

de Virgen (“¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?”), creyó que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del Ángel: “el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios (Lc. 1, 35)”. (RM, 14).

Es el mismo acto de fe y de esperanza que Dios exige de Abraham cuando le pide que deje el suelo de sus padres y marche hacia la tierra prometida. “Vete de tu país, de tu patria, y de la casa de tu padre al país que yo te mostraré”. (Gen. 12, 1).<sup>53</sup>

El Acto de fe de María nos recuerda la fe de Abraham, que al comienzo de la Antigua Alianza creyó en Dios, y se convirtió así en padre de una descendencia numerosa (cfr. Gen 15, 6; *Redemptoris Mater*, 14). Al comienzo de la nueva alianza también María, con su fe, ejerce un influjo decisivo en la realización del misterio de la Encarnación, inicio y síntesis de toda la misión redentora de Jesús.

La estrecha relación entre fe y salvación, que Jesús puso de relieve durante su vida pública (cfr. Mc 5, 34; 10, 52; etc.), no se ayuda a comprender también el papel fundamental que la fe de María ha desempeñado y sigue desempeñando en la salvación del género humano (AG, 3-IV-1996).

También María cuando entregó su virginidad totalmente a Dios, en su cuerpo y alma, debió de salir de todo aquello que le era connatural, “*egredere de cognatione tua*”; olvidar la casa de su padre, “*obliviscere domum patris tuae*”, para orientarse hacia una tierra prometida, aún invisible.

Ella es la que recibe la palabra de Dios como la luz, con lo que es fuente y principio de toda luz, de todo conocimiento. Su inteligencia acoge esta luz sin querer disimularla o restringirla en modo alguno. He aquí bien patente la actitud filial del niño que recibe un tesoro.

La pregunta de María al Ángel, observa San Agustín, no es en absoluto un deseo de justificación para estar segura de la palabra de Dios; no es un replegarse sobre ella misma para ganar tiempo; por el contrario, es el *quomodo* del niño que, al no comprender, demanda qué es lo que hay que hacer para entrar plenamente en los caminos del Señor. Es, pues, el fruto del amor obediente y temeroso –inspirado por el don de temor que no quiere arriesgarse a errar y desfigurar la voluntad de Dios: “El Ángel sabe que es el deseo de instruirse y no la desconfianza lo que le inspira esta pregunta y como conoce las disposiciones de su corazón no rehúsa esclarecerlo: Tu fe es intacta; tu virginidad también lo será. El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Esta sombra (*umbraculum*) es inaccesible a los ardores de la concupiscencia. Por que concibes por la fe; porque serás madre por la fe... es por lo que será grande y será llamado Hijo del Altísimo”. (Sermo 291, 3).

María bajo la dirección del Espíritu Santo, se adhiere inmediatamente, sin pedir signos, y el Ángel le ofrece uno por superabundancia. El motivo de su adhesión no es este signo, que es sólo un “ejemplo figurativo”, como dice Santo Tomás<sup>1</sup>. El verdadero

---

<sup>53</sup> “Abraham, bajo la orden de Dios, sale de su tierra y de los suyos. No se trata de un simple cambio de lugar lo que me parece significarse en esta expresión, sino que hay que entenderla espiritualmente. Quiere decir que al salir de sí y de su propia tierra, es decir, de su mentalidad baja y terrena, al elevar su espíritu tanto como le era posible, por encima de los límites ordinarios de la naturaleza y dejar el parentesco, la relación del alma con los sentidos, de suerte que ninguna apariencia sensible pudiera turbarla y hacerle menos capaz de percibir las realidades invisibles.” (S. Gregorio Niseno; PG, 15).

motivo de su adhesión aparece bien claro en su respuesta al Ángel: *Fiat mihi secundum verbum tuum*, “hágase en mi según tu palabra”. María crece en la plenitud y profundidad de esta palabra divina en la comprensión humana que tiene de aquella, por lo que *no responde*: “Acepto ser la madre de Dios” sino *fiat: anonadamiento y total disponibilidad*. (Cf. AG, 3-IV-1996).

Pero no debe creerse por ello que haya un desprecio o rechazo del signo: Dios lo ofrece como señal a nuestra razón de su presencia salvífica.<sup>54</sup>

### 2.2.b La fe obediente de María, nueva Eva, repara la desobediencia de Eva.

Los Padres de la Iglesia asocian a María, como nueva Eva, al sacrificio de Cristo, nuevo Adán, que se convierte en contrapeso de la desobediencia y de la incredulidad contenidas en el pecado de los primeros padres ... llaman a María “Madre de los vivientes” y afirman a menudo “la muerte vino por Eva, por María la vida” (LG 56)” (RM, 19).

El “fiat”, expresión de la obediencia de la fe, es la antítesis divina del “non serviam” de Lucifer y de la desobediencia de Eva.

“Comprendemos, dice San Justino, que El (Cristo) se ha hecho hombre por medio de la Virgen a fin de que la desobediencia provocada por al serpiente encontrase su fin por la misma vía por la que había comenzado. En efecto, Eva, virgen e intacta, al concebir la palabra de la serpiente, engendra la desobediencia y la muerte; la Virgen María al concebir fe y alegría, cuando el Ángel Gabriel le anuncia que el Espíritu del Señor vendrá sobre ella y la virtud del Altísimo la cubrirá con su sombra, de modo que el Ser santo nacido de ella será Hijo de Dios, respondió: “Hágase en mí según tu palabra” (PG, 6, 712).

San Ireneo es aún más explícito:

“Eva fue desobediente: desobedeció en tanto que todavía era “Virgen”. Si Eva, esposa de Adán desobedeció y se convirtió, para ella y para todo el género humano, en causa de muerte, María, esposa de un hombre predestinado y no obstante virgen, se convierte por su obediencia en causa de salvación para ella y para todo el género

---

<sup>54</sup> Los motivos de credibilidad, y entre ellos, los signos divinos, los milagros, las profecías, no deben ser rechazados ni menospreciados; pero Dios no quiere que estos signos, se conviertan en el “motivo formal” de nuestra adhesión de fe. Dios no puede desear que nuestra fe se mida por el conocimiento racional y humano que tengamos de estos signos, puesto que entonces nuestra fe, apoyándose directa y esencialmente sobre el conocimiento humano y experimental de tales signos, sería una fe humana y constituiría la prolongación inmediata de nuestro juicio personal y como su conclusión o consecuencia normal. Este es el caso de la fe adquirida de los demonios. Ya no es una fe infusa y divina cuyo motivo propio no puede ser otro que la palabra misma de Dios: la fe divina debe ser medida directa y formalmente por la misma palabra divina en tanto que nos ha sido revelada. Así, la táctica del demonio respecto al creyente es siempre la de confundir los motivos de credibilidad y el motivo divino, sacando a la luz únicamente los motivos de credibilidad, con vista a degradar progresivamente la cualidad propia de la adhesión a la fe, hasta llegar a destruir su carácter divino y a no tener en cuenta más que el aspecto exterior y psicológico de quien se adhiere a la palabra al juzgar que ellos no puede ser de otra manera.

Nos encontramos así frente a la fe de los “niños”, la fe de aquellos que no razonan; sino que, por el instinto del Espíritu, el instinto del Amor, creen plenamente, integralmente, en el mensaje de Dios, y que se entregan totalmente al servicio de Dios que les habla: “Señor, vuestro servidor escucha, ¿qué queréis de mí?”. Es la fe que hace entrar en el reino de Dios. Así fue el fiat: el primer y purísimo acto de fe explícitamente cristiano.

humano... Porque no se puede desligar lo que ha estado ligado, sino deshaciendo en sentido inverso los nudos, de suerte que los primeros sena desligados gracias a los segundos o que, en otros términos los segundos liberen a los primeros... *El nudo que la desobediencia de Eva había creado ha sido deshecho por la obediencia de María; lo que la virgen Eva Había ligado por su incredulidad, lo desata la Virgen María por su fe*” (Adv. Haer. III, 224).

Los Padres de la Iglesia reconocen en la fe de María el principio de la divina maternidad, según el axioma “*fide concipit, fide peperit*”. Es doctrina común que se dispuso convenientemente con su fe a ser digna Madre de Dios hombre. Su “*fiat*” fue una cooperación positiva e inmediata a la Encarnación redentora, por la que se asociaba como nueva Eva a la obra de la Redención.

### **2.2c La fe heroica y la esperanza inquebrantable de María en las diversas etapas de su peregrinación terrena.**

Entendida en toda su amplitud, el “*fiat*” de Nazareth impone el principio de una participación de María en toda la vida del Verbo encarnado para nuestra salvación que culmina en el “*fiat*” de la Dolorosa al pie de la Cruz. Cristo es verdaderamente Hijo de María, le pertenece a Ella, tiene sobre Él los derechos de una verdadera madre. María a lo largo de su vida mantuvo el “*sí*” de la anunciación, en una *cooperación positiva e inmediata en la obra salvífica de su Hijo. Dios pensó desde la eternidad en Cristo y María asociados en una misma suerte para salvar a la humanidad caída.*

Satanás se sirvió de una mujer para arrastrar a Adán y a sus hijos al abismo del pecado y de la perdición; Dios se servirá de la fe de una mujer para realizar las maravillas de la Encarnación y de la Redención del género humano por medio de cristo, el Verbo encarnado en el seno de María. Así, Dios le da la vuelta a la trama de Satanás con sublime ironía. Esta *dimensión “espiritual” de la maternidad de María* perfectamente conocida y asumida por Ella desde la Anunciación.

“La anunciación representa el momento culminante de la fe de María a la espera de Cristo, pero es además el punto de partida, de donde inicia todo su “camino hacia Dios”, todo su camino de fe. Y sobre esta vía de modo eminente y realmente heroico –es más, con un heroísmo de fe cada vez mayor- se efectuará la “obediencia” profesada por ella a la palabra de la divina revelación ...

Como el patriarca del Pueblo de Dios, “esperando contra esperanza creyó”. De modo especial a lo largo de algunas etapas de este camino la bendición concedida a “la que ha creído” se revelará con particular evidencia”. (RM, 14).

El día de la Presentación en el templo su fe se aclara cada vez más cerca del misterio de su función corredentora. “El anuncio de Simeón parece como un segundo anuncio a María, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir, en la incomprensión y en el dolor. Si por un lado, este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación, por otro le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa. Su Hijo será “signo de contradicción y una espada atravesará su alma”.

Observa Roschini que su fe estuvo sometida a una triple prueba: a la prueba de lo invisible, a la prueba de lo incomprensible y a la prueba de las apariencias contrarias.

“Esta triple prueba la superó la Virgen de manera verdaderamente heroica. Vio en efecto, a su Hijo en la cueva de Belén, y lo creyó Creador del mundo. Lo vio huyendo de Herodes, y no dejó de creer que Jesús era el Rey de reyes. Lo vio nacer en el tiempo y lo creyó eterno. Lo vio pequeño, y lo creyó inmenso. Lo vio pobre, necesitado de alimento y de vestido, y lo creyó Señor del universo; lo vio débil y miserable, tendido sobre el heno, y lo creyó omnipotente. Observó su mudez, y creyó que era el Verbo del Padre, la misma sabiduría increada. Lo sintió llorar, y creyó que era la alegría del paraíso. Lo vio, finalmente, vilipendiado, y creyó siempre que era Dios; y aunque todos los demás vacilaban en la fe, Ella permaneció siempre firme, sin titubeos”. En la cruz es testigo, humanamente hablando, de un completo desmentido de estas palabras de la Anunciación: “será grande... y su reino no tendrá fin”. Su Hijo agoniza sobre aquel madero como un condenado. “Despreciable y deshecho de hombre, varón de dolores... despreciable y no le tuvimos en cuenta”: casi anonadado (cfr. Is 53, 55). ¡Cuán grande, cuán heroica en esos momentos la obediencia de la fe demostrada por María entre los “insondables designios de Dios”! (RM, 18).

Aquella prueba de la fe dice la Encíclica que en ocasiones le supuso a María una particular fatiga del corazón, unida a una especie de “noche de la fe” –usando una expresión de San Juan de la Cruz-, como un “velo” a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio (RM, 17).

María, que por la eterna voluntad del Altísimo se ha encontrado, puedo decirse, en el centro mismo de “inescrutables caminos” y de los “insondables designios” de Dios (cf. Rom, 11, 33), se conforma a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino. (RM, 14).

María vivió en la tierra en un claroscuro perpetuo, distinguiendo las tinieblas de lo bajo, que provienen del error y del mal, y la oscuridad de lo alto, oscuridad que supera la luz divina que nos es accesible en la tierra, y que deja presentir la profundidad de los misterios divinos que contemplan al descubierto los bienaventurados en el cielo<sup>55</sup>.

Durante la pasión, cuando los Apóstoles, excepto San Juan, se alejan, Ella permanece al pie de la Cruz, firme, sin desmallarse; no deja de creer un solo instante que su Hijo es verdaderamente el Hijo de Dios, Dios mismo, que él es, como había dicho el precursor, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, que, aunque aparentemente vencido, es el vencedor del demonio y del pecado y que dentro de tres días, se manifestará su triunfo sobre la muerte en la “hora de la glorificación del Hijo del hombre en la Cruz gloriosa (Jn 12, 23 y 32) por su resurrección al tercer día tal y como lo ha anunciado. Este acto de fe de María en el calvario, en la hora más oscura, fue *el mayor acto de fe que jamás haya existido*; el objeto era el más difícil: que Jesús alcanzaría la mayor victoria por medio de la más completa inmolación; *por medio de esta fe María está unida perfectamente a Cristo en su anonadamiento*: “Se humilló a sí mismo obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (cfr. Phil 2, 5-8). “A los pies de la cruz, María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de

---

<sup>55</sup>. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, p. 153.

anonadamiento. En esta tal vez la más profunda “kenosis” de la fe de la historia de la humanidad. Se han cumplido las palabras de Simeón a María: ¡ y ti misma una espada atravesará el alma!” (RM, 18).

Quien cree con la firmeza en las promesas de un Dios infinitamente bueno, poderoso y fiel, espera también con *firme esperanza* el objeto de sus promesas, el cielo y los medios necesarios para alcanzarlo. En cuanto Madre de Dios, lo poseyó de una manera completamente singular sobre la tierra, como algo suyo. ¿Se podría imaginar que no había de poseer de esta manera singular, perennemente, también el cielo?.

Esperó, pues, el cielo con motivos del todo particulares y también recibir de Dios los medios precisos para llegar a él. No tenía ningún obstáculo que se opusiera a esta virtud; en Ella no hubo ni el más mínimo apego ya que estaba continuamente con el corazón en el cielo, total y perennemente abandonada en los brazos paternales de Dios. Esta precisamente fue su actitud ante la proposición del ángel el día de la Asunción, ante las angustias de su esposo San José, que no acertaba a explicarse el inefable misterio de su maternidad; ante la improvisada orden de huir a Egipto para salvar la vida del Niño Jesús de las amenazas de Herodes; en las bodas de Caná, cuando pidió a Jesús el milagro de la conversión del agua en vino. Siempre y en todo el abandono confiado en Dios, la seguridad en su ayuda en el momento oportuno. Lo mismo que Abraham, esperó siempre, esperó contra toda esperanza (Rom 4, 18), especialmente allá en la cumbre del Calvario. Y jamás quedó confundida. “Aunque Dios me quite la vida, en Él esperaré” (Job 13, 15).

Su esperanza, sin embargo, su abandono en Dios, no fue una esperanza ni un abandono inoperante. Todo lo contrario. Cuando perdió a Jesús, de doce años, en el templo, esperó firmemente que Dios haría que lo encontrase; pero no omitió, de su parte, el buscarlo asidua y diligentemente hasta que lo encontró.

Pero es sobre todo al pie de la Cruz cuando de manifiesta el valor corredentivo de su esperanza teologal como ejemplar y causa de nuestra esperanza.

En este supremo <<sí>> de María resplandece la esperanza confiada en el misterioso futuro, iniciado con la muerte de su Hijo crucificado. Las palabras con que Jesús, a lo largo del camino hacia Jerusalén, enseñaba a sus discípulos <<que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días>> (Mc 8, 31), resuenan en su corazón en la hora dramática del Calvario, suscitando la espera y el anhelo de la Resurrección.

La esperanza de María al pie de la Cruz encierra una luz más fuerte que la oscuridad que reina en muchos corazones; ante el sacrificio redentor, nace en María la esperanza de la Iglesia y de la humanidad (AG, 2-IV-1997).

#### **2.4 La ardiente caridad de la Inmaculada**

Su amor a Dios por Él mismo y a las almas por Dios, superaba desde el principio la caridad final de todos los santos reunidos, puesto que se daba en el mismo grado en que poseía la plenitud de gracia, estando siempre María íntimamente unida al Padre como su hija predilecta, al Hijo como su Madre Virgen estrechamente unida a su misión, y unida al Espíritu Santo por una unión espiritual que superaba con mucho al que han conocido los más grandes Santos. María era, en un grado que nos es imposible entrever, el templo viviente de la Santísima Trinidad. Dios la amaba ya más que a todas las restantes

criaturas juntas y Ella respondía perfectamente a este amor, habiéndose consagrado plenamente a Él desde el primer instante de su concepción, viviendo en la más completa conformidad de voluntad con su beneplácito de manera continua, más especialmente cuando consagró totalmente a Dios su virginidad.

Esta caridad creciente con divina progresión fue verdadero amor maternal desde su libre aceptación a ser Madre de Dios Redentor hasta el Calvario cooperando en toda la misión del Salvador con sus oraciones y sufrimientos; colmándose “cada vez más de “ardiente caridad” maternal hacia todos aquellos a los que estaba dirigida la misión de Cristo” (RM, 39c), pero fue al pie de la cruz cuando “emerge de esa definitiva maduración del misterio Pascual” (RM, 23b), alcanzando la mediación materna de la esclava del Señor “una dimensión universal” (RM, 40a) al ofrecer a su Hijo en sacrificio y participar de todos sus sufrimientos por la gloria de Dios, con espíritu de reparación y por la salvación de todos. Incluso en el momento en que oyó los gritos: “Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos” Ella se unía a la oración del Salvador por sus verdugos: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (LC 23, 34).<sup>56</sup>

Ninguna pasión desordenada, ninguna vana inquietud, ninguna distracción, venían a atenuar el ímpetu de su amor por Dios; y su celo por la restauración de la vida sobrenatural de las almas (LG, 61) era proporcional a ese impulso, y se ofrecía incesantemente y ofrecía a su Hijo por nuestra salvación. “Nuestra Madre –desde la embajada del Ángel hasta la agonía al pie de la Cruz- no tuvo más corazón ni más vida que la de Jesús”.<sup>57</sup>

<<María sufrió intensamente con su Hijo y se unió a su sacrificio con corazón de Madre que, llena de amor, daba su consentimiento a la inmolación de su Hijo como víctima>>.

El consentimiento que da a la inmolación de Jesús no constituye una aceptación pasiva, sino un auténtico acto de amor, con el que ofrece a su Hijo como “víctima” de expiación por los pecados de toda la humanidad.

A los crueles insultos lanzados contra el Mesías crucificado, ella, que compartía sus íntimas disposiciones, responde con la indulgencia y el perdón, asociándose a su súplica al Padre: “Perdónalos, porque no saben lo que hacen”. (Lc 23, 34). Participe del sentimiento de abandono a la voluntad del Padre, que Jesús expresa en sus últimas palabras en la Cruz: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc, 23, 46), ella da así, como observa el Concilio, un consentimiento de amor <<a la inmolación de su Hijo como víctima (LG, 59)>> (AG 2-IV-1997).

\* \* \*

“Mientras la Iglesia en la persona de la Bienaventurada Virgen, ha llegado ya a la perfección de no tener ya mancha ni arruga, los cristianos todavía han de esforzarse por vencer el pecado y crecer en santidad; y por ello levantan sus ojos hacia María que va brillando ante ellos como ejemplar de virtudes. La iglesia meditando piadosamente en Ella y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, en actitud de veneración... cuando se predica de Ella y se la venera, con ello se impulsa a los fieles a incorporarse al Sacrificio de su Hijo y al amor del Padre. Y la Iglesia en busca de la gloria de Cristo se asemeja cada día más a su excelso Modelo, progresando de continuo en la fe, la esperanza y la caridad, al mismo tiempo que busca y sigue en todo la voluntad divina” (LG, 65 cit. en RM 44).

<sup>56</sup> Cf. R. GARRIGOU LAGRANGE, o.c., p. 163. “Es, en verdad, “*Mater pulchrae dilectionis*”.

<sup>57</sup> S. JOSEMARÍA E., *Vía Crucis*, p. 114.

## 2.5 La fe -con la esperanza y ardiente caridad- de la Inmaculada, causa ejemplar, meritoria y eficiente -subordinadamente al amor obediente del Redentor- de la vida de fe de los miembros de la Iglesia peregrina.

La encíclica *Redemptoris Mater* pone el acento en la fe de María -en sentido plenario de plena entrega confiada de ardiente amor maternal a Dios y a los hombres- como razón formal de su presencia en el misterio de Cristo redentor y de la Iglesia. Tal es el tema fundamental de las dos primeras partes de la Encíclica.

En ella expone la relación causal -ejemplar y efectiva- de la fe de María, con la fe de los miembros de la Iglesia peregrina por la que somos hijos de Dios -*initium salutis*, fundamento permanente de la gracia salvífica (que justifica al pecado)-. Aquella precedió -nos dice- la peregrinación en la fe del nuevo Israel de Dios por el desierto de este mundo (LG 8). (Lo mismo se puede decir de las otras virtudes teologales, que se refuerzan mutuamente).

Nuestra *participación en la filiación del Unigénito del Padre* por la que somos hijos en el Hijo encarnado, sigue a la *participación en el Espíritu Santo por la caridad* que nos hace cristiformes, partícipes de la plenitud de gracia capital de Cristo, de su Humanidad santísima, que mereció para nosotros en la Cruz salvadora, y que es la misma caridad de Cristo que inflama su sacratísimo corazón, “de cuya plenitud recibimos todos gracia sobre gracia” (Jn 1, 16) constituidos en una *nueva criatura* en Cristo (2 Cor 15, 17) por obra del Espíritu, *que tiene su raíz en la fe* (*fili Dei sumus per fidem*). *La filiación divina del cristiano comienza, pues, con la fe en Cristo*, inicio, raíz y fundamento permanente de la gracia de la justificación, que se intensifica con la caridad. *Somos hijos de Dios por la fe en -Cristo Jesús...* (que nos hace) uno en Él, descendencia de Abraham, herederos según la promesa (Cfr. Gal 3, 26-29), *Hijos de Dios en Cristo, Unigénito del Padre, en la fraternidad de la Iglesia* (“*congregatio fidelium*”) que es su Cuerpo y su Esposa mística.

La Iglesia desde el primer momento miró a María a través de Jesús como miró a Jesús a través de María, como la que *ha sido la primera en creer*, como testigo singular de la infancia y vida oculta de Jesús cuando “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”. <<Para la Iglesia de entonces y de siempre María ha sido y es sobre *todo la que ha sido primera en creer*>> (RM, 26).

¿Qué se entiende aquí por “primera”? En primer lugar se hace referencia a una *prioridad temporal* de *precedencia* en su camino de peregrinación en la fe, que se inicia en el *fiat*, que es *el primer acto explícito de fe cristiana*. Pero debe entenderse, sobre todo, en el sentido de una verdadera *prioridad causal*. En primer lugar de *ejemplaridad*, además, como espejo y paradigma que la Iglesia debe siempre contemplar e imitar (RM, 26). Pero se refiere aludir también a un *influjo de causalidad moral satisfactoria y meritoria*, en tanto que corredentora y -en ella fundada- de *causalidad eficiente* instrumental respecto a la fe de los miembros de la Iglesia, verdadero inicio y fundamento, según el C. de Trento, de la gracia de filiación al Padre que nos justifica en la Caridad, que la hace viva operativa (más allá de la concepción luterana -al menos la tónica- de la “*sola fides*” fiducial). *Eficiencia, al menos moral de intercesión*; y según muchos mariólogos, *cada vez más, a título de instrumento físico* -o, según la escuela franciscana, *ejemplar personal -no meramente moral en la donación del Espíritu a la Iglesia en la Hora del Señor-*

*Se trata de una mediación indisolublemente unida a la única del Mediador, como Mediadora maternal que participa de la plenitud desbordante de mediación y de vida de Cristo Cabeza de la Iglesia, del cual brotan todas las gracias del Espíritu, que ha contribuido a adquirir “como socia Christi” en la restauración de la vida sobrenatural a título de corredentora, precisamente por su fe.*

Por eso, Juan Pablo II ve en *la fe de María* -más allá de la estrecha perspectiva de Lutero, que ve en ella el modelo supremo de la fe que justifica al pecador que confía en Cristo Salvador, encubriendo su corrupción-, *el ejemplar y la causa activa subordinada a la infusión del Paráclito en sinergia con su Esposa, de la fe de los cristianos*, que les transforma, unida a la caridad, en hijos de Dios en Cristo, como Madre de la Iglesia. *El fundamento de su maternidad divina y de su maternidad espiritual de la Inmaculada respecto a los hombres, no es otro, en efecto, que su obediencia de la fe que -con la esperanza y ardiente caridad- es la razón formal de su asociación única y enteramente singular*, como mediadora maternal unida a Cristo en su ser teándrico y en su obrar salvífico -“Unus Mediator” (sería el tema de la próxima parte)- en la restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes.

Se trata de una mediación enteramente subordinada a la de Cristo, que nada añade a su plenitud desbordante. Participa de ella y muestra su eficacia. Es el misterio de la maternidad espiritual de María que se deriva, en sentido radical, *de la fe de María que, como fundamento permanente de la gracia de filiación inseparable de la caridad, que crecen de manera conjunta divinizando progresivamente la persona agraciada-*. La maternidad espiritual que María ejerce en y a través de la Iglesia, es expuesta profundamente por la Encíclica “Redemptoris Mater”, que desarrolla autorizadamente de modo homogéneo y profundo, muchas virtualidades latentes en la síntesis mariológica del cap. 8 de la “Lumen Gentium”.

**2.6 María Santísima mereció con su fe, esperanza y amor heroico para sí -de condigno- un continuo “aumento de gracia y el premio de la vida eterna”, a lo largo de su peregrinación terrena hasta la Asunción.**

¿Qué mérito podemos encontrar en todo ese volcarse de Dios sobre ella en plenitud de gracia en ese asombro de maravillas que realizó en su alma el Todopoderoso? ¿Qué hizo María para que se fijarán en su humildad los ojos del Altísimo?

Cierto que absolutamente nada. Toda elección de Dios, y las gracias que da para cumplir debidamente esa tarea preceden a todo nuestro merecimiento, pues Dios nos escogió en Cristo y nos llamó por su nombre a cada uno, antes de la creación del mundo: “*Ab initio et ante saecula*” (Sir, 4)

El mérito de la Virgen -lo que la hace tan imitable- es que desde el primer instante de su ser consciente dio a Dios un amén completo y sin reservas. Si es la Bienaventurada, todavía más que por ser la madre de Dios, lo es por haber acogido a su Palabra, dándole carne humana libre y conscientemente, y siendo la discípula más parecida al Maestro. San Agustín (entre tantos), habla de esa actitud de María, quien, aun antes de que Jesús expusiera el programa de su nueva vida, ya María lo venía viviendo exactamente, desde que tenía uso de razón.

La santidad consiste en una respuesta humilde y total al designio de Dios, respuesta mantenida en lealtad y fidelidad hasta la muerte. Y María, como nadie, es la Virgen fiel.

Por otra parte María tuvo muy probablemente, según muchos teólogos, al menos de manera transitoria, desde el seno de su Madre, el don de la ciencia infusa<sup>58</sup>; y como consecuencia del uso del libre arbitrio, el mérito que hacía fructificar la plenitud inicial de gracia. Sí, con toda probabilidad, la ciencia infusa, le fue así otorgada, es muy difícil, decir que luego fue privada de ella, pues hubiese resultado menos perfecta en lugar de progresar incesantemente en la vida del mérito. Muchos teólogos con San Francisco de Sales y San Alfonso que María conserva el uso de esta ciencia infusa durante su sueño para continuar mereciendo. Desde la concepción inmaculada a su gloriosa Asunción, no hubo un solo momento en el que no hayan aumentado los méritos de María. Con la mente fija en Dios, conservando el pleno dominio de sus actos, sin distracción alguna, ni siquiera involuntaria, mereció durante todos los instantes de su vida, tanto de día como de noche un progresivo aumento de la plenitud inicial de su fe viva y operativa aneja a la gracia santificante.

Santo Tomás observa que este desarrollo progresivo de la gracia y la caridad que la manifiesta de manera indisoluble, se hizo a un ritmo más y más rápido y acelerado. Al contrario de lo que ocurre con el movimiento violento, el movimiento natural se hace más rápido al acercarse al término (In Heb. C. 10, 1. 2). Por eso el progreso de la santidad es mucho más rápido en los últimos años que al empezar a pesar del entorpecimiento de la edad: “Su juventud espiritual se renueva como el águila” (Ps. 102, 5).

Los actos de fe viva no puede producir el aumento de la vida teologal en sí mismo, sino mereciendo nuevas infusiones de las virtudes infusas, y disponiendo las facultades espirituales a recibir las. Los actos meritorios las ahondan, en cierto modo, dilatándolas para que la vida divina pueda penetrar en ellas y en la actividad por ellas imperadas. De este modo quedan purificadas y elevadas al orden de la santificación, activa y pasiva (conmereció para nosotros los frutos de la redención). Observa Santo Tomás que los actos de caridad imperfectos o remisos, aunque son también meritorios, no obtienen inmediatamente el aumento de vida teologal, porque no disponen todavía a recibirla, hasta que tenga lugar un salto de calidad en la generosidad de un acto de fe viva más intenso. Estos principios aclaran la insondable magnitud del progreso de María en la fe la esperanza y la caridad, con

---

<sup>58</sup> Según doctrina común de los teólogos María no tuvo en la tierra la visión inmediata de la divina esencia de la que gozan en el cielo los bienaventurados de manera permanente, en lo que difiere de Nuestro Señor, pues si la hubiese poseído, no hubiese tenido fe.

San Agustín y Santo Tomás enseñaron como probable que San Pablo –como Moisés- tuviese en un momento la visión beatífica, cuando dice (2 Cor. 12, 2): “Fue arrebatado hasta el tercer cielo” que según los hebreos, no es el cielo del aire ni el de los astros, sino el cielo espiritual en donde mora Dios y es contemplado por los ángeles. Y era conveniente que tuviera esa alta experiencia quien estaba llamado a ser el apóstol de los gentiles y de la gracia, y no se puede conocer plenamente el precio de la gracia, germen de la gloria, sin haber gozado un solo instante de ella.

Son muchos mariólogos los que opinan que si es probable que algunos santos como los citados recibieron transitoriamente este privilegio, es muy difícil rehusárselo a la Madre de Dios, pues su maternidad divina, la plenitud de gracia y la ausencia de toda falta, la disponían mejor que persona alguna a la vida trinitaria de la eternidad. Si no se puede afirmar con certeza que tuviese aquí en la tierra durante algunos instantes la visión beatífica, es, sin embargo –según la Teología clásica y numerosos testimonios de almas favorecidas con experiencias místicas, como la Venerable María Jesús de Ágreda cuya admirable doctrina sobre la Inmaculada será expuesta por el presidente de nuestra Sociedad Mariológica Española, padre Enrique Llanos-, muy probable.

las que cooperó a la restauración de la vida sobrenatural de las almas a lo largo de su peregrinar terreno.

Sus méritos eran cada vez más perfectos. Jamás hubo en ella un acto meritorio o remiso, que hubiera sido incompatible con su impecabilidad y perfecta correspondencia a las mociones del Espíritu Santo. Su corazón se dilataba, por así decirlo, cada vez más, conforme a las palabras del Salmo: “Corrí Señor, en los caminos de tus mandamientos cuando dilataste mi corazón” (Ps 118, 32). Tenía continuamente la mirada puesta en Dios, sin perder un minuto del tesoro del tiempo que se le había dado, a lo largo de la peregrinación en la fe.<sup>59</sup>

## **2.7 Condignidad de la compasión y del mérito corredentivo de la Inmaculada Dolorosa a favor de la humanidad caída y de los ángeles fieles.**

“Si ella fue la primera en experimentar en sí misma los efectos sobrenaturales de la única mediación de Cristo (evidente alusión a la redención preservativa por la que fue inmune al pecado original- -ya en la anunciación había sido saludada como “llena de gracia”-) fue para disponerla a ser digna Madre de Dios Redentor en cuanto tal; es decir, “para cooperar con Cristo, único mediador de la salvación humana. Y tal cooperación es precisamente esta mediación subordinada a la mediación de Cristo” (RM, 39). “Su “plenitud de gracia”... la preparaba cada vez más a ser para los hombres “madre en el orden de la gracia”. Esto indican, al menos de manera indirecta, algunos detalles anotados por los Sinópticos (cfr. Lc 11, 28; 8,20-21; Mc 3,25-35; Mt 12,47-50) y más aún por el Evangelio de Juan (cfr. 2,1-12; 19,25-27)” Cf. RM, 39cd).

A este respecto dice Santo Tomás que Dios da la gracia a cada uno según el fin para el cual lo escoge (3 q. 27 a. 5 ad 1 y passim). Y una gracia de la Corredentora sin esta ordenación divina al mérito de la gracia y a la satisfacción por el pecado de los demás sería un verdadero contrasentido. Según el principio paulino (cf 1 Cor 12, 4 ss) de que a cada función específica dentro del cuerpo místico de Cristo corresponde una gracia también específica, en María –a semejanza de Cristo- había una gracia no sólo para su santificación propia, sino también para la santificación de todos los demás. Continuando la analogía con Cristo, si su gracia se denomina “gracia capital” (porque en virtud de su ordenación al mérito de la gracia para los redimidos y a la satisfacción por el pecado, transmite la vida divina desde Él, que es la Cabeza, a todos los miembros del cuerpo místico), la gracia específica de María ha sido acertadamente denominada “gracia maternal” que expresa con propiedad la misión singular de influjo -con verdadero mérito de condigno proporcional, en dependencia de su Hijo, que merece para nosotros de condigno según estricta y rigurosa justicia- en la regeneración de los hombres. Así como Cristo es en todo y para todo Cabeza y origen vivificante de la humanidad, así María es en todo y para todo Madre en el orden de la gracia.<sup>60</sup>

<sup>59</sup> RM, 13; R. GARRIGOU LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, cit. p. 82 y siguientes. “El traje de bodas (del cielo) estará tejido con el amor de Dios, que habremos sabido recoger hasta la más pequeñas tareas. Porque es de enamorados cuidar los detalles incluso en las acciones sin importancia ... todos los días son buenos para servir a Dios; sólo surgen las malas jornadas cuando el hombre las malogra con su ausencia de fe, con su pereza, con su desidia, que la inclina a no trabajar con Dios por Dios... Nuestro caminar en la tierra... es un tesoro de gloria.” (S. JOSEMARÍA E., *Amigos de Dios*, 40, 52, 54).

<sup>60</sup> A. ROYO MARÍN, *La Virgen María, Teología y espiritualidad marianas* (Madrid, BAC, 1968, pp 158-163) resume muy bien la sólida argumentación de esos conocidos mariólogos dominicos que tanto

De esta ordenación divina de la gracia de María a merecer la gracia y satisfacer por el pecado de los demás se deduce con toda razón el P. Cuervo en sus actos corredentivos un valor de verdadera condignidad, tanto en el mérito de la gracia como en la satisfacción por el pecado, inferior al de Jesucristo, que es de justicia estricta, pero superior al nuestro que, tratándose de los demás, sólo podemos merecer para ellos la gracia con un mérito congruo. La Virgen pertenece en efecto, a un orden muy superior al nuestro, hipostático relativo, e inferior al de Jesucristo, que es el hipostático sustancial.<sup>61</sup>

También el ejemplarismo franciscano califica de condigno el mérito de la Corredentora. “Il merito è la misura dell’associazione di sotto-mediatori con il Mediatore-Capo. In quanto Immacolata Corredentice, la Vergine Madre, essendo redenta preventivamente, è associata in modo unico al Figlio nell’espiazione e liberazione del resto dei fratelli. Il fatto che, per volontà del Padre, Ella sia predestinata a questo ruolo, insieme a quello del Figlio, *de condigno relative* per la salvezza di altri. Ciò significa, inoltre, che quei meriti, costituendo un aspetto della causalità personale, hanno un’influenza diretta e immediata sulla vita interiore dei suoi figli. Una volta accolto il mistero dell’Immacolata Concezione, allora il merito *de digno*, che san Bonaventura attribuisce alla Vergine, è, di fatto, una forma di merito *de condigno piuttosto che de congruo*, la cui influenza dispositiva e indiretta sull’efficacia e la crescita della grazia nei fedeli e nella Chiesa è inclusa nel più vasto contesto della mediazione personale o dell’azione gerarchica che Egli esercita sulle anime con e subordinatamente al Figlio”.<sup>62</sup>

No parece suficiente la opinión tradicional, de que se hace eco S. Pio X (*Ad diem Illud*, Marín. n. 487) por la cual María mereció de congruo lo que su Hijo mereció de condigno. Si así fuera -si María merece de condigno en la redención liberativa lo que Cristo mereció de condigno-, la Corredención sería -observa Galot-<sup>63</sup> un duplicado en copia-carbón numéricamente distintas y yuxtapuesta, pero no *una participación de la plenitud fontal del único Mediador*, plenamente suficiente en sí mismo y esencialmente único que nada la añade; no es más perfecto como el más grande en una serie de instancias numéricas. *El es la fuente de todas las gracias, que admite diversos grados de participación, el mayor de los cuales es la redención preventiva de la Inmaculada*, ordenada a su cooperación activa en la divina maternidad y en la obra de la redención, en todo el proceso, desde la concepción del Salvador a su exaltación sobre la Cruz y la glorificación de su Cuerpo, que es la Iglesia.<sup>64</sup>

---

influyeron en el Congreso internacional mariológico de Lourdes, de 1950. Cf. R. LAURENTIN, *La question morale*, p. 33.

<sup>61</sup> Cf. CUERVO, *Maternidad divina y corredención mariana*, Pamplona 1967; B. LLAMERA, “El mérito corredentivo de María, Est. Mar., 1951, p. 83s.

<sup>62</sup> P. FEHLNER, *De metaphysica mariana quaedam*, cit., 39.

<sup>63</sup> P. GALOT parece atribuir al mérito de condigno de María su maternidad espiritual, como Cristo mereció su propia resurrección y nuestra salvación. Pero no cabe distinguir en el objeto del mérito nada que nosera merecido por el Único Mediador, cualquier otra es totalmente subordinada, por participación (trascendental). (Cf. Fehlner, *Ibid*)

<sup>64</sup> Cf. FEHLNER, *Il cammino*, cit. 54 ss. Según la Escuela Franciscana, María Santísima sería también corredentora de los ángeles por una especie de “corredención preventiva” (como Cristo es su Redentor por sí). El mérito corredentor de María alcanzaría pues, todas las gracias de todas las criaturas, salvo la plenitud de santidad inmaculada que recibió por su más perfecta redención -preservativa- fundada en su predestinación a ser asociada, como Madre del Redentor a la salvación del universo.

Respecto a los ángeles, la Corredención de la Inmaculada, no siendo liberativa, sino preservativa, no hace referencia -como es obvio- a su dimensión expiatoria de liberación del pecado, sino sólo a su valor meritorio de verdadera condignidad, que alcanza su vértice en el amor supremo -decretada “ab aeterno” por Dios, como el modo más perfecto de corredención- de su compasión en el Calvario cuando “una espada traspasó su alma” (Lc 2, 35). De la ardiente caridad de los dos corazones unidos del Redentor y de la Corredentora, brota el agua viva del Espíritu que vivifica “la Iglesia” como instrumento y arca de salvación universal.

### 3. LA MEDIACIÓN MATERNA DE LA INMACULADA.

*La III parte de la Encíclica “Redemptoris Mater”* -cuya extraordinaria alcance teológico, no ha obtenido el eco que hubiera sido deseable en la comunidad teológica de los cultivadores de la Mariología- vuelve sobre el tema de fondo que la vertebraba; la “presencia maternal de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia” (cf. RM, 38 y passim) -tratado ya en las dos partes anteriores desde la perspectiva de la fe de María, raíz y fundamento de aquella presencia- desde una perspectiva, ahora, más amplia y comprensiva: *la mediación de María, que “es mediación en Cristo”, en íntima unión con el misterio de su maternidad*, en su doble vertiente, divina y espiritual.

La mediación materna de María es uno de los conceptos claves de la mariología, *de gran valor ecuménico* por encontrarse el término en la Escritura que, rectamente interpretada, conduce con su *sentido pleno* a toda la posición de María y de la Iglesia en la economía de la salvación. Es verdaderamente un *título-síntesis de toda la personalidad y función de María -la Inmaculada Corredentora- en el designio salvífico de Dios*. Por eso hace Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater* de él el centro de su misterio explicitando su valor de *corredención* puesto de relieve por la Teología católica -sin usar el término consagrado por el magisterio anterior hasta Pío XII, por razones ecuménicas y por evitar reticencias del así llamado “minimalismo eclesiotípico”-. (En sus catequesis marianas vuelve a emplear el término -también para algunos- con la clara intencionalidad de despejar el camino para su aceptación.<sup>65</sup>

María es mediadora, como anillo de trabazón entre el creador y la criaturas a cuya reconciliación coopera, y tiene -en su virtud- verdadero dominio sobre todo el universo, como *Reina universal en sentido propio* y no meramente metafórico.

*Según los protestantes, la única Mediación posible es la de Cristo*, y está limitada a su persona, según la afirmación de S. Pablo: “Hay un sólo Dios, y un sólo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se dio a sí mismo como precio de rescate por todos” (1 Tim. 2.5). Esto supuesto, *ni María, ni la Iglesia, ni el Sacerdocio, pueden participar de la acción mediadora*, puesto que todos son valores extrínsecos al

---

<sup>65</sup> Juan Pablo II sale al paso de quienes quieren ver en la doctrina mariológica del Concilio Vaticano II una intencionada marginación del título de mediadora para favorecer la causa del ecumenismo (el “solus Christus” de los reformadores protestantes) exponiendo la auténtica interpretación del Sucesor de Pedro: <<el acento puesto en la fe de María y una preocupación más sistemática por fundar la doctrina mariana en la Escritura, del c. VIII de la *Lumen Gentium*, por evidentes motivaciones ecuménicas, no impidieron que el Concilio utilizara en una ocasión el título de mediadora, y que afirmara en otros términos la función mediadora de María desde el consentimiento al anuncio del ángel hasta la maternidad en el orden de la gracia (...). Además, al poner el acento sobre el nexo entre María y la Iglesia, se hacía más comprensible a los cristianos de la Reforma la doctrina mariana propuesta por el Concilio (cfr *acta synodalia*, II, III, 343-345)>> (AG, 15-XII-95).

misterio de la Mediación, ya que *no tienen otra función que la de puros signos, aptos para dar a conocer y arrojar luz sobre la única Mediación: la de Cristo*<sup>66</sup>. María sería signo especialmente significativo, como modelo eminente.

Es cosa sabida que se ha dado recientemente en algunos teólogos protestantes actuales, como Asmussen, como ya en Max Thurian antes de su recepción en la Iglesia católica, y no pocos anglicanos, un alejamiento de la posición de los antiguos reformadores<sup>67</sup>, que tan vivamente se refleja en Karl Barth; y su aproximación a la posición católica.

Siguiendo al Concilio, la Encíclica “Redemptoris Mater” no se limita a enseñar la cooperación de María en la obra de la Salvación, tanto en el plano de la adquisición de la vida sobrenatural como en el de su dispensación subjetiva en la historia salvífica, sino que se esfuerza por hacer inteligible esta doctrina, proponiendo profundizar en la noción de participación.

*La participación trascendental propia de la relación entre las criaturas y Dios, se aplica en el texto conciliar a la relación entre mediación sacerdotal de Cristo y las diversas formas de mediación eclesial, en la doble participación del sacerdocio por los fieles y en el sacerdocio ministerial, y la participación de la bondad de Dios en las criaturas por la creación. Por la creación comienza a haber más seres, pero no más ser; es decir, por la creación se dan más seres con perfección, pero no más perfección en el conjunto. Este concepto de participación, en el sentido explicado, ha de aplicarse a la mediación de María; Cristo y María son más sujetos de mediación (de una mediación única que está en Cristo como en fuente y en María por participación), pero no más poder de mediación que Cristo solo*<sup>68</sup>.

Se trata siempre de la voluntad divina de no salvar a los hombres sino asociándolos, a título de instrumentos libres, a la obra de la salvación, propia y ajena, para que todos cooperaran con El -para decirlo con la conocida formulación de la Encíclica de Pio XII “Mystici Corporis” (AAS,1943,217)- a comunicarse mutuamente los frutos de la Redención. “No por necesidad, sino a mayor gloria de su Esposa inmaculada”. Tal es la ley de la alianza nupcial de Dios con los hombres, preparada y proféticamente prefigurada en la antigua alianza con Israel, y realizada en la nueva y definitiva alianza en Jesucristo, en las tres fases o momentos que distingue la tradición de los Padres: esponsales en la Encarnación, bodas en el Calvario, y consumación de la bodas en el misterio eucarístico, fuente de toda vida sobrenatural del Cuerpo místico (cf. 1 Cor 10,7; SC 9), como prenda y anticipación sacramental del las bodas del Cordero con la Esposa que desciende del Cielo, la nueva Jerusalén escatológica del Reino consumado (Cf.Ap 21,2).

Es una mediación materna “ad melius esse”, pues fomenta la unión con Cristo Redentor haciéndola más dulce y atractiva:

“La mediación de Cristo por medio de su humanidad se irradia en el corazón de la Virgen, que en el cielo también continúa su acción maternal junto a su Hijo

<sup>66</sup> Tal es la posición por ejemplo del célebre teólogo calvinista Karl BARTH, *Die Kirckliche Dogmatik*, t. I, 3).

<sup>67</sup> De este tema trato en *Lutero y la reforma protestante*, Madrid 1994 ([www.filosofiayteologia.com](http://www.filosofiayteologia.com)).

<sup>68</sup> C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974, 116 ss.

glorioso, alcanza así a toda la humanidad hasta el fin del mundo, de modo que cualquier hombre puede sentirse presente en su corazón junto a Cristo, su Hijo Redentor, que se complace en suavizar todos sus gestos salvíficos con la dulzura de un corazón de Madre”.<sup>69</sup>

La maternidad divina a la que cooperó con la obediencia de la fe, manifestada en el “fiat”, es la razón formal de su condición de mediadora, en y con Jesucristo, entre el Dios ofendido y la humanidad que debe ser redimida. Esta *mediación ontológica*, participada de la de Cristo-hombre, “el sólo mediador entre Dios y los hombres”, le capacita para ejercer su oficio de “socia et ediutrix Christi” (S. Alberto); es decir, de “compañera singularmente generosa en la obra de la Redención” que “coopera en la restauración de la vida sobrenatural de las almas por la fe, la obediencia, la esperanza y la encendida caridad” (LG, 61); en cuya virtud –“qua de causa”- es nuestra madre en el orden de la gracia (cf. LG, 61, RM 38). Es la llamada *mediación dinámica o moral*, “para ejercer la cual le fue otorgada una plenitud de gracia, justamente llamada por B. Llamera maternal –para distinguirla de la gracia capital de Cristo- por su “carácter específicamente materno” (RM, 38b). Es madre espiritual nuestra por ser corredentora.

### **3.1 Doble nivel de mediación –ontológica y moral- de María, subordinada a la de Cristo, Unus Mediator.**

“La iglesia sabe y enseña con San Pablo que uno sólo es nuestro mediador: “Hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a si mismo como rescate por todos” (1 Tim 2, 5-6). “La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder” (LG, 60); es mediación “en Cristo” (RM, 38), pues depende totalmente de aquella en el ser y en el obrar.

Cristo hombre se constituye en mediador en virtud de la unión hipostática, en cuanto le capacita para ejercer su misión redentora como sacerdote, profeta y rey. De manera análoga, María SS. Se constituye en mediadora nuestra por su asociación al orden hipostático en virtud de su maternidad divina adecuadamente considerada; es decir, en cuanto –teniendo en cuenta el fin salvífico de la Encarnación, redentora, al que se adhirió María con su libre consentimiento, de Nazaret al Calvario- queda constituida en corredentora nuestra, con plenitud de gracia en orden de cooperar a la restauración de la vida sobrenatural de las almas.

#### **a. Mediación ontológica o fundamental**

La mediación tiene un primer sentido fundamental (ontológico) que es el fundamento de su obrar salvífico “operari sequitur esse”: María, como Cristo y por causa de Cristo, es el “punto de intersección” de lo humano con lo divino pues como Madre de Dios es instrumento de Dios para la realización en el tiempo del “misterio de Cristo”: misterio de unión con Dios –personal en Cristo: y mística, por Él, en las criaturas-. María participa en un modo único de esa unión; y es así, en su mismo ser - desde el primer momento de su concepción como llena de gracia, “Mediadora” entre Dios y el hombre, como pura criatura -como nosotros, pero que alcanza las fronteras de

---

<sup>69</sup> Este tema lo he desarrollado ampliamente en J. FERRER ARELLANO, *Marian Corredemption in the light of Christian Philosophy*, in *Mary at the foot of the Cross II* (New Bedford MA, 2001, 113-149)- ([www.filosofiateologia.com](http://www.filosofiateologia.com)).

la divinidad de una dignidad trascendente al resto de las meras criaturas “singularísima”, sublime y casi divina”.

La divina maternidad “constituye la dimensión primera y fundamental de aquella mediación que la Iglesia confiesa y proclama respecto a ella, y continuamente “recomienda a la piedad de los fieles”... “La elección al sumo cometido y dignidad de Madre del Hijo de Dios a nivel ontológico se refiere a la realidad misma de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo (unión hipostática). Este hecho fundamental de ‘ser’ la Madre del Hijo de Dios supone, desde el principio una ‘apertura’ total a la persona de Cristo, a toda su obra y misión” (RM, 39), consintiendo a ser Madre virginal del Salvador y uniéndose a su sacrificio.

#### **b. Mediación moral o dinámica**

En su virtud, “María ha llegado a ser no sólo la “madre nodriza” del Hijo del hombre, sino también la “compañera singularmente generosa” (LG, 60) del Mesías y Redentor”. (RM 39c). *Su fe, -del “fiat” a la cruz- es “raíz” de su “cooperación materna con toda la misión del Salvador mediante sus acciones y sufrimientos” que culminan al pie de la cruz.* “A través de esta colaboración en la obra del Hijo Redentor, la maternidad misma de María conocía una transformación singular colmándose cada vez más de “ardiente caridad” con la cual realiza, en unión con Cristo, la restauración de “la vida sobrenatural de las almas” (cf. LG, 61). Así es *como María entraba en manera muy personal en la única mediación “entre Dios y los hombres”, que es la mediación del hombre Cristo Jesús*”. Es decir: *aquella mediación ontológica la capacitó para la otra, “dinámica” o moral. María, al ser Madre de Cristo Redentor, es, por lo mismo, la Nueva Eva, Madre de los vivientes en Cristo.* Es decir, que ejerce para con ellos una función mediadora que esencialmente consiste en su *cooperación –subordinada a la tarea redentora de Cristo-* en constituirlos –por su consentimiento en la Encarnación- miembros potenciales de Cristo Redentor, capaces de la Redención y la gracia; en contribuir a su reconciliación con Dios, con la cooperación inmediata, próxima, activa y directa al ofrecimiento del sacrificio Redentor de Cristo con su aceptación de la espada de dolor de su corazón lleno del más exquisito amor y en interceder por ellos delante de Dios, obteniendo todas las gracias necesarias para la salvación que ha comerecido con su Hijo y de las que es -también en unión con Él- dispensadora universal.

**3.2 Dimensión soterológica de su maternidad divina. La mediación ontológica de la Inmaculada: María es constituida como Mediadora maternal en el Mediador capital, en cuanto partícipe de la única Mediación de Cristo, en virtud su respuesta de fe a su vocación a la divina maternidad virginal del Redentor.**

“*María ha llegado ha estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente por que ha creído*” (RM, 12). De ahí “la importancia fundamental de las palabras de Isabel al proclamar Bienaventurada a la que “ha creído que se cumplirán las cosas que la fueron dichas de parte del Señor” (Lc. 1-45), tan citadas en la Encíclica. Como ya señalábamos en el apartado anterior, al comentar la fe de santa Maria virgen como respuesta al don de Dios, los padres de la Iglesia reconocen en esa fe el principio de la divina Maternidad virginal, según el axioma “*Fide concipit, fide peperit*”. María acepto ser Madre de un Mesías salvador en el “Sí” de la encarnación. *Por eso la maternidad divina no debe entenderse solo en el sentido físico; el dialogo con el ángel*

demuestra que María asume conscientemente la formidable tarea de Madre virginal de Dios redentor (Cf. Lc, 1, 53,56).

La maternidad en la criatura racional no es solamente la maternidad según la carne y la sangre como en el animal, sino que requiere, de por sí, el consentimiento libre dado a la luz de la recta razón en un acto cuyo ejercicio entraña por sí mismo la libertad y las leyes morales. Además, para la maternidad divina se le pidió a María un libre *consentimiento de fe sobrenatural* y meritorio, sin el cual, según el plan de la Providencia, el misterio de la Encarnación redentora no se hubiese realizado; lo dio, dice Santo Tomás, *en nombre de la humanidad*. (S. Th. III, 30, 2).

No se trata, pues, tan sólo de una maternidad material meramente biológica, según la carne y la sangre, sino de una maternidad que, por su naturaleza misma, requería el consentimiento sobrenatural para la realización del misterio de la Encarnación redentora tal cual debía ser realizado “*hic et nunc*”, en tal lugar y tiempo y con todos los sufrimientos que entrañaba según las profecías mesiánicas y particularmente las de Isaías, bien conocidas por María.<sup>70</sup>

Como afirma la Tradición, María *concibió plenamente a su Hijo, en cuerpo y alma*. En el cuerpo: es decir, la carne de su carne, la antorcha de la vida humana de Cristo se encendió en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo en la más perfecta pureza. En el alma: pues fue necesario el consentimiento expreso de la Virgen para que el Verbo se uniese en Ella con nuestra naturaleza. (cf. LG 53).

He aquí porqué el concepto adecuado de divina maternidad, según el plan de la Providencia implica esa “dimensión espiritual” de perfecta cooperación a la voluntad salvífica divina. Por ello fue constituida en plenitud de gracia; para que fuera digna Madre del Redentor. Por eso el mayor título de gloria de María -y raíz -inseparable de su condición de Inmaculada- de todos sus privilegios- es el de Maternidad divina proclamada en Efeso. (cf. LG 53).

“*Si por medio de la fe de María se ha convertido en la Madre del Hijo que le ha sido dado por el Padre con el poder del Espíritu Santo, conservando íntegra su virginidad (a), en la misma fe ha descubierto y acogido la otra dimensión de la maternidad de la Inmaculada, revelada por Jesús durante su misión mesiánica*” (RM, 20) *por la que llegó a ser la madre de los vivientes (b) -como nueva Eva asociada al Sacrificio del nuevo Adán- al precio de su entrega hasta el holocausto de su corazón maternal -consintiendo libremente a la voluntad salvífica de Dios que así lo había dispuesto- cuando la espada de Simeón traspasó su alma santísima (Lc 2, 35).*<sup>71</sup>

<sup>70</sup> Cf. R. GARRIGOU LAGRANGE, o.c. p. 24.

<sup>71</sup>La alabanza espontánea de una mujer del pueblo dirigida a Jesús, recogida por San Lucas: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron” (Lc. 11, 27), comenta la Encíclica que constituían una alabanza a María como Madre de Jesús según la carne, como Madre nodriza. Gracias a esta maternidad, comenta San Agustín “Jesús –Hijo del Altísimo (cfr. Lc 1, 32)- es un verdadero hijo del hombre. Es “carne”, como todo hombre; es “el Verbo (que) se hizo carne” (cf. Jn 1, 14). Es carne y sangre de María. (Sermo 25).

“Pero a la bendición proclamada por aquella mujer respecto a su madre según la carne, Jesús responde de manera significativa: “Dichosos más bien lo que oyen la Palabra de Dios y la guardan” (cf. Lc 11, 28). Quiere desviar la atención de la maternidad entendida sólo como un vínculo de la carne... a la esfera de los valores espirituales” (RM, 20). En esta misma perspectiva interpreta la Encíclica otras dos respuestas de Jesús recogidas por los sinópticos: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (cf Lc 8, 20-21), dijo extendiendo su mano hacia sus discípulos y la que dio María y José al ser encontrado en el templo a la edad de 12 años, en la que queda claro que ya estaba completa y exclusivamente “ocupado en las cosas de su Padre”, para anunciar el Reino (cf Lc 2, 49). De este modo Jesús va manifestando progresivamente este nuevo sentido de la maternidad en la dimensión del Reino de

Consideremos separadamente ambas dimensiones.

### 3.2a “Tu fe es intacta, tu virginidad también lo será”

La “esclava del Señor reúne en si misma el amor propio de la virginidad y el amor característico de la maternidad unidas y como fundidas conjuntamente” (RM, 39). Veamos la implicación de ambas.

“La elección al sumo cometido y dignidad de Madre del Hijo de Dios *a nivel ontológico*, se refiere a la realidad misma de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo (*unión hipostática*). Este hecho fundamental de ser la Madre del Hijo de Dios *supone, desde el principio, una apertura total a la persona de Cristo, a toda su obra y misión*” (RM, 39). “María da su consentimiento a la elección de Dios, para ser la Madre de su Hijo por obra del Espíritu Santo. Puede decirse que este consentimiento suyo para la maternidad es sobre todo fruto de la donación total a Dios en la virginidad. María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios guiada por el amor esponsal, que “consagra” totalmente una persona humana a Dios. En virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo “entregada a Dios”, viviendo la virginidad.

Las palabras “he aquí la esclava del Señor” expresaban el hecho de que desde el principio ella acogió y entendió en la fe de la “llena de gracia” la propia maternidad como donación total de sí, de su persona, al servicio de los designios salvíficos del Altísimo. Y toda su participación materna en la vida de Jesucristo, su Hijo, la vivió hasta el final de acuerdo con su vocación a la virginidad. “Pero si la virginidad, como fiel respuesta a su vocación de tal, fructifica en “maternidad según el Espíritu”, considerada como don de Dios, es consecuencia de su elección a la Maternidad divina.

*La maternidad plenamente virginal de María*, considerada en toda su realidad, *tiene un aspecto de total dedicación de María a su Hijo*, que es Dios (lo cual está implicado en los postulados morales de la dignidad de Madre de Dios), y *un aspecto de integridad corporal que tiene analogía con la generación eterna*, sin corrupción, por la que el Verbo procede del Padre. Es interesante subrayar que en el concepto de virginidad de María quedan así íntimamente ligadas la virginidad espiritual por la que se da a su Hijo-Dios con corazón indiviso (cf. 1 Cor. 7, 32 ss.), y la integridad corporal de la virginidad perpetua. María se presenta a Dios, su Padre, entregándose virginalmente, cuerpo y alma, en su abandono sencillo y total a la divina inspiración desde su infancia sin saber a dónde le conducía. He aquí la primera cooperación de María al don de plenitud de gracia inicial del Padre. A esta misericordia totalmente gratuita María responde abandonándose; es decir, abriéndose a todas las virtualidades de esta misericordia inicial, sin querer limitarlas a su propia comprensión.<sup>72</sup>

---

Dios. (Ibid) Esos textos escriturísticos nada tienen de “restrictivos “ como suelen ser interpretados por algunos minimalistas de tendencia eclesiotípica.

Algunos piensan que estas respuestas de Jesús implican que la plenitud de gracia y caridad, principio de los actos sobrenaturales y meritorios de María (por los que concibió antes en la mente que en el seno, según célebre expresión agustiniana) es superior a la maternidad divina, que por si sería de orden corporal.

Pero precisamente María llegó a ser Madre del Salvador al escuchar la Palabra de Dios, creyendo en ella y diciendo generosamente con perfecta conformidad a la voluntad de Dios y a todo lo que ésta entrañaba: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. (cf. LG 56, 63)

<sup>72</sup> M. D. Philips, “El misterio de María”, Madrid, 1987, parte II c.1.

Esta consagración en el abandono se completa al fiarle a José su secreto –y al hacerlo suyo José- María se liga de modo divino a José. Los dos llevan una vida común totalmente reservada a Dios, en un mutuo abandono divino, ávidos de realizar su única voluntad.

Dios, cuando quiso salvar a la humanidad, restauró al hombre haciéndose hombre, restauró a la mujer, cuyo fin es la maternidad, haciendo de una mujer la Madre de Dios, pero también ha restaurado la familia, haciendo nacer a su Hijo en una familia humana real. San José ha sido, de hecho, el esposo verdadero, aunque virgíneo, de la Madre de Dios, y el verdadero padre de Jesús, no según la carne, sino verdadero padre con toda la autoridad ligada a la paternidad, con todos sus deberes y sus derechos. Se ve, de hecho, que Dios siempre trata a San José como a la verdadera cabeza de la Sagrada Familia, y respeta su autoridad paterna: el ángel comunica las órdenes divinas a la Sagrada Familia a través de San José; la Virgen misma se subordina perfectamente a la autoridad de San José. La maternidad sobrenatural de María sobre todos y cada uno de los hombres deriva de su maternidad divina. En cuanto supo que María era la Madre de Dios, se sometió más que nunca a su acción de gracia. Desde aquel momento, *ex illa hora*, José se hace discípulo de María, discípulo obedientísimo. Se convierte en el hijo de María. La toma como lo hará San Juan, en todas las intimidades de su vida de santo, *accepit eam in sua* [la recibió en su casa]; la toma como madre de la vida divina en él, pues todo le llevaba al: *ecce mater tua!* [ha aquí a tu madre], sobre todo después de que Jesús se escondiera dentro de Ella.

Toda la santidad de San José venía del corazón de María su esposa. Es precisamente esta santidad la que le permitió ser el padre de la Sagrada Familia, ejercitar su autoridad, cumplir su sublime misión, olvidándose a sí mismo y abandonándose totalmente a la divina providencia. Es María quien le santificó. Es esposo fue santificado por su santa esposa, según la ley que proclamará San Pablo. Todo, en él, viene de una plenitud de la gracia del Corazón Inmaculado de María.

Si Dios quiere nuestra cooperación a su acción misericordiosa, es para realizar con nosotros una alianza personal muy íntima, en una donación mutua. En la Anunciación, el Padre manifiesta a María su amor misericordioso dándole su Hijo: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito”. Dándole su Hijo se da Él. Pero no nos podemos dar a alguien si ese alguien no se dona a su vez. Todo don personal reclama otro don personal. El don personal del Hijo reclama el don personal de María preparado por su donación total -la ardiente caridad de la llena de gracia- en el corazón indiviso de su virginidad, Dios quiere que María se entregue como una madre se entrega a su Hijo. María por su “fiat” se dona, se entrega verdaderamente como Madre al Hijo bienamado del Padre.

Por su “fiat” coopera eficazmente al don del Padre, convirtiéndose en Madre de Dios según la carne: “Tu fe es intacta; tu virginidad también lo será. El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Esta sombra (umbraculum) es inaccesible a los ardores de la concupiscencia, Porque concibes por la fe; porque serás madre por la fe... es por lo que será grande y será llamado Hijo del Altísimo”.<sup>73</sup>

### **3.2b La Mediación ontológica de la Inmaculada Madre virginal del Redentor, constituida en la libre obediencia de la fe al anuncio del ángel, es el fundamento de**

<sup>73</sup> S. Agustín, Sermo 291. Cf. M.D. Philips, o. c., ibid.

**su mediación dinámica corredentiva , por la que participa con Cristo en la obra de la redención, no sólo en su fase aplicativa o subjetiva como el resto de los redimidos, sino también adquisitiva u objetiva, por lo que es madre espiritual, en el orden de la gracia, de ángeles y hombres.**

El "fiat" de la Encarnación es el comienzo de un proceso de cooperación a la obra redentora que abarca todos y cada uno de los instantes de la vida su Hijo, que llega a su consumación en su Pasión y muerte en el Calvario. En la Cruz llega a su consumación toda una vida de fe y amor maternal que dan valor corredentor a todas y cada una de las acciones y sufrimientos de María en íntima asociación a su Hijo (RM 39). En la cumbre del Calvario se consuman y alcanzan cumplimiento acabado el "ecce venio" (Heb. 10,7) con que Jesucristo, el Hijo de Dios, empezó su mortal carrera, y el "ecce ancilla" (Lc 1,38) con que María se pliega a los planes redentores del Altísimo. La escena de Nazaret proyectó al Hijo y a la Madre a la cumbre del Gólgota, íntimamente asociados en el doloroso alumbramiento de la vida sobrenatural restaurada.

Fué en la Cruz cuando "emergió de la definitiva maduración del misterio pascual" (RM,23) aquella radical maternidad espiritual respecto a la Iglesia que comenzó a constituirse cuando María consintió a dar vida a Cristo, en cuanto hombre, precisamente como cabeza de un organismo en plenitud de vida comunicativa de la que iba a vivir la futura Iglesia<sup>74</sup>.

Consumada la obra de la Redención en el Calvario, tiene lugar el nacimiento público de la Iglesia en Pentecostés por la efusión del Espíritu, a instancias de María, esposa del Paráclito, como fruto de la Cruz: esa Iglesia que había sido concebida en la Encarnación y nacida "quasi in occulto", recordando el origen bíblico de la primera mujer, del costado de Cristo abierto por una lanza.

La maternidad espiritual de María se constituye, pues, del "fiat" de Nazareth al del Calvario, por su cooperación próxima e inmediata a la redención objetiva (mediación dinámica "ascendente" como *corredentora* en sentido estricto); pero su acto esencial es la comunicación de los frutos de la Redención (mediación dinámica "descendente") por la cual continúa ejerciendo María desde el cielo su *mediación maternal*, no sólo con eficiencia moral de intercesión ante Dios ("Omnipotencia suplicante") como *abogada* ante Dios a favor de los hombres -sino también por *directa dispensación de todas las gracias* que ha contribuido a adquirir-, incluidos los dones jerárquicos y carismáticos que configuran a la Iglesia como comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada, como Mediadora universal de la divina gracia y Madre de la Iglesia, a la que hace partícipe de su maternidad virginal.

Esta función mediadora, en su doble vertiente ascendente (redención adquisitiva) y descendente (aplicativa o dispensadora de la gracia), es el verdadero fundamento de su maternidad espiritual: de su presencia en la vida de la Iglesia y de cada cristiano en ella. (Tal es el tema del segundo apartado de la III parte de la encíclica). Esta relación de María-Iglesia se trata, primero, según el paralelismo de la tipicidad de María respecto a

---

<sup>74</sup> Aunque formalmente constituida en el misterio pascual -en acto segundo- puede decirse que "la generación de Cristo es -en acto primero- el origen del pueblo de Dios, y el natalicio de la Cabeza, el natalicio del Cuerpo" (San LEÓN, *Sermo de Nat. Dni.*, PL 54,213). Son elementos constitutivos de ese "acto 1º", con la gracia de la humanidad de Cristo -que contiene de manera virtual toda la mediación sacerdotal y vida de la Iglesia, que es su "pleroma"-, los planes fundacionales- ideas, resoluciones, actuaciones presentes en la mente, voluntad y poder de Jesús -en virtud de los cuales se iría edificando la Iglesia nacida, en "acto 2º", del misterio Pascual. María, asociada a Cristo en todo el proceso salvífico, participó en todo él "con su fe obediente y su ardiente caridad" (LG 61) de corredentora, que es la razón formal de su maternidad, respecto al Cuerpo místico, Esposa de su Hijo primogénito.

la Iglesia, subrayada por la tradición desde San Ambrosio; en especial su carácter de Virgen y Madre, y de ejemplar eminente de las virtudes teologales.

Por último estudia la Encíclica la maternidad espiritual de María en su doble vertiente: personal -es esencial a la maternidad de referencia a la persona (RM, 45)- y social, que evoca el título de Madre de la Iglesia no explicitado en el Concilio Vaticano II<sup>75</sup>, pero proclamado en su clausura por Pablo VI.

<<Las palabras: <<He ahí a tu madre>> expresan la intención de Jesús de suscitar en sus discípulos una actitud de amor y confianza en María, impulsándolos a reconocer en ella a su madre, la madre de todo creyente.

La historia de piedad cristiana enseña que María es el camino que lleva Cristo y que la devoción filial dirigida a ella no quita nada a la intimidad con Jesús; por el contrario, la acrecienta y la lleva a altísimos niveles de perfección.

El texto evangélico, siguiendo el original griego, prosigue: <<Y desde aquella hora el discípulo la acogió entre sus bienes>> (Jn 19, 27), subrayando así la adhesión pronta y generosa de Juan a las palabras de Jesús.

La expresión griega, traducida al pie de la letra <<entre sus bienes>>, no se refiere a los bienes materiales, dado que Juan -como observa San Agustín (In Ioan. Evang. Tract., 119, 3)- <<no poseía nada propio>>, sino a los bienes espirituales o dones recibidos de Cristo: la gracia (Jn 1, 16), la Palabra (Jn 12, 48; 17, 8), el Espíritu (Jn 7, 39; 14, 17), la Eucaristía (Jn 6, 32-58)... Entre estos dones, que recibió por el hecho de ser amado por Jesús, el discípulo acoge a María como madre, entablando con ella una profunda comunión de vida (cfr. *Redemptoris Mater*, 45)>> (AG, 7-V-1997).

Siguiendo las sugerencias implícitas de ese título, la Encíclica supera la aparente antinomia entre ambas dimensiones, individual y social, de la maternidad de María; mostrando que en tanto alcanza la maternidad espiritual de María a las personas concretas en cuanto es Madre de la Iglesia en la integridad de su realidad compleja (LG 9), visible e invisible, tanto de los medios de salvación (sacramentos y carismas), como de la salvación misma: la Iglesia entera cuya maternidad deriva de la Maternidad de María su Madre.

Muy significativamente Pablo VI, quiso subrayar, que la maternidad de María no se refiere sólo a la gracia que santifica a cada uno de modo personal como "fructus salutis", sino también a los dones "jerárquicos y carismáticos" (LG 4a), dones que constituyen a la Iglesia como comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada (LG 11) como "medium salutis" -es decir, que alcanza a la Iglesia entera incluida su dimensión institucional- cuando afirmaba en la solemne proclamación de María Madre de la Iglesia, de manera reduplicativa, que es Madre de los Pastores "en cuanto Pastores"; en clarísima alusión a los dones jerárquicos que la configuran como sacramento de salvación, "que pertenecen a la figura de este mundo que pasa" (LG 48c).

---

<sup>75</sup> Por oposición de la corriente eclesiotípica, que no admitió una transcendencia de María respecto a la Iglesia, por no considerarla compatible con su condición de miembro más excelso de la misma y a ella inmanente. En el Congreso mariológico de Lourdes de 1958 se enfrentó esta corriente con la cristotípica, que, al subrayar el paralelismo con Cristo, veía a María, ante todo, la asociación a su obrar salvífico; la cual funda una transcendencia de María respecto a la Iglesia por se su causa no sólo ejemplar sino también eficiente, subordinadamente a Cristo, como Madre de la misma. La LG es un compromiso entre los dos sistemas enfrentados. Cf. R. LAURENTÍN. *La cuestión mariale*, París 1963.

El título de María, Madre de la Iglesia, evoca la dimensión social de su Maternidad espiritual en su fase peregrina, que en tanto alcanza a los fieles concretos en cuanto que es Madre de la Iglesia toda, de modo tal que ejerce su maternidad en y a través de la Iglesia<sup>76</sup> como instrumento y arca universal de salvación.

*En el seno materno de María el Espíritu Santo modela a cada uno de los redimidos -con el concurso de su libertad- la semejanza a Cristo que le es propia en una relación materno filial, personal e irrepetible; pero los “modela” según la medida del don propio de cada uno, por la virtud del Espíritu de Cristo” (RM, 45). Es decir, según la peculiar vocación personal y la consiguiente posición eclesial en la que aquella le sitúa, complementaria de la de los demás -en virtud de los dones que postula la propia participación en la misión salvífica de la Iglesia (pues hay en ella “diversidad de ministerios y unidad de misión” (AA 2)); y por consiguiente en su esencial vinculación al entero Pueblo de Dios, que es así constituido en comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada por dones jerárquicos y carismáticos. También ellos derivan de la mediación maternal de María, como medios de salvación; es decir, de aquella comunión con Dios y de los hombres entre sí que obra la caridad a cuyo servicio son aquellos conferidos. La maternidad sacramental de la Iglesia -que deriva de la Eucaristía, de la que ella vive-, es, por esa razón, derivada de la mediación materna de María, en la cual ejerce en el Espíritu Santo su maternidad en una inseparable simbiosis dinámica.*

Según el reciente Magisterio (cf. la encíclica “Ecclesia de Eucharistia”, nn. 56-57), *María es coferente del sacrificio de Cristo y de su propia compasión; todo lo cual se hace presente en la Misa, renovación sacramental del sacrificio del Calvario -del que vive la Iglesia en su fase peregrina bajo Pedro-, que incluye la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán en la restauración de la vida sobrenatural. Esta presencia activa de la Corredentora en el Sacrificio Eucarístico continúa de modo inefable en el Santísimo Sacramento, en íntima unión con Cristo sacramentado, “corazón viviente de la Iglesia”, que vive de la Eucaristía<sup>77</sup>.*

#### **4. LA INMACULADA Y EL ESPÍRITU SANTO. EL ROSTRO MARIANO DE LA IGLESIA ESPOSA DE CRISTO. INTEGRACIÓN DE LA PERSPECTIVA ORTODOXA.**

Desde que en la Exhortación *Mariialis Cultus* (2-II-74, n. 27), Pablo VI invitó a los teólogos a profundizar en la misteriosa relación existente entre el Espíritu Santo y la Virgen, algunos autores se han interesado por la mariología pneumatológica del

<sup>76</sup> P. GALOT, *Mère de l'Eglise*, Nouvelle revue Theologique, 86 (1964), p.180.ss.

<sup>77</sup> Cfr. CH. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, Parole et Silence, Langres-Saint-Geosmes, 2001, que afirma : <<L' Eucharistie, Marie, le Pape, “c'est tout un”, c'est à dire cela forme une unité indissociable>> (« Les Trois Blancheurs »).

Son cada vez más frecuentes las experiencias místicas de almas marianizadas que perciben junto a la presencia del Señor en la hostia consagrada una presencia inefable de María que ofrece al Padre a su Hijo inmolado y se ofrece a sí misma. (Valga -como ejemplo entre muchos- Mgr. O. MICHELINI, “Confidencias de Jesús”, traducido a numerosas lenguas); e incluso -en San Josemaría Escrivá- de S. José también, que forma con Jesús y María una unidad indissociable que solía llamar -siguiendo una antigua tradición- “trinidad de la Tierra”, imagen perfecta de la “Trinidad del Cielo” y camino de acceso a Ella. El Doctor eximio, Francisco Suarez funda la excelsa dignidad de San José, cuya eminente santidad, derivada de la gracia maternal de su Esposa -como veíamos- excede a la de todos los santos en su pertenencia al orden hipostático. No en sentido sustancial, como Cristo, sino relativo a Él; pero no de modo intrínseco, constitutivo de la Encarnación, como María, sino de modo extrínseco, como Custodio del Arca de la Alianza. (Ap 11, in fine, Ángel guardián del huerto sellado del verdadero árbol de vida). Cf. F. CANALS VIDAL, *San Jose, Patriarca del Pueblo de Dios*, Barcelona 1994, pp, 87 ss.

Oriente cristiano, no sólo por razones ecuménicas, sino también por su llamativa convergencia con AA. inspirados católicos, en especial San Maximiliano Kolbe. Si desde el medioevo era tradicional considerar a la Virgen como “*Esposa de Dios Espíritu Santo*” -según la célebre fórmula popularizada por San Francisco de Asís<sup>78</sup>, quien la invocaba así después de haberla llamado “Hija de Dios Padre y Madre de Dios Hijo”, estos AA. hablan de una singular relación de presencia del Paráclito a Ella más honda que la meramente esponsal, en virtud de la cual es constituida como *templo e icono* transparente del Espíritu Santo que inhabita en Ella como en el seno materno, o “molde viviente” en el que se forma el ser teándrico de Cristo Cabeza, “Primogénito entre muchos hermanos”, y en el que nos modela conforme a su imagen en la progresiva formación del Cristo total hasta que se complete el número de los elegidos al final de la historia.

San Luis María Grignon de Monfort explica ampliamente la singular cooperación entre el Espíritu y la Mediadora, con inspiradas palabras.

“A María, su fiel esposa, Dios Espíritu Santo comunicó sus inefabables dones y la escogió para ser dispensadora de todo lo que Él posee, de tal manera que Ella distribuye a quien quiere, tanto como quiere, de la manera que quiere y cuando quiere, todos sus dones y gracias. El Espíritu Santo no comunica ningún don celestial a los hombres que no pase por sus virginales manos”.<sup>79</sup>

“Dios Espíritu Santo... ha sido fructífero en María, a quien Él ha desposado. Fue con ella, en ella y de ella que produjo Su más grande obra maestra, cual es Dios hecho hombre, y que Él sigue produciendo diariamente, hasta el fin del mundo, los predestinados y miembros del Cuerpo de aquella adorable Cabeza. Esta es la razón por la cual Él, el Espíritu Santo, cuanto más encuentra a María, su amada e inseparable esposa, en cualquier alma, más activa y poderosamente va produciendo a Jesucristo en esa alma y a esa alma en Cristo. María ha producido, junto con el Espíritu Santo, lo más grande que se haya producido o jamás se producirá... a Dios-hombre; y ella, consecuentemente, producirá los mayores santos que haya al fin del mundo. La formación y educación de los grandes santos que vendrán al fin del mundo serán reservados para ella”.

También, un siglo después, J. M. Schheben subraya la íntima sinergia de María con el Espíritu Santo a la manera en que la humanidad de Cristo es un instrumento para su sagrada divinidad.

<sup>78</sup> *Antífona Santa María Virgen*, Fuentes franciscanas, 281.

<sup>79</sup> San Luis María GRIGNON DE MONFORT, *Verdadera devoción a María*, n. 20, 35; cf. También n. 21, 25.

Juan Pablo II, gran lector y propagandista de S. Luis María G. de M, confirma este vital oficio de María en la preparación del pueblo de Dios para la segunda venida de Cristo por su especial intercesión, como “la mediadora de misericordia”; “... María <<está también íntimamente unida>> a Cristo porque, aunque como madre virgen estaba unida singularmente a Él en su primera venida, por su cooperación constante con él lo estará también a la espera de la segunda... ella tiene también aquella función, propia de la madre, mediadora de clemencia en la venida definitiva, cuando todos los de Cristo revirán (1 Cor 15, 26). Y dado que el oficio de Abogada de María resulta inseparable de la acción divina del Espíritu, serán el Espíritu y la Esposa quienes juntamente prepararán al mundo para el glorioso retorno de Cristo Rey (cf. Mt 16, 27; Mc 13, 26; 1 Tes 4, 15-17) y repiten, “Ven” (Ap 22, 17).

María es el órgano del Espíritu Santo, quien obra en ella de la misma manera que la humanidad de Cristo es el instrumento del Logos, en su única y unificada misión de santificación dada por el Padre.<sup>80</sup>

Pero, es San Maximiliano María el que más ha profundizado en la íntima unión del Espíritu Santo con María. Dice que *el Espíritu Santo ha elegido actuar solamente por la mediación de María*: “El Espíritu Santo está en María de la manera como, podría decirse, en la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo, está en su humanidad. Existe, por cierto, esta diferencia: en Jesús hay dos naturalezas, la divina y la humana, pero una sola persona que es Dios. La naturaleza y la persona de María son totalmente diferentes de la naturaleza y persona del Espíritu Santo. Y, sin embargo, su unión es tan inexpresable y tan perfecta que el Espíritu Santo actúa solamente por la Inmaculada, su esposa...”.

“La tercera Persona de la Santísima Trinidad nunca se encarnó; nuestra palabra humana “esposa” es demasiado débil para expresar la realidad de la relación entre la Inmaculada y el Espíritu Santo. Podemos afirmar que ella es, en cierto sentido, la <<encarnación>> del Espíritu Santo”, en la misma óptica en la que el Segundo Concilio Vaticano se refiere a María como “santuario del Espíritu Santo”; es decir, como una concreta morada donde el Santificador mora de modo singular y profundo, así también las palabras de San Maximiliano que describen a María en cierto sentido como la encarnación del Espíritu Santo hablan de la completa inhabitación, espiritual y corporalmente, de aquel Espíritu que en realidad nunca se encarnó, pero llenó y sostuvo a la Virgen desde el momento de su Inmaculada Concepción.<sup>81</sup>

¿Cómo es posible una mediación humana -la de María- en la donación de la vida sobrenatural, no sólo por intercesión, sino también por efectiva donación o distribución de la gracia, si ésta "empieza" siempre con la misión del Espíritu Santo?. Tal mediación, según algunos aquellos teólogos católicos minimistas, oscurecería -suplantaría- la función del Espíritu de Cristo.<sup>82</sup>

Se comprende que la teología protestante, dado el nominalismo de fondo que subyace en ella, encuentre dificultades en admitir las nociones de participación -y de la *analogía entis*, en ella fundada (el único obstáculo serio según Barth<sup>83</sup>, para

<sup>80</sup> M. J. SCHEEBEN, *Mariología*, Barcelona 1951.

<sup>81</sup> <<Proprio perché la volontà salvifica di Dio ha posto questa convenienza tra l'Immacolata Concezione Increata e l'Immacolata Concezione creata, la Madonna si trova per usare un'espressione del Fumagalli - in una posizione di mediatrice nata. È quindi proprio questa unione “perfetta dell'Immacolata con lo Spirito Santo” che [...] fonda e spiega la funzione di Mediatrice della Madonna, in una Sua costante presenza nella comunicazione della vita della grazia insieme e come strumento di Lui che é il Santificatore delle anime>> Cfr. El estudio del P. Alessandro María APOLONIO sobre María y el Espíritu Santo, en AA. VV. *María Corredentrice, Storia y Teología*, t. IV. E. PIACENTINI, op. cit., pp. 28-29; cf. V. FUMAGALLI, I *Fondamenti della dispensazione mariana di tutte la grazie nell'insegnamento di San Pio X*, in *Marianum*, 27 (1965) 104.

<sup>82</sup> H. MÜHLEN (*Una mystica persona*, cit, 11, 32), piensa que las discusiones acerca de la mediación de María antes del Concilio contribuyeron a oscurecer la función mediadora del Espíritu de Cristo, justificando así, al menos en parte, la objeción tradicional de los protestantes a la Teología católica, de sustituir su función mediadora por la de María. Acepta este A. -como en general los teólogos de la tendencia unilateralmente eclesiológica- la función de María de modelo de la Iglesia y de universal intercesión, pero -como también Y. CONGAR (*El Espíritu Santo*, 192 ss), entre otros-, excluyen toda mediación en la donación efectiva de la gracia. Cfr. para todo este tema R. JAVELET, *L'Unique Médiateur, Jesus et Marie*, París 1985, *Marie, La Femme Médiatrice*. París 1984.

<sup>83</sup> Pueden verse los textos de Barth citados y comentados en mi estudio cit. *La Persona mística de la Iglesia*.

que un reformado se haga católico)<sup>84</sup>-, que es la clave para su comprensión. Pero no es éste el caso de estos teólogos que deberían advertir que de la Mediación Materna de María, que tiene un sólido apoyo en la Escritura y la Tradición, no implica un añadido superfluo de sustitución de lo que correspondería al Espíritu Santo -como acusa la teología protestante-, sino una participación de la Mediación de Cristo, por obra del Espíritu -no olvidemos la inseparabilidad de las dos misiones trinitarias- *Unus Mediator*, que brota del su *pléroma* desbordante que *nada le añade y muestra -por voluntad de Dios que ha querido asociar a su Madre- su necesidad y eficacia.*

En el Oriente cristiano encontramos singulares resonancias de esta línea de pensamiento que culmina en S. Maximiliano María Kolbe. Parecen irisaciones convergentes del Espíritu de verdad y de caridad, que clama con gemidos inenarrables (Rm 8, 25) por la plena unión de los cristianos antes de la Parusía del Señor (cf. Ap 22, 17).

*La mariología y la ecclesiológia ortodoxas -que se caracterizan, como veíamos, por la perspectiva sofíánica<sup>85</sup> -presentan también a María y la Iglesia, que refleja su misterio- como signo del Espíritu, que ven descrito en los libros sapienciales como sabiduría de Dios, así como expresión de la presencia santificante del Espíritu. Evidentemente, ella es la Madre de Jesús; pero no es eso lo que le define en su ser más radical como “persona santa” (la Panagia); lo que fundamenta su santidad es el hecho de que en ella se refleja plenamente el Espíritu divino. Por eso María es la “pneumatófora”. Frente al pesimismo protestante que identifica creatura humana con pecado hallamos aquí el más grande optimismo espiritual: una persona humana, pura creatura, puede convertirse y se convierte en signo transparente del poder de amor de Dios, del santo Pneuma. En María se realiza la idea original de la creación. A través de ella se encuentran y se implica la Sabiduría de Dios que se autoofrece y la sabiduría del mundo que se realiza. El Hijo se encarna como persona, asumiendo una naturaleza humana. Para hacer eso posible el Espíritu de Dios se hace presente en la carne (persona y vida) de María. De esa forma, ella se vuelve transparente: viene a estar transfigurada por la fuerza del Espíritu. <<María concibe al Hijo porque en Ella y sobre Ella reposa el Espíritu Santo. Es la “pneumatófora”, icono creado del Espíritu Santo, en sinergia santificadora con Él, en el misterio de la Iglesia>>.*

“Quien se encarna es el Hijo de Dios y lo hace en Jesús. Pero el que encarna (el que realiza la acción de encarnar) es el Espíritu que desciende de manera personal sobre María, convirtiéndola en lugar de cielo, cielo sobre el mundo. Ella recibe así la fuerza de la “dei-maternidad”. ¿Qué significa esa palabra? A través de la presencia del Espíritu, *María se sofianiza, convirtiéndose en instrumento o lugar de la manifestación y fuerza de ese Espíritu.* Para que Jesús pueda nacer como Hijo de Dios sobre la tierra es necesario que María tenga (y le transmita) una “humanidad hipostática”, esto es, una humanidad transfigurada desde dentro por la Sofía de Dios. Según eso, *el icono o la presencia plena de Dios sobre la tierra no es el Cristo separado y solo. La imagen más perfecta es la que forman la Madre con el*

<sup>84</sup>Cf. K. BARTH, *Kirchliche Dogmatik* I,1, Zürich 1964, 8ª ed. pp.Viii-IX. Cf. para conocer el estado actual del diálogo ecuménico con la Reforma en Ecclesiológia, A. GONZÁLEZ MONTES, (ed), *Enchiridion oecumenicum*, Vol.2, Salamanca 1993, Introducción general, p.XXXIV ss.

<sup>85</sup> Cfr. H. URS VON BALTHASAR, *La gloria y la cruz* (Estilos II). S. BOULGAKOV y V. SOLOVIEV gustan presentar a María y a la Iglesia bajo el símbolo de la divina Sofía, tema de los libros sapienciales, como el esplendor de la sabiduría, en perspectiva pneumatológica, contemplada con los rasgos femeninos de Gen 3, 5 y Ap 12.

*Hijo.* a) La madre, que es la Virgen María, es imagen del Espíritu, la pneumatófora por excelencia; *no es una encarnación del Espíritu pero es su “revelación hipostática”*, una hipóstasis o persona creada de este mundo que, sin dejar de ser creatura, se desvela como expresión y reflejo, transparencia y actuación del Espíritu divino. b) Por su parte, el Hijo es imagen del Logos, es Logos encarnado. Unidos ambos, la mujer y el niño, forman la revelación completa del misterio de Dios”<sup>86</sup>.

En la permanente relación maternofamiliar con María -al influjo ejemplar e instrumental de su fe, raíz de su mediación materna en “sinergia” con el Espíritu Santo, se funda esa misteriosa “comunidad-participación” de la Iglesia esposa de Cristo en la plenitud de Cristo -su Esposo y Cabeza- por obra del Espíritu que conduce al Padre<sup>87</sup>, y es, por ello, el fundamento inmediato de la misteriosa personalidad de la Iglesia<sup>88</sup> esposa de Cristo por la que es constituida como un todo universal *subsistente y autónomo* -“una mística persona”-, *en cuya virtud refleja los rasgos de Cristo su Esposo y Cabeza en su más perfecta réplica de santidad -María “Speculum iustitiae”-* según los rasgos propios del misterio de la mujer. Ella es “socia et adiutrix” del varón, en reciprocidad ontológica y operativa, según la común dignidad y diversidad complementaria de ambos en el designio creador de Dios; pues creó al hombre a imagen de su misterio de Comunidad trinitaria como varón y mujer.<sup>89</sup>

*María es el molde maternal en el cual nos modela el Espíritu Santo según el modelo -conforme a su imagen- de Jesucristo*, el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8, 28), haciéndonos partícipes de la plenitud de Mediación y de Gracia capitales, en, con, y a través de la mediación y gracia maternales de María, Mediadora maternal en el Unus Mediator.

Se trata de una *participación trascendental*, significada por la palabra griega *Koinonía*<sup>90</sup>: comunión por participación; participación en cuanto comunión espiritual de personas en algo o alguien que permanece único e indiviso. Esta participación metafísica, a diferencia de la cuantitativa y predicamental, no disminuye ni añade, sino que pone de relieve la plenitud desbordante de perfección del ejemplar imparticipado, y muestra su necesidad (cfr. LG 52). El ser finito creado

<sup>86</sup> S. BOULGAKOV, *L' Orthodoxie*, París 1932, 166-167.

<sup>87</sup> Todo tiene su origen en el Padre tanto en el seno de la Trinidad inmanente -origen del misterio de comunión de la Familia trinitaria- como en su salvífica dispensación en la historia.

<sup>88</sup> En otros estudios teológicos, como *La persona mística de la Iglesia esposa del nuevo Adán*, en “Scripta theologica”, 1995 (27) 789-860, he procurado mostrar que *la Iglesia Esposa de Cristo subsiste como Persona*, en sentido propio, no meramente metafórico -muy distinto del propuesto por H. MÜHLEN (“Una Persona -la del Espíritu- en muchas personas, Cristo y nosotros, sus fieles”, que es puramente metafórico), *en la Iglesia fundada sobre la firme roca de Pedro, en virtud de la materna mediación de María*, “la Madre de los vivientes” (nueva Eva), como *sacramento y arca de salvación* -la “Catholica”- *que atrae por obra del Espíritu a su seno* materno a todos los hombres de buena voluntad, *formándose progresivamente así la estirpe espiritual de la Mujer* -profetizada en el Protoevangelio y tipificada por toda una corriente mesiánica femenina en el trasfondo bíblico de la Hija de Sión- que no es otra que “el Pueblo mesiánico que tiene por cabeza a Cristo y la común dignidad de hijos de Dios en los cuales habita el Espíritu Santo como en un templo” (cf. LG,9b).

Sobre la noción de persona -subsistente y relacional- en la que me apoyo-muy diversa de la de J. MARITAIN, que defiende también (Cfr. *L'Eglise, sa Personne et son personnel*, París 1970, la personalidad en sentido propio de la Esposa de Cristo) cfr. J. FERRER ARELLANO *Metafísica de la relación y de la alteridad*, y en *Fundamento ontológico o de la persona*, en “Anuario Filosófico”, 1994, 990 ss. Sitio Web: [www.filosofiateologia.com](http://www.filosofiateologia.com)

<sup>89</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Carta a las familias*. n.6.

<sup>90</sup> Cfr. S. MUÑOZ IGLESIAS, *Concepto bíblico de koinonía*, en “XIII Semana Bíblica española (1952)” C.C. I. C., Madrid 1953, 223

nada añade al Ser Originario<sup>91</sup>. No hay *plus entis*, sino *plura entia*, que de Él participan.

La peculiar participación de María en la mediación capital de Cristo por obra del Espíritu por obra del Espíritu deriva de su divina maternidad. Por ella la creciente comunión con Cristo -"cor unum et anima una" (Act.24,32)-, en el ser y en el obrar salvífico como es "*socia et adiutrix Christi*" en la restauración de la vida sobrenatural perdida, como nueva Eva asociada al nuevo Adán en la redención adquisitiva -Mediadora en el Mediador-, *llegó en la Asunción a una consumación gloriosa de la máxima intimidad e intensidad compatible con la distinción personal*.

Sto. Tomás (In Ev. Juan. c.1, lec. X). Distingue tres aspectos de su plenitud de gracia: en primer lugar, la total inmunidad de pecado y la perfección de las virtudes; en segundo término, aquello que Sto. Tomás llama la *refuentia o redundantia* de la divinización del alma de María en su carne; y, finalmente, como consecuencia de esto, la plenitud de gracia conlleva que Ella sea, en cierto sentido, fuente de gracia para los hombres.

<<Por su excelsa santidad y por la radical transformación realizada por la presencia del Espíritu, *ya en su vida tuvo un cuerpo espiritualizado, es decir, "transformado" por el Espíritu; estaba talmente compenetrada con Aquél que es Señor y da la vida*, que poseía ya en sí la fuente de la vida inmortal. La Virgen poseía ya aquella vida "en el Espíritu" ya cuando vivía en esta tierra, *pero de forma escondida*. Y, cuando se cerró el curso de su vida terrena, la inmortalidad resplandeció en ella como sucedió con Cristo después de su muerte>><sup>92</sup>.

<sup>91</sup> "Nella prospettiva della metafisica francescana <<essenzialista>> -escribe el P. Fehlner, en una perspectiva escotista- l'appropriazione dello Spirito Santo è, in realtà, oggettiva, realistica, *a parte rei* (e rivela il suo proprium distintivo) ma in modo diverso da quella riguardante al a proprietà della natura umana richiesta dall'unione ipostatica. (...) Si se rifiuta la dottrina dell'appropriazione, non si può comprendere il pensiero di san Massimiliano all'infuori di come fanno alcuni critici (come R. Laurentin) e pseudo-sostenitori (come L. Boff) in termini di causalità quasi-formale e di considerare degli esseri finiti congiunti allo Spirito Santo come se fossero suoi *proprium*, e, dunque, come una seconda incarnazione". FEHLNER, *Methapysica mariana quaedam*, cit, 23.

Sin embargo, la metafísica tomista de la *participación trascendental* -que nada tiene que ver con la causalidad cuasi formal de de la Taille o de Rahner -del mal llamado tomismo trascendental, que es cualquier cosa menos tomismo- excluye -tal y como lo proponen Scheeben y, mas recientemente y con mayor rigor, Ocariz- la unión hipostática con cualquier Persona divina, pues supone justo lo contrario de la comunicación de una Hipóstasis del Ser Infinito, a una naturaleza finita en tanto que depende totalmente de Él, comunicándole su propia Personalidad increada. Es una comunión-"koinonia" de presencia "fundante" de una Persona divina en otra persona humana haciéndola participe de lo que le es propio.

Cf. F. OCÁRIZ, ("*La Mediazione materna*". Romana, 1987, II p. 317), escribe: "No parece infundado atribuir un significado más profundo al de una simple "apropiación" a expresiones tradicionales como la de San Andrés de Creta, según el cual María es "La Madre de la cual proviene sobre todos el Espíritu". Y es justamente la noción de participación -"Koinonia" la que permite afirmar la participación de María en la mediación capital de Cristo como mediadora maternal *en* el Mediador, sin que ello suponga una duplicidad de fuentes o de cabezas". Aunque la santificación es 'acción' divina "ad extra", y por ello común a las tres Personas, tiene como 'término' la introducción de la criatura en la vida trinitaria, pues la gracia es inseparable de las misiones invisibles del Hijo y del Espíritu Santo. Con J. M Scheeben cree que la misión de una Persona divina consiste en el hecho de que la criatura participe en ella, por una unión y semejanza participada "propia" -no meramente apropiada- a cada Persona: así la unión al Espíritu Santo plasma la semejanza al Hijo, en el cual y por el cual somos hijos del Padre, en María y con María.

<sup>92</sup>Cfr. NICOLÁS CABASILAS, *Homilias sobre la Asunción*, 10, 11. La Asunción de María al cielo, por tanto, no fue otra cosa que el efecto pleno de su <<espiritualización>>.

La Asunción de María al cielo, por tanto, no fue otra cosa que el efecto pleno de su espiritualización de su plenitud de gracia en su momento terminal, que es la causa de su dormición y ascensión al cielo, de aquella íntima comunión gloriosa con Cristo glorificado en el ser y en el obrar, que constituye su plena consumación. *Esta plenitud de "comunión - participación" escatológica en la capitalidad de Cristo, exclusiva de la "llena de gracia", es la raíz de la distinción entre la mediación materna y la mediación de los Santos en la gloria, y la de los justos en la Iglesia terrestre* (no la universalidad, que es, en su sentido extensivo, por la comunión de los santos común a todas las formas de mediación participada). En su virtud, María *forma con Cristo un sólo instrumento "dual" de la donación del Espíritu Santo a la Iglesia*. Ocáriz juzga, con razón, demasiado débiles y metafóricas, expresiones tales como "cuello" o "acueducto" para referirse a la distribución de gracias de María mediadora.

Por esta razón -como dice Juan Pablo II- "María está como envuelta por toda la realidad de la comunión de los Santos, su misma unión con su Hijo en la gloria está dirigida toda ella hacia la plenitud definitiva del Reino, cuando Dios sea todo en todas las cosas" (RM 41c). Es decir, *que la unión de María con Cristo consumada en la gloria, es la raíz más profunda de la presencia de ejemplaridad y de influjo maternal santificador del Espíritu Santo, en y a través de María unida a Cristo Mediador de modo indisoluble, que ejerce su maternidad en y a través de la Iglesia -de su mediación en Cristo (cfr. RM, 8a)-, y del carácter derivado de la maternidad de la Iglesia respecto a la mediación materna de María*.

"Los hombres reciben la gracia de Dios a través de Cristo y de María porque, en un sentido mucho más real y profundo -y, por eso, mucho más misterioso- que el de la palabra de Lucas referidas a los primeros cristianos (cfr. Act 4, 32), María es *cor unum et anima una* con Cristo. Por esto, como decía San Josemaría E., <<el cristiano encuentra en María "todo el amor de Cristo" y, en Cristo, se ve metido en esa vida inefable de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo>><sup>93</sup>, de la que nos hace partícipe el Espíritu Santo en el seno de María, que ejerce su maternidad en y a través de la Iglesia que nace del Costado abierto del nuevo Adán y de la espada de dolor de la Mujer, la nueva Eva. De su mediación salvífica unidual (capital y maternal de Cristo y de María) brota el agua viva del Espíritu, *de los Corazones unidos de Jesús y de María* (S. Juan Eudes).

El constitutivo metafísico de Dios -"Ipsum esse subsistens"- es a su manifestación como Amor subsistente ("Deus caritas est"), lo que la Inmaculada -definición esencial de María- es a su Corazón inmaculado.

## **REFLEXIONES CONCLUSIVAS.**

1- La Inmaculada concepción en su aspecto positivo es el don gratuito, no merecido, sino otorgado como singular privilegio, que constituye a María mediadora, en cuanto criatura que por ser llena de gracia en virtud de su predestinación a la maternidad divina *-alcanza los límites de la Divinidad*, que "media" entre la fuente divina de la gracia -Cristo Cabeza- y el resto de la creación.

Esta inicial condición de mediadora se hace efectiva en el fiat de Nazareth, que es la razón formal, en cuanto Madre de Dios redentor de su *mediación ontológica*, punto de partida -y fundamento- de una cooperación activa a la obra redentora de Cristo en todas sus fases: objetiva y subjetiva, como Corredentora activa, responsable y meritoria

---

<sup>93</sup>Cfr. F. H. OCÁRIZ, *ibid.*

que culmina en el Calvario; y como abogada y dispensadora universal de la gracia salvífica (las dos dimensiones de su -así llamada- *mediación maternal, moral o dinámica*) hasta su consumación escatológica del Cristo total en la Jerusalén celestial.

2 - *María es, como nueva Eva, y en tanto que asociada con vínculo indisoluble al nuevo Adán, el objeto de todas las complacencias de la Trinidad; pues es, en comunión con El, su imagen perfecta, con vistas a la cuál creó y restauró el mundo* -desfigurada la imagen de Dios en la pareja originaria tras la caída- en el "octavo día" de la nueva creación en Jesucristo (Según la admirable expresión tan querida de S. Maximiliano Kolbe que antes citábamos: “*Por tí, María, Dios ha creado el mundo. Por tí, Dios me ha llamado a la existencia*”).

Y por eso *a través de Ella y en Ella se complacía también en la Iglesia, porque ve en ella reflejada la imagen de la Mujer por excelencia (la Inmaculada)* de la que es Hija predilecta, Madre, y Esposa, con los rasgos que le son propios de Esposa sin mancha ni arruga del Hijo de su amor, de santidad inmaculada y de virginal maternidad, por la cual engendra hijos que viven de la plenitud de vida de su Unigénito, aportando "lo que falta a la Pasión de Cristo" en su tarea corredentora, como don de la Esposa.

3 - Cristo y María -“*cor unum et anima una*”- son como un único principio unidual, capital-maternal -Cabeza y Corazón-<sup>94</sup>, de influjo salvífico en el origen y desarrollo de la Iglesia hasta su consumación escatológica.

El P. Felhner califica a Cristo y a María, en este mismo sentido, como personas públicas únicas, que actúan directamente en todos los instantes de la historia humana con un influjo de ejemplaridad eficiente (moral personal en la escuela franciscana) como hicieron el primer hombre y la primera mujer corrompidos por Satanás hasta el punto de ponerle a él en el puesto de Dios.

Toda la historia gira en torno al conflicto entre Cristo y su cuerpo, la Iglesia de una parte, y el anti-Cristo o demonio y su anti-cuerpo bajo la capitalidad de nuestros primeros padres decaídos, Adán y Eva, de la otra parte<sup>95</sup>, profetizados en el Protoevangelio.

4 - El sufrimiento corredentor en reparación al Inmaculado Corazón de María de los que se han consagrado a él, según S. Maximiliano Kolbe es una extensión en la Iglesia de la “*compasión*” de la Inmaculada Corredentora, en virtud de un proceso que califica de “*transubstanciación en la Inmaculada*”, que hace de los consagrados a Ella instrumentos que participan de una semejante eficacia meritoria.<sup>96</sup> Por ella María nos ofrece con Cristo y se ofrece a Sí misma presente en nosotros a Cristo.

<sup>94</sup> Carlos del MORAL, teólogo escotista del siglo XVIII hablaba de co-capitalidad (como el patriarcado y matriarcado originarios de la estirpe humana). Se puede admitir si se entiende en subordinación esencial de María a Cristo, en cuanto Ella participa en el Espíritu de su plenitud desbordante. Cf. FEHLNER, *Il cammino*, cit. P. 54.

<sup>95</sup> Sobre la estrecha conexión de minimalismo mariológico -más o menos condicionado por la perspectiva protestante de “*solus Christus*”- con el inmanentismo filosófico y la filosofía hegeliana de la historia. Cf. FEHLNER, *Il cammino*, cit. p. 45. Muestra el A. también como la negación del estatuto ontológico de la feminidad, que llega a negar la misma maternidad, la virginidad y la sponsalidad propia de la mujer, conduce a renegar de María -que es por esencia Virgen, Madre y Esposa- como modelo -arquetipo trascendente- de la condición femenina (y vicerversa).

<sup>96</sup> Tal es el sentido de la noche oscura que padeció Sta. Teresa del Niño Jesús al final de su vida en reparación de los pecados de infidelidad, tan difundidos en estos siglos de creciente apostasía silenciosa

5 - La veneración a María Corredentora forma parte de la piedad cristiana -en contra de lo que aseguran los que se oponen a su posible proclamación dogmática- desde hace siglos, que honra a María, la Virgen Madre al pie de la Cruz, con el título de Dolorosa. Baste recordar el hermoso himno “Stabat Mater” de Giacomone di Tondi y la enorme difusión de la devoción y consagración al Corazón Inmaculado de María, desde la apariciones de Fátima (con el precedente de la consagración en forma de esclavitud mariana (en sentido bíblico muy diverso del profano) a “la sierva” del Señor que -por serlo- es Mediadora y Reina del Corazón del Rey, el “Siervo de Yahwé”. Esta práctica - y espiritualidad- de la esclavitud -entendida como entrega confiada y sin reservas (“totus tuus”) a su solicitud maternal por sus hijos- comenzó con Sor Inés de S. Pablo, de las Clarisas de Alcalá de Henares (España, Siglo XVI) desde donde el Cardenal P. Berulle la propagó por Francia. Ahí está el origen remoto de su difusión extraordinaria de la que fue instrumento providencial el descubrimiento tardío el S. XIX de los escritos de S. Luis María Grignon de Monfort, cuya inspirada doctrina sobre la verdadera devoción a María tanto ha influido en Juan Pablo II, que se complace en recomendar en la RM, aquí comentada.

Cuesta comprender las objeciones de algunos teólogos al vocablo “consagración” aplicado a María. Es cierto que su “término *ad quem*” sólo puede ser Dios. Pero se olvida que ha sido Él quien ha querido contar con la mediación materna de la Inmaculada. Ella no es Dios, pero sólo en Ella lo podemos encontrar. En virtud del principio de singularidad trascendente de la Inmaculada respecto al resto de la creación, su plenitud de gracia la constituye en mediadora maternal entre la fuente de gracia -Cristo Cabeza- y la humanidad.<sup>97</sup> El corazón de la Inmaculada es el molde materno en el que se forma el Cristo total, Cabeza y miembros.<sup>98</sup>

---

(como la llama Juan Pablo II en la carta “Ecclesia in Europa”. Cf. A. M. GEIGER, *Marian Mediation as Presence and Transubstantiation into the Immaculate*, in MFC III (New Bedford 2003) 127-171.

<sup>97</sup> Cfr. A. M. APOLONIO, *La consacrazione a Maria*, en “Inmaculata Mediatrix”, I (2001) 3, pp. 49-102. B. GHERARDINI, *Sta la Regina alla sua distra* Saggio storico-teologico sulla regalatà di Maria, Roma 2002, p. 172 ss, y el amplio comentario que hace de este magistral ensayo Stefano M. MANELLI, *Maria Regina ieri, oggi, sempre*, en “Inmaculata Mediatrix”, IV (2004) n.1, pp 121-134.

Es muy ilustrativa, a este respecto, esta reflexión de San Maximiliano María Kolbe: “Cristo se encuentra dentro de su palacio real, no fuera de su morada, sino dentro, muy dentro de sus estancias” (María). <<Nosotros debemos buscar a Jesús por medio de Ella y no en otro lugar, sino solo en Ella. Pasemos *con una* al otro, pero no *de una* al otro>>. (Cf. SK, I, p. 132). El único mediador es Cristo, pero *en y con María*, pues siempre está *en María* y obrando *junto a Ella* para conducirnos a Él. Cristo está siempre en María a la que hace partícipe de su propia función mediadora en el orden de la salvación que alcanza a todos y cada uno de los hombres y los ángeles -uno a uno- de modo inmediato y directo. Es, pues, Mediadora en el Mediador en tanto que participa -de modo subordinado- de la plenitud desbordante del “Unus Mediator”- no sólo en la realización de la Redención, como Corredentora -en el orden de la *mediación ascendente*- sino también en la distribución de sus frutos -en el orden de la *mediación descendente*- de la aplicación de la salvación -como Madre de la divina gracia- (en tanto que nos las obtiene como Intercesora o Abogada (Reina del Corazón del Rey) y es cauce de su donación.

<sup>98</sup> El Pseudoagustín llama a María “forma Dei”, molde viviente del Unigénito de Dios, primogénito entre muchos hermanos, donde se “formó” la Cabeza del resto de la descendencia espiritual de la Mujer. San Luis María GRIGNON DE MONFORT completa esa idea luminosa atribuida durante siglos al santo Doctor -en perfecta congruencia, por lo demás, con su eclesiología- en su conocida obra *El secreto de María* (Obras BAC. p.288) escribiendo: “cualquiera que se mete en este molde y se deja manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo”. Alude en lenguaje popular y muy sugerente al misterio de la mediación materna de María.

6 - El Espíritu Santo, en la Inmaculada y a través de la Inmaculada, plasma en cada uno de nosotros, en el seno materno de la Iglesia, la semejanza del Verbo encarnado, comunicándonos la filiación al Padre participada de la del Unigénito del Padre y primogénito de la Mujer -la vida de la gracia- y haciéndonos también partícipes de su mediación, según la imagen de la Mujer, en su misterio de materna mediación, para cooperar también -con “alma sacerdotal” mediante el don de la Esposa- en la obra de la salvación de nuestros hermanos -en una reciprocidad de servicios “organice structa” de dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4) en la comunidad sacerdotal que es la Iglesia institución- y de la consiguiente renovación del mundo, expectante también, en los dolores de parto, de la plena manifestación de los hijos de Dios que le librarán de la servidumbre de la corrupción, para participar, en un universo renovado, en la libertad y gloria de los hijos de Dios (Cf. Rom 8,20-21).

En su virtud, la colectividad de la Estirpe espiritual de la Mujer (Gn 3,15) -el Pueblo de Dios- refleja, en un todo uno y armónico, ontológicamente autónomo -radiante de belleza- el misterio de la nueva Eva -la *Inmaculata Mediatrix* kolbiana-, cuya imagen trascendente de santidad inmaculada -filiación divina por la gracia- y de fecunda virginidad -mediación sacramental y carismática<sup>99</sup>- va progresivamente recibiendo como Esposa de Cristo, que coopera con el Esposo en la restauración sobrenatural de la humanidad caída, que instaura progresivamente en la historia salvífica el Reino de Dios, con vistas al Reino consumado de sus bodas escatológicas con el Cordero.

7 - La Iglesia es, en su consumación escatológica, el Cristo total, la estirpe espiritual de la Mujer, la Inmaculada, que incluye -en la recapitulación final- a todos los elegidos desde el justo Abel, en comunión perfecta con Cristo Cabeza en un universo transfigurado por la fuerza del Espíritu y -en Él y con Él y por Él- con Dios Padre, de quien todo procede y a quien todo torna en el Espíritu en el misterio de la maternidad de María y de la Iglesia, que -de ella derivada- refleja la paternidad maternal del Padre.<sup>100</sup> “Nadie tiene a Dios por Padre si no tiene a María, a la Iglesia (y a Sara, cf. Gal 4 *in fine*) por Madre”. “Filli Dei sumus per fidem” (Gal 3, 26), en la “congregatio fidelium” de la fraternidad de los hijos del Padre en Cristo, vivificada por el Espíritu. “Pues así como la voluntad de Dios es un acto y se llama mundo, así su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia” (S. Clemente de A., Pedagogo, 1, 6; CEC 760).

\* \* \*

Hoy, a los 150 años de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, y ante la situación de descreimiento generalizado, en un momento de crisis mundial, los corazones de los creyentes tornan a mirar a María. Hay muchas voces que en este momento de prueba para el mundo y para la Iglesia piden al Papa con humilde insistencia la proclamación de un quinto dogma mariano: <<María, corredentora, medianera de todas las gracias y abogada del pueblo de Dios>> (en estos o en los términos, teológicamente más exactos, de la propuesta de P. Fehlner que comentábamos en la Introducción).

<sup>99</sup> Cf. J. FERRER ARELLANO, *Corredención mariana y mediación sacramental en “Inmacolata Mediatrix”* 2003, 1, pp 59-106, publicada en inglés en las actas III Simposio -sobre Corredención mariana- de Downside

<sup>100</sup> Cf. CEC, 239. J. FERRER ARELLANO, *Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta de la maternidad de María y de la Iglesia*. “Ephemerides Mariologicae” 49 (1999), pp. 53-125. Sitio Web: [www.filosofiayteologia.com](http://www.filosofiayteologia.com)

Son muchos los que piensan que la definición papal de María como corredentora, medianera y abogada traerá grandes gracias a la Iglesia y al mundo. A los millones de firmas encabezadas por la Bta. Teresa de Calcuta, promovidas por el movimiento liderado por el profesor Miravalle, se han sumado otras muchas iniciativas, también del mundo universitario. Por ejemplo, desde la Universidad de Valencia (Cf. Jose Pérez Adán (www.rediris.es)): “Los intelectuales cristianos, herederos de la tradición concepcionista con que nació la universidad, y a la vista de la situación de postración moral del mundo, sentimos hoy la necesidad de poner los ojos de nuevo en María y a los 150 años de la proclamación del dogma de la Inmaculada pedir al Santo Padre que revestido de toda la autoridad como Vicario de Cristo proclame a María en solemne definición corredentora y medianera de todas las gracias”.

Es sabido que en toda Europa -está muy estudiado el tema- a la par que el *sensus fidei* del pueblo cristiano, crecía la veneración a la Inmaculada en la liturgia y en la devoción popular. En este proceso, la aportación del mundo universitario fue particularmente notable. Universidades como la de París, Maguncia y Colonia y, en España, en pos de la de Valencia (1530), otras muchas como las de Granada y Alcalá (1617) y la de Salamanca (1618), proclamaron a María inmaculada como Patrona; y sus doctores, al recibir el grado, hacían voto y juramento de enseñar y defender la doctrina de la Inmaculada Concepción de María. Voto y juramento que, en algunas universidades, llegó a adquirir el carácter de voto de sangre, en el sentido de ofrecer los doctores la propia vida, si fuera preciso, en defensa de aquel misterio. Carlos II, que en 1680 obtendría de la Santa Sede para España el patronazgo de la Inmaculada, extendió por ley (1679) aquel juramento a todas las universidades del Reino.<sup>101</sup>

Como acertadamente escribe el P. Fehlner: “definiendo aquellos puntos dejados todavía en la incertidumbre sobre la mediación materna de la Virgen -en ellos hemos tratado de profundizar esta relación, siguiendo la pauta del Magisterio de Juan Pablo II-, la Inmaculada aplastará una vez más la cabeza de aquél que fomenta herejías y rebeliones en la Iglesia. Pero sobre todo, a través de la incorporación de este misterio a la vida de la Iglesia, Ella conduce a la Iglesia a la perfección de santidad que espera de ella el Salvador en su segunda venida” (cf. Ef 4, 15; 5, 26-27).<sup>102</sup>

**Joaquín FERRER ARELLANO** Madrid, España.

---

<sup>101</sup> Cf. L.M. HERRAN, *Mariología y devoción mariana*, Boletín Igl. Sta. Cruz, V-85, p. 22. A. PEREZ ABAD, *La Inmaculada y España*, Santander, 1954.

<sup>102</sup> “Cuando las almas respiren María como los cuerpos respiran el aire, entonces vendrá el reino del Espíritu Santo quem encontrando a su querida Esposa reproducida en las almas transformadas en sus copias vivientes, irrumpirá con un poder admirable que removerá todos los obstáculos y hará triunfar a la Inmaculada”, S. Luis María G. de MONFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, cit, n. 217.